



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

## Referencia bibliográfica

---

Orrillo, W. (1976). *Martí, Mariátegui: literatura y revolución en América Latina* [Tesis para optar el Grado Académico de Doctor en Literatura]. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Unidad de Posgrado.

---

REPOSITORIO DIGITAL DE TESIS  
DE LA BIBLIOTECA DE LETRAS  
DE LA UNMSM

---

**Título:**

Martí, Mariátegui: literatura y revolución en América Latina

**Autor:**

Winston Orrillo Ledesma

**Año:**

1976

**Lugar de  
publicación:**

Lima, Perú

**Tipo de  
tesis:**

Doctorado

**Palabras  
claves:**

José Martí, José Carlos Mariátegui, literatura y revolución, acción revolucionaria, paralelismo

**Referencia  
en  
APA 7ma. ed.**

Orrillo, W. (1976). *Martí, Mariátegui: literatura y revolución en América Latina* [Tesis para optar el Grado Académico de Doctor en Literatura]. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Unidad de Posgrado

## **Resumen**

La tesis establece un análisis comparativo del pensamiento y el activismo de dos figuras intelectuales latinoamericanas: el cubano José Martí y el peruano José Carlos Mariátegui. Se resaltan los paralelismos entre las dos eminencias, en cuanto a detalles biográficos, similitud en actitudes y resonancias comunes en sus postulados ideológicos. El trabajo comienza con un estudio comparatista de la biografía de ambos autores. A continuación, se identifican las semejanzas del pensamiento sobre el vínculo entre América Latina y la literatura. Finalmente, se observa la inflexión revolucionaria en la ideología de Mariátegui y Martí en torno a la condición y las metas de la literatura latinoamericana.

*Palabras Clave:* José Martí, José Carlos Mariátegui, literatura y revolución, acción revolucionaria, paralelismo.

0056

NO SE PRESTA  
A DOMICILIO



NO SE PRESTA  
A DOMICILIO

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

PROGRAMA ACADÉMICO DE LINGÜÍSTICAS

HISPÁNICAS

"MARTÍ, MARIATEGUI: LINGÜÍSTICA Y REVOLUCIÓN  
EN AMÉRICA LATINA"



TESIS

PRESENTADA POR  
WINSTON ORRILLO LEDESMA

PARA OPTAR EL GRADO ACADÉMICO DE  
DOCTOR EN LETRAS, ESPECIALIDAD LINGÜÍSTICA

LIMA, 1976



057

282

A

Juan Marinello, martiano,  
mariateguista, marxista-leninista,  
en cuya simbólica simbiosis  
se expresa  
la unidad  
dialéctica  
de este trabajo.



HOMENAJE: A los cincuenta años de  
vida y de combates de  
"Anauta"



S U M A R I O

I VIDA Y CIRCUNSTANCIA

- El nacimiento.
- La vida breve.
- Genios políticos.
- Ambos, censurados.
- Junto al pueblo, desde el pueblo: con la clase obrera.
- Educadores de la clase obrera.
- Desde fuera descubren el país verdadero.
- La lucha interior: la temperatura a la que se forja el diamante.
- El Apóstol, el Amauta: la falta de tiempo.
- No fueron escritores "profesionales"
- Los más informados de su tiempo: otearon el futuro.
- "vir bonus": la ética del hombre nuevo: el "idealismo práctico".

II AMERICA LATINA Y SU LITERATURA

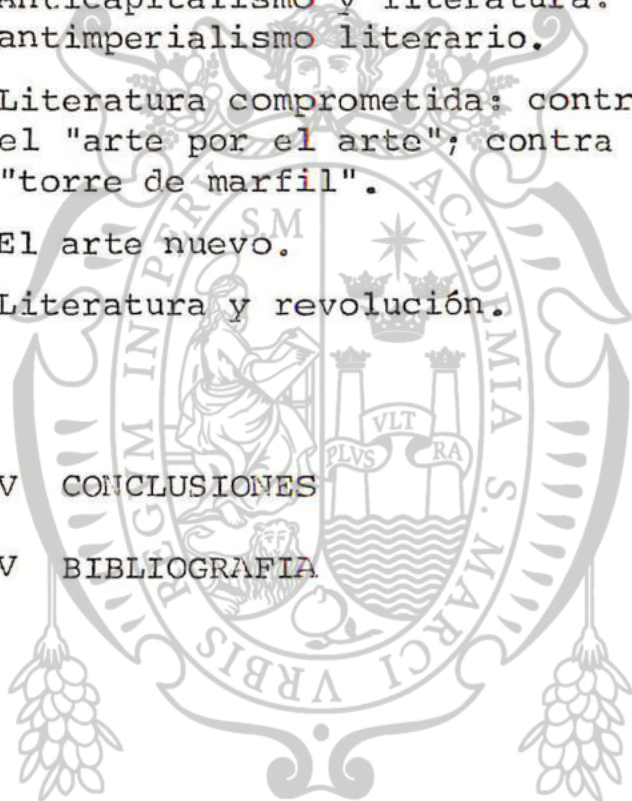
- América Latina en Martí y Mariátegui.
- "Nuestra América".
- "Pueblos, y no pueblos": la unidad latinoamericana.
- Partir de los elementos reales.
- La raíz vernácula: el indio. Indigenismo y socialismo.
- Creación, tradición y revolución.
- Nacionalismo e internacionalismo en la literatura.

### III LITERATURA Y REVOLUCION

- Literatura y raíz social.
- Papel de la literatura y deberes de los intelectuales.
- Visión de las escuelas literarias.
- Anticapitalismo y literatura: antimperialismo literario.
- Literatura comprometida: contra el "arte por el arte"; contra la "torre de marfil".
- El arte nuevo.
- Literatura y revolución.

### IV CONCLUSIONES

### V BIBLIOGRAFIA



"La justicia primero y el arte después"

MARTI

"Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada..."

MARTI

"La función de la inteligencia es creadora. No debe, por ende, conformarse con la subsistencia de una forma social que su crítica ha atacado y corroído tan enérgicamente".

MARIATEGUI

"La política se ennoblece, se dignifica, se eleva cuando es revolucionaria. Y la verdad de nuestra época es la Revolución. La revolución que será para los pobres no sólo la conquista del pan, sino también la conquista de la belleza, del arte, del pensamiento y de todas las complacencias del espíritu".

MARIATEGUI



## PROLOGO

Se presenta a consideración del Jurado, la Tesis "Martí, Mariátegui: Literatura y Revolución en América Latina", para optar el grado académico de Doctor en Letras; especialidad Literatura.

El autor agradece, singularmente, la posibilidad de haber realizado la investigación de la parte correspondiente a José Martí, a la Academia de Ciencias de Cuba, en cuya sección de Literatura y Lingüística, y bajo la sabia y fraternal dirección de la doctora Mirta Aguirre, se llevó a efecto ésta.

Igualmente, en Cuba, no puede dejar de mencionar la cooperación de los doctores Juan Marinello y Roberto Fernández Retamar, cuyas investigaciones y lúcidos juicios sobre la obra del egregio Apóstol de la Revolución Cubana, José Martí, han sido continua fuente de consulta para esta tesis.

Juan Marinello y Roberto Fernández Retamar iluminaron, con su docta y cálida dirección -en largas e inolvidables sesiones de trabajo- gran parte del camino seguido por esta investigación.

A ellos, y a su Gobierno Revolucionario que me concediera la beca de estudios sin la que esta tesis no hubiera podido ser concluida, nuestro agradecimiento reiterado.

En Cuba aprendimos la necesidad de trabajar a fondo sobre el pensamiento y la acción de Martí. Aspiramos a que los estudiosos peruanos puedan realizar algo semejante respecto a nuestro Mariátegui.

Este trabajo es apenas una aproximación a un tema que demandará el esfuerzo hermenéutico de más de una generación.



## I N T R O D U C C I O N

La presente tesis quiere relevar el estrecho parentesco entre el pensamiento, la vida y la acción revolucionaria-y su proyección en la Literatura-de dos de los más grandes hijos de nuestra América: José Martí y José Carlos Mariátegui.

Hoy ya antiguas lecturas de nuestros años estudiantiles, hicieron madurar la sospecha del asombroso paralelismo entre estos dos artistas y revolucionarios.

Fueron, sin embargo, necesarios casi quince años para que la intuición original fuera troquelándose hasta arribar a la certeza que nos impulsó a llevar adelante esta investigación.

Hijo del siglo XIX, pero con vivísima vigencia en la presente centuria (1), José Martí, sin ser marxista, columbra el mundo actual en el que la lucha de clases y el avance del imperialismo signarán, con sangre y fuego, a nuestros pueblos. Su verbo admonitorio es el que primero denuncia al rapaz y entonces joven imperialismo norteamericano (2). Las citas al respecto podrían multiplicarse, pero basta con la de la famosa carta a su amigo Manuel Mercado -escrita pocas horas antes de morir- en la que dice:

"Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber -puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo- de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América..." (3)

Y por si fuera poco, continúa señalando que esa misión -deber la llama- ha sido el punto cardinal de su existencia.

"Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso"(4)

→ Martí nace en un país todavía bajo la coyunda del agonizante colonialismo español. El objetivo primario de su vida será la lucha por la independencia de su pueblo. Su obra literaria, por eso, aparece condicionada por esta circunstancia. Sin embargo, lo que la hace grande es que se proyecta más allá de lo señalado, y logra ver el mundo nuevo, aquel que se encontraba allende la terminación de la condición colonial de su patria, y que se imbricaba con la lucha por la revolución que transformaría las estructuras de su pueblo y de la América entera (5).

El haber escrito su obra, el haberla puesto al servicio de ese mundo cuyo orto advino en 1917, señala la grandeza premonitoria de Martí.

"Escribir es servir", anotó en más de una oportunidad al Apóstol cubano; y escribir fue, para él, ponerse al lado de la causa de los humillados y ofendidos:

"Con los pobres de la tierra  
quiero yo mi suerte echar..." (6)

En su famosísimo ensayo "Nuestra América", publicado el año 1891, había escrito estas frases sintomáticas:





"Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores..."(7)

Cuál es, cuál puede ser -se preguntaba Roberto Fernández Retamar (8)- ese "sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores" que en 1891 reclamaba angustiadamente, precozmente, Martí?

El mismo poeta y ensayista cubano -líneas más adelante- nos da a entender que ese sistema no puede ser otro que el que conduce a una "revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes", según las inolvidables palabras de Fidel Castro pronunciadas el 16 de abril de 1961, y dirigidas precisamente a los intelectuales de su patria (9).

Lo importante, sin embargo, para nosotros, y para el propósito concreto de esta tesis, es que el antimperialismo y el sentido revolucionario que guían la acción de J. Martí, se reflejan en su concepto de la literatura latinoamericana, y son el sustento de su peculiar teoría del arte.

"Martí vinculaba su antimperialismo literario y estético estrechamente con su antimperialismo político" (10) escribe el autor de uno de los libros más interesantes publicaciones recientemente sobre el Apóstol.

Y este es, en resumen, el tema del presente estudio: el de las relaciones entre la concepción de la literatura y su conexión con la praxis política, en los casos de José Martí y José Carlos Mariátegui.



El autor de los 7 Ensayos, que vive en época del desarrollo voraz del imperialismo norteamericano, es igualmente fiel a su tiempo y a sus retos.

"Marxista convicto y confeso", (11) el autor de los 7 Ensayos, quien además expresó con claridad, en el pórtico de su primer libro (12), que era "un hombre con una filiación y una fe", traerá a la exégesis literaria -y a la creación- todas "sus pasiones e ideas políticas".(13)

Esta confesión de parte nos exime de mayores comentarios. Mariátegui traerá a la literatura su pasión y beligerancia de opositor (14) a todo lo que conculque la dignidad del hombre y, ni imparcial ni agnóstico (15), en filará el escalpelo de su crítica para entregarnos una concepción del arte y la literatura que estén al servicio del hombre, que ayuden a esa gran verdad de nuestra época que es la Revolución. Esa revolución que será, como lo dijo en sus inmortales frases de La Escena Contemporánea, para los pobres, "no sólo la conquista del pan, sino también la conquista de la belleza, del arte, del pensamiento y de todas las complacencias del espíritu" (16)

Unimismadas por una concepción en la que la literatura y el arte, sin perder sus fueros particulares, dialécticamente se encuentran, por así decirlo, al servicio de la revolución, las obras de Martí y Mariátegui, no obstante haber sido concebidas y desarrolladas en épocas distintas, ofrecen a nuestro tiempo un derrotero y un camino por el que debemos continuar si queremos, finalmente, encontrarnos en la fundación de un país nuevo dentro de un mundo nuevo.



## CITAS

- 1) Hasta el punto que Fidel lo llama en el juicio del Moncada el "autor intelectual" del ataque al Cuartel Moncada.
- 2) Esto ha sido suficientemente estudiado en Cuba por sus principales pensadores. Véase, por ejemplo, los trabajos de Juan Marinello: "Fuentes y raíces del pensamiento antimperialista de Martí" en Revista Casa de las Américas No.90 p.5; Roberto Fernandez Retamar: Prólogo a "Nuestra América", edición de La Casa de las Américas, La Habana, 1974; y Martí antimperialista, de Emilio Roig de Louchsenring, La Habana 1961. Cf. también Hans-Otto Dill: "El ideario literario y estético de José Martí", La Habana, 1975 p.131.
- 3) A Manuel Mercado. Carta del 18 de marzo de 1895. En O.C. Tomo IV p.167. Nuestras citas de Martí, salvo indicación expresa, han sido tomadas de sus Obras Completas publicadas por la Editora Nacional de Cuba entre 1963 y 1966 (El subrayado es nuestro)
- 4) Ibid. (El subrayado es nuestro).
- 5) La revolución la haremos en la República", dijo C. Carlos Baliño que le había oído decir a Martí, con lo que se prueba que éste tenía muy claro el hecho de que la lucha por la ruptura de la condición colonial de Cuba era sólo el comienzo de la 2da. independencia.
- 6) Versos Sencillos (III) en O.C.T. XVI p.67



- 7) "Nuestra América," en O.C.T. VI p.19 (el subrayado es nuestro).
- 8) R.F.R. Prólogo a N.A. ya citado p.16
- 9) R.F.R. Ob. cit. p.18
- 10) Hans-Otto Döll, ob. cit:p.134.
- 11) Véase el Tomo II de la Obra de R.M. de la Torre "Apuntes para una interpretación marxista de Historia Social del Perú" donde se hace una crónica del "complot comunista" de junio de 1927 que le sirviera como pretexto a Leguía para clausurar "Amauta". Allí se reproduce la carta, que con fecha 10 del mismo mes, dirigiera JCM al diario "La Prensa". En el acápite No.2 de la mencionada carta, aparece la ya clásica autodefinición de Mariátegui. Citado en Ideología y política, tomo XIII de las Obras Completas de J.C.M., Lima, Empresa Editora Amauta, pag.241. De aquí en adelante, salvo indicación expresa, todas las citas de Mariátegui serán tomadas de la misma serie de Obras Completas.
- 12) J.C.M, La escena contemporánea, Tomo I de O.C., Lima 1969, pag.12.
- 13) JCM, 7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana, Lima, 1968, p.182
- 14) JCM, ob. cit. p. 184
- 15) JCM, ob. cit. p. 182
- 16) JCM, O.C.T. I. p.158



I

VIDA Y CIRCUNSTANCIA

"El deber de un hombre está allí  
donde es más útil".

MARTI

"No soy un espectador indiferente  
del drama humano. Soy, por el  
contrario, un hombre con una  
filiación y una fe".

MARIATEGUI

"Con los pobres de la tierra  
quiero yo mi suerte echar".

MARTI

"Tengo una declarada y enérgica  
ambición: la de concurrir a la  
creación del socialismo peruano".

MARIATEGUI



## I

VIDA Y CIRCUNSTANCIA

Dos hombres, dos destinos, dos siglos, dos vertientes: una sola luz -ubérrima- alzándose por encima de las circunstancias -estrechadas, limitativas- de la vida. Por encima de las contingencias -las cárceles, el exilio, las incomprensiones, el estrecho mundo colonial, por el lado de Martí: la pobreza, el acoso policial, la invalidez en el costado luminoso de la vida de Mariátegui-ambas personalidades emergen paradigmáticamente y se convierten en los representantes de lo más alto de su tiempo.

Martí (1853-1895), Mariátegui (1894-1930) son, en principio, hijos de su época, fieles a las demandas de su sociedad, lúcidos exégetas de las contradicciones, de las grandezas y miserias de su habitat.

Quedan y son, para nosotros, porque respondieron a los retos de su sociedad, y fueron grandes aún en lo pequeño de la existencia.

Nada de lo humano les fue extraño, y muy lejos de nuestra visión dialéctica está el hacer de ellos santones laicos, o seres impolutos.

Antes bien, ambos fueron, según el decir Valle-jiano, "hombres humanos", con todas sus limitaciones y grandezas.

Estulto sería negar el carácter galante de Martí, su tensa sensibilidad ante lo femenino; como necio, igualmente, sería esconder la llamada "Edad de Piedra" de nuestro J.C.M. en la que lo hallamos de cronista social o

se reconoce él mismo como que su "alma había partido desde muy temprano en busca de Dios" (11)

Lo más racional nos parece admitir lo que llama Juan Marinello (para el caso particular de Martí) (2) la "compleja unidad" de nuestros protagonistas. Así entendemos su inmedible grandeza, aun al lado de humanas limitaciones que inclusive los hacen más trascendentes.

### El Nacimiento

"El 28 de enero de 1853 nació en una casa humilde de la calle de Paula, en la ciudad de La Habana, un niño pobre y débil. Llegaba al mundo en lo más sombrío de una sociedad asentada en la opresión y el privilegio" (3)

Cuarentidós años después, ese niño moría -19 de mayo de 1895- combatiendo, a pecho descubierto, contra el colonizador de su pueblo.

Antes había escrito miles de hojas que no fueron llevadas por el viento, sino que constituyeron feraces semillas que, recogidas por la juventud de su patria, fueron reivindicadas, precisamente 100 años después, con el inicio de la lucha armada -con el glorioso Ataque al Cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953- que condujera a la victoria de la actual Revolución Socialista de Cuba.

Ese niño "pobre y débil", hijo de padres españoles, llega a organizar la primera guerra popular para que su patria sea libre. Pero esa guerra no surge de modo espontáneo, y por eso organiza su Partido -el Partido Revolucionario Cubano- que será el que conduce la gesta victoriosa.

Veamos, ahora, al otro protagonista: En la madrugada (una de la mañana) del 14 de junio de 1894, en una casa muy modesta -No.4 de la calle Junín- en la ciudad de Moquegua, nace José Carlos Mariátegui. (4) Se le bautiza con el nombre de José del Carmen Eliseo y su madre aparece en la partida como viuda, no obstante que el padre de nuestro autor vivía (5).

Las siguientes frases patéticas de Rouillón -que citamos literalmente- nos entregan el mejor espejo de la siniestra limitación física que lastra la vida del autor de 7 Ensayos:

"El organismo desgastado de la madre, por el trabajo agobiante y por la anemia aniquiladora, se ha de proyectar en el niño que desde el claustro materno había padecido de inanición y, por ende, de una defectuosa formación biológica. Mariátegui nace, pues, como la mayoría de los infantes humildes, raquíticos y endeble. A medida que crece, como es obvio, se agravan en él las deficiencias orgánicas y termina siendo víctima de una cruel enfermedad" (6)

A partir de los 6 años, intermitentemente, su salud irá decreciendo, hasta su muerte a los 36.

### La vida breve

Este breve relámpago existencial, sin embargo, fue cubierto a plenitud por el usuario del mismo: al mo-

rir deja J.C.M. una obra que, a pesar de los veinte tomos ya editados (7), es todavía largamente incompleta, pues no se han dado a luz los volúmenes que recogen la llamada "Edad de Piedra" -los artículos juveniles de J.C.M.- ni tampoco se ha publicado la ingente correspondencia del Amauta, de donde, con toda seguridad, se desprenderán aun mayores luces para situarnos en la verdadera perspectiva del gran escritor revolucionario.

Pero Mariátegui, como Martí, no se limitó sólo a la escritura. Un punto que identifica de sobremanera a nuestros autores (8) es que ambos no sólo escribieron, sino que fundamentalmente, sustantivamente, hicieron.

Mariátegui no murió en un combate a pecho descubierto con los enemigos de su pueblo, pero podemos afirmar que toda su vida fue -en especial a partir del año 1918 (9)- un continuo enfrentarse la lucha incoercible no sólo por interpretar su sociedad, sino substancialmente por cam-  
biarla.

→ Y que si queremos encontrar a un culpable de su muerte, ése no puede ser otro que el mismo que causa el deceso de cientos de miles de hombres en el mal llamado "Tercer Mundo". Nos referimos al Capitalismo, contra el que José Carlos lucha, premunido de precarias fuerzas físicas, pero armado por una poderosa e invencible doctrina: el marxismo-leninismo, que en él hallara a su fundador y primer difusor en nuestras tierras americanas (10).

Por otra parte, la mejor definición de la actitud de Mariátegui -y esto ya es usual en genios de similar tesitura- la da el propio J.C.M. al referirse a su admirado Lunarcharsky, el inolvidable Comisario de Instrucción

de los Sóviets:

"Hombre de su tiempo, no quiere ser un espectador de la revolución; quiero ser uno de sus actores, uno de sus protagonistas. No se contenta con sentir la historia; aspira a hacerla" (11)

Con respecto a su fúlgida, breve vida-¡apenas 36 años!- el propio Mariátegui, con ese sentido premonitorio característico de los prohombres, y que podría aplicarse igualmente, a los muy cortos 42 años del Apóstol de Cuba, había escrito:

"Por qué todas las vidas deben durar, regularmente, sesenta o setenta años? ¿Por qué todos los hombres deben morir arterio-esclerosos? Esto, además de ser muy monótono, tendría muchos inconvenientes. La medicina, por ejemplo, carecería de pretextos para progresar" (12)

En fin, vidas breves, en verdad, las de los dos fundadores de nuestra nacionalidad latinoamericana; pero en las que, prácticamente, no cupo más: preso desde la adolescencia, Martí pasó en el destierro la mayor parte de su vida ubérrima, vida en la que la preocupación cardinal fue la de servir a su patria, liberarla en tanto en cuanto esta acción era un medio: "El paso indispensable para lograr la consolidación y engrandecimiento de las repúblicas de esta parte del Nuevo Mundo a la que llamó Nuestra América y Madre América, y con vistas al empeño de hacer obra universal, anchamente humana (13).

## Genios Políticos

Mariátegui, por su parte, y forzando la imágen un tanto metafísica, pasó los treintiseis años de su intensa vida, "preso" en la cárcel de un cuerpo enteco, magro, enfermizo, cuya precariedad venció finalmente, a pesar de la luminosa plenitud matinal de su espíritu nuevo, que lo había hecho convocar a los obreros peruanos -reunirlos en una central única proletaria, la C.G.T.P. (14) - para hacer de ellos una fuerza belígera que coadyuvara a la instauración de un orden nuevo y, por si fuera poco, fundar el Partido que necesitaba la clase obrera peruana -su vanguardia- para coordinar esfuerzos alrededor de la idea marxista-leninista y con vistas a la toma del poder; nos referimos a la fundación del Partido Comunista Peruano por José Carlos Mariátegui; es verdad que con el nombre del Partido Socialista Peruano (15). Escribió el propio Amauta:

"El Partido Socialista del Perú -(ese Partido que adoptaba una praxis marxista-leninista, se adhería a la III Internacional y denunciaba a la II Social demócrata. Nota de W.O.) - es la vanguardia del proletariado, la fuerza política que asume la tarea de su orientación y dirección en la lucha por la realización de sus ideales de clase" (16)

No olvidemos, por otra parte (para los catecúmenos de la onomástica) que el fundador del Partido Socialista Peruano presenta, con el título de "Punto de vista antimperialista", una tesis nada menos que a

la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, celebrada en Buenos Aires, en setiembre de 1929 (17)

Martí también es un genio político. Junto con ser el escritor de las preseas más ricas en la prosa de nuestra lengua en los últimos tiempos, el autor de Versos Sencillos también auna al talento lírico, el de fundador del Partido que conducirá la guerra de Independencia de su pueblo, precursor y adelantado de la lucha antimperialista y el más notable ideólogo político y social de América en el puente entre el siglo XIX y el nuestro.

Martí quería independizar a su país de España, sí, pero al mismo tiempo tuvo la más genial lucidez que hombre alguno de su tiempo: advirtió que, igualmente, debía frenar la expansión imperialista norteamericana.

"Y Cuba debe ser libre de España y de los Estados Unidos", acuñó el Apóstol en ya celebrísima frase difundida por Emilio Roig de Leuchsenrig (18).

Martí, en su largo destierro de quince años en los Estados Unidos, pudo observar, "desde las entrañas del monstruo", "no sólo su voracidad ilimitada, sino los elementos que alimentaban sus depredaciones" (19). Esta permanencia en Estados Unidos fue para nuestro autor, desde el punto de vista político, "una rica escuela en que acendró y superó sus criterios revolucionarios" (20)

En Estados Unidos Martí, en definitiva, no

sólo ve al capitalismo, sino que alcanza a columbrar al imperialismo naciente. (21)

Todo esto culmina en la muy famosa carta a su amigo mexicano Manuel Mercado, escrita pocas horas antes de morir, desde el Campamento de Dos Ríos, el 18 de marzo de 1895. En ella Martí señala el propósito cardinal de su existencia -la lucha contra el imperialismo norteamericano- y los modos que tuvo que adoptar para desarrollarla. Pero mejor releamos las líneas tremantes del hombre que iba a regar su sangre generosa sin concluir la carta:

"... ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber -puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que -realizarlo- de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América . Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin". (22)

Martí, desde Estados Unidos redacta sus Escenas Norteamericanas -entre otras páginas muy importantes. El mismo, en el fragmento de la carta anteriormente transcrita, nos indica cómo deben ser leídas: "como indirectamente"- . Y así también deben ser leídas, " para

restituirles su recto sentido que no es otro que la implacable denuncia del capitalismo norteamericano. Porque hay que decir que lo que Martí combate en aquel país no es un "espíritu" distinto al nuestro (incluso no será remiso a elogiar cálidamente a sus grandes creadores) : lo que combate es el capitalismo" (23)

### Ambos censurados

Al respecto, es importante volver la vista hacia otro asombroso paralelismo con nuestro Mariátegui . La doctora Mirta Aguirre nos sugirió que, en ambos, no sólo era importante leer lo que escribieron, sino pensar en que esto era, apenas, lo que les dejaron publicar. Pues los dos estaban en una lucha sin cuartel: Martí contra el agónico colonialismo español, pero a la vez ya enfrentado al naciente imperialismo norteamericano cuyas garras dolarizadas (23A) empezaban a hacer sentir su peso específico.

→ Mariátegui por su parte, acosado desde siempre por la necesidad, desarrollando su obra en una sociedad en pleno proceso de convulsión (a partir de 1919 la clase obrera peruana inicia una de sus arremetidas más decisorias en busca de arrancar a la burguesía sus derechos fundamentales: las 8 horas entre ellos: Mariátegui está presente en estas jornadas capitales) su expresión sufre limitaciones por la conciencia de clase de los propietarios de los órganos en lo que labora ("La Prensa" o "El Tiempo", v.gr.). La única solución para superar esto fue la fundación primero de "Amauta"(23B)

y luego de "Labor" (24)

Antes, había tenido que dejar "La Prensa" cuando ésta "cambia de orientación política para asumir la defensa del gobierno oligárquico y aristocrático de José Pardo". (25)

Mariátegui colaboró aparentemente sin problemas en "La Prensa", mientras estuvo en el timón del Diario su director-fundador don "Alberto Ulloa Cisneros, hombre de tendencia liberal y ocasional enemigo de la oligarquía civilista"; luego que la "empresa" fue comprada por Augusto Durand -el amigo infiel de Ulloa- y que éste la puso a los pies de la oligarquía gobernante, Mariátegui abandonó el diario para pasar a "El Tiempo", que representaba la oposición (paradójicamente, como la historia lo demostrará después) a la plutocracia gobernante: esta menguada oposición se hacía desde la vertiente (¡:!!)leguista.

Era el año 1916. "El Tiempo" aparece el 14. VII-1916 (26)

Respecto a este problema de la censura contra Mariátegui, citamos, in extenso, este párrafo de G. Rouillón:

"Se sabía que la dirección de "La Prensa" le había impedido a Mariátegui, en reiteradas ocasiones, la publicación de varias notas por considerarlas reñidas con la orientación seguida por el periódico-sobre todo después del alejamiento de Ulloa Cisneros. Es probable que el tema de palpitante actualidad -publicado en el primer número de "El Tiempo"-en el que denuncia la agresión del imperialismo yanqui sobre México y que apareciera con el epígrafe: "Cartas a X.

Glosario de las cosas cotidianas" (17 de julio de 1916, pags. 1 y 2), la misma sección e igual título que, también, utilizara en La Prensa, haya sido uno de los trabajos condenados por los novísimos inquisidores que sustituyeron al maestro Ulloa Cisneros como orientadores del periódico". (27)

Igualmente, hay que citar las sucesivas clausuras de "Amauta" y de "Labor", el cierre de los talleres de la Editorial "Minerva" y la detención de J. C. Mariátegui, quien por su estado de salud es recluido en el Hospital Militar de San Bartolomé (28)

→ Del mismo modo, hay que subrayar los editoriales de conocidos órganos de prensa al servicio de la plutocracia, como "El Comercio", el mismo que "aprueba editorialmente la represión" contra J.C.M. y la clase obrera, así como contra la intelectualidad progresista.

El propio Mariátegui -como baldón definitivo para "El Comercio" (el de los Miró Quesada)- escribió que él "no tuvo reparo en complacerse expresamente por la supresión de "Amauta" (29).

Volviendo al paralelismo, citaremos, ahora, una censura contra la obra del Apóstol cubano. La coincidencia -nuevamente- es sorprendente, pues -¿como no- se vinculará, similarmente al caso de Mariátegui, nada menos que al imperialismo norteamericano.

Se trata de las Escenas norteamericanas. La primera crónica que envía Martí a "La Nación" de Bs.Aires, es mutilada por el mismísimo director, quien en carta del 26 de setiembre de 1882, le comunica a J.C.M:

"La supresión de una parte de su primera carta, al darla a la publicidad, ha respondido a la necesidad de conservar al diario la consecuencia de sus ideas (...). Sin desconocer el fondo de verdad de sus apreciaciones, y la sinceridad de su origen, hemos juzgado que su esencia, extremadamente radical en la forma absoluta de las conclusiones, se apartaba algún tanto de las líneas de conducta que a nuestro modo de ver, consultando opiniones anteriormente comprometidas, al par que las conveniencias de la empresa, debía adoptarse desde el principio, en el nuevo e importante servicio de correspondencias que inauguráramos..." (30)

He aquí, pues, una prueba palmaria de cómo el estilo -la denuncia- "extremadamente radical" de Martí para plantear la verdad sobre los Estados Unidos capitalistas e imperialistas, recibió censura, según el decir del propio director de "La Nación", y "para conservar al diario la consecuencia (?) de sus ideas".

Junto al pueblo, desde el pueblo: con la clase obrera

Pero todas estas limitaciones no impidieron que, como expresa el verso maestro de Romualdo, la sombra diera a luz el nuevo día, ese día que traspasaba las cárceles, los trabajos forzados, el destierro, las miserias materiales, la persecución política, las enfermedades y finalmente la muerte temprana: Martí y Mariátegui cosechan hoy porque supieron sembrar en el único terreno feraz: en el del pueblo y, más concretamente aún, en el de la clase obrera, la clase del porvenir, a

quella que fue saludada por Vallejo.

Recordémoslo:

"Obrero, salvador, redentor nuestro, perdónanos, hermano, nuestras deudas; Proletario que mueres de universo, en qué frenética armonía acabará tu grandeza...." (31)

Martí fue claro en su adhesión, en su clarividencia respecto a la clase del futuro. Y para reforzar nuestro aserto, no buscaremos, esta vez, un testimonio de autor amigo.

En ocasiones -como dice Armando Hart (32)- "son los reaccionarios quienes suelen expresar con mayor claridad el fondo del pensamiento político de los revolucionarios". José Ignacio Rodríguez, un anexionista cubano, escribió en el año 1900, refiriéndose a Martí, lo siguiente:

"A los cubanos que tenía cerca de sí, especialmente a los pobres y más ignorantes, los ayudaba en sus necesidades y les daba clases por las noches, enseñándoles gratuitamente a leer, a escribir, etc.etc., y a todos y de todos modos, en cuanto estaba a su alcance, les predicaba el odio a España, el odio a los cubanos autonomistas (...); el odio al hombre rico, cultivado y conservador, introduciendo así en el problema de Cuba un elemento que hasta entonces había sido desconocido, pues todos los movimientos del país habían partido siempre de las clases altas y acomodadas; y el odio a los Estados Unidos de América, a quienes acusa

ba de egoístas, y a quienes miraba como el tipo de una raza insolente, con quien la que dominaba en los demás países de la América Continental tenía que luchar sin descanso." (33)

Armando Hart señala acertadamente, que el "instinto de clase de este cultivado 'gusano' de 1900 le llevó a las más profundas verdades acerca del hecho histórico de que Martí les dio conciencia de su fuerza a las clases y capas más pobres de la sociedad cubana".

Pero no sólo esto, en la primera parte de lo citado de José Ignacio Rodríguez, y que corresponde al capítulo dedicado a "Martí y el Partido Revolucionario Cubano", dice que, cuando se organizó éste "con Estatutos secretos, pero sobre Bases que se publicaron desde marzo de 1892, nadie le concedió la menor viabilidad (35).

Pero la clave de la vida de ese Partido Revolucionario fue su base: el pueblo, y la conciencia de clase que Martí le infundía.

José Ignacio Rodríguez escribe "aquel movimiento improvisado en que no figuraban sino algunos emigrados cubanos, los más de ellos de la clase obrera, blancos y negros, de Cayo Hueso, Tampa, Nueva York..." (36)

Repárese bien: "Los más de ellos de la clase obrera, blancos y negros..." El 'gusano del 900' - como lo llama muy cubanamente Hart - dice lo anterior con un tono admonitorio, pero le sale el tiro por la culata, se le vuelve un "boomerang", pues aquello que pre-

tende ser utilizado para denunciar a Martí, en efecto "denuncia", en nuestro espíritu la condición de zahorí del Apóstol, que supo confiar en quien debía confiar : en el substratum popular, base sine qua non para la victoria en la nueva guerra que iba a emprender.

Subráyese, asimismo, el enorme servicio -malgre lui-, por cierto- que nos hace el proyanqui J.I. Rodríguez al enfatizar que es Martí el que "introduce" un elemento desconocido" en el problema de Cuba, y ese elemento desconocido resulta nada menos que la actualísima lucha de clases ("pues todos los movimientos habían partido siempre de las clases altas y acomodadas" (37), y ahora este Martí organizaba el suyo a base de la clase obrera "predicando el odio al hombre rico, cultivado y conservador" (38). Qué tipo:

Uno de los más lúcidos marxistas cubanos del momento, el Dr. Carlos Rafael Rodríguez, sobre este mismo tema fascinante ha escrito:

"Martí supo ver el papel histórico de la clase obrera... Martí además se dio cuenta de que la clase obrera era la fuerza revolucionaria con la cual podía contar para el comienzo y para el desarrollo de la Revolución. Dijo que los obreros eran 'el arca de la alianza donde se guarda la bandera de la libertad'. Afirmó que los obreros eran 'los mejores entre nosotros' y, sobre todo, actuó en Tampa y Cayo Hueso, en el seno de la clase obrera emigrada".(39)

Recordemos, finalmente, para concluir este tema con respecto a Martí, sus expresivos versos:

"Con los pobres de la tierra,  
Quiero yo mi suerte echar".

Con respecto a Mariátegui, su confianza en el proletariado es sustantiva. No olvidemos que lo genial de Martí -no siendo marxista- es que se adelanta a su tiempo. Mariátegui, con "una filiación y una fe", marxista "convicto y confeso", al organizar a la clase obrera peruana, y al fundar, con el nombre de Partido Socialista un Partido que es, como dice él mismo al redactar sus Principios Programáticos, "vanguardia del proletariado", expresa su abierta confianza en la victoria definitiva de la clase del futuro.

Documentos importantes sobre lo anterior, escritos por J.C.M., son "El 1º de Mayo y el Frente Unico" (40), "Mensaje al Congreso Obrero" (41), "Admonición del 1º de Mayo" (42), "El Congreso Sindical Latinoamericano de Montevideo" (43), "Manifiesto a los trabajadores de la República lanzado por el Comité Pro 1º de Mayo" (44), y todos los referentes a la C.G.T.P. (45).

El anhelo superior de Mariátegui: unir a la clase obrera -para hacerla monolítica- se puede decir que es el leit motiv de sus escritos sindicales. En su "Mensaje al Congreso Obrero" -enero de 1927- plantea que "el lema del Congreso debe ser la unidad proletaria" (46), y que las discrepancias teóricas, frente a un proletariado con tan incipientes bases principistas, no serviría sino para desorganizar a los obreros "cuando de lo que se trata es justamente de organizarlos". Y concluye con el planteamiento de la necesidad perentoria del "frente úni

co de los trabajadores" pues "en la jornada de hoy, nada nos divide: todo nos une" (47).

### Educadores de la clase obrera

Mariátegui -el Amauta José Carlos Mariátegui- es consciente, como Martí, de su misión de organizar, informar y formar a los militantes obreros revolucionarios y a las masas campesinas.

Así como Martí, según hemos leído en el testimonio del anexionista José Ignacio Rodríguez: "A los cubanos que tenía cerca de sí, especialmente a los pobres y más ignorantes, los ayudaba en sus necesidades y les daba clases por las noches, enseñándoles gratuitamente a leer, a escribir, etc., etc." (49), nuestro Mariátegui fue maestro del proletariado, directamente en la Universidad Popular "Gonzalez Prada" (50) y con la fundación de "Labor", periódico de información e ideas, así como con la organización de la "Oficina de Auto-Educación Obrera", adoptando los criterios educativos de la Internacional Sindical Roja. "Esta auto-educación" consistía en la formación básica, con asesoramiento permanente, de los alumnos con fomento de la iniciativa y sin los riesgos del autodidactismo espontáneo y asistemático. La auto-educación se organizaba de acuerdo a un plan determinado, con centros consultivos, material educativo y dirección metodológica supervisada" (51).

Amplia información sobre esto se puede encontrar en el número 24, junio de 1929 -pags. 85 y 88 de "Amauta" (52).

así se debe  
ordenar a la  
misma camp  
y un alfab  
reducirlos



Con respecto al importante papel que cumple JCM en la Universidad Popular Gonzalez Prada, citamos el testimonio de Jacobo Hurwitz:

"Como síntesis de mi experiencia de la Universidad Popular, desde la incorporación de Mariátegui.... afirmo que mientras los demás instruíamos y practicábamos labor de agitación, él educaba, realizaba proficua labor de siembra... Es verdad que en considerable medida vencimos el anarcosindicalismo de no pocos trabajadores, imbuidos de ideas obsoletas, de principios anacrónicos; pero José Carlos iba más lejos, despertando una definida conciencia de clase y abonando el suelo para la ulterior creación de Confederación General de Trabajadores del Perú, con moderno sentido proletario de vastas proyecciones" (53).

→ Se trataba de las hoy famosos conferencias de Mariátegui, dictadas en la U.P.G.P., fundada en 1921, y cuyo público se componía en su mayor parte de obreros (54). Dichas conferencias, acerca del proceso revolucionario universal -explicadas desde un punto de vista clasista- elevaron de inmediato la enseñanza hasta un nivel teórico con substratum marxista.

Mariátegui era consciente del bajo nivel existente en la U.P.G.P., regimentada por los cofrades de Haya de la Torre y dirigida por el propio autor de "El Imperialismo y el APRA".

"J. del Prado describe así la importancia de la Universidad Popular Gonzalez Prada para la organización de la clase obrera peruana y su partido: (Mariátegui)...modificó de inmediato la orientación de dicho centro de capacitación, para convertirlo en

una cátedra de educación clasista y revolucionaria de la clase obrera peruana y núcleo desde el que organizaría años más tarde la Confederación General de Trabajadores del Perú y el Comité organizador del Partido Comunista Peruano..." (J. del Prado, "Lenin y su obra en el pensamiento y la acción de José Carlos Mariátegui" en Lenin y Mariátegui, Lima, 1970, pag.21) (55)

Por la misma razón, Mariátegui convierte, a partir del otoño de 1923, la revista de la U.P. "González Prada", "Claridad", en una revista sindical, con un franco orientamiento (sic) doctrinario" en el que abandona el tono estudiantil (56).

Es importante subrayar lo que podríamos llamar un "golpe de mano" maestro del Amauta, pues él queda en la dirección de la U.P.G.P. cuando Haya de la Torre sale al exilio; y entonces aprovecha para cambiarle de orientación, ahora sí, poniéndola al servicio de los verdaderos intereses del proletariado, y tratando de limpiarla de todas las gaseificaciones tan al gusto de la retórica de Haya y sus a-lateres.

### Desde fuera descubren el país verdadero

Y aquí se da otro de los puntos de nuestro paralelismo.

Nótese que todo este trabajo de Mariátegui en la U.P.G.P. se da inmediatamente después de su regreso de Europa, donde había permanecido desde 1919 (57) hasta 1923. Mariátegui vuelve al país "con el propósito de trabajar por la organización de un partido de clase"

(58) y también para fundar una revista crítica (59)

La estancia europea, paradójicamente, lo ha acercado más entrañablemente a su país; podríamos decir que lo ha hecho verlo en su realidad contradictoria y verdadera. Abundaremos en este tema.

Similar es el caso de Martí, que pasa en exilio la mayor parte de su existencia; pero este ostracismo, en lugar de desarraigarlo, lo hace penetrar más profundamente aún en la urdimbre de su país y participar en sus luchas inmediatas.

Ya nos había explicado Juan Marinello:

"Algunas vez he dicho que el largo destierro de Martí en los Estados Unidos -los quince años de su madurez- fue un dolor inacabable pero que, desde un punto de vista político, constituyó la rica escuela en que acendró y superó sus criterios revolucionarios. En efecto, nuestro libertador pudo observar desde las 'entrañas del monstruo', no sólo su voracidad ilimitada sino los elementos que alimentaban sus depredaciones" (60).

Martí, en España primero, luego en México, Guatemala y Estados Unidos, troquelaba la idea entrañable de su Cuba, y, esencial y más ampliamente, de la América mestiza, aquella que él llamara "Madre América", luego "Nuestra América", punto cardinal de su existencia y de su preocupación de creador y combatiente:

"Les hablo de lo que hablo siempre: de este gigante desconocido, de estas tierras que balbucean, de nuestra América fabulosa (...) ¿que falta podría echarme en cara mi gran madre América? ¡Para ella trabajo!" (61)

Así escribe Martí en carta a Valerio Pujol de 27 de noviembre de 1877; poco antes, a su entrañable amigo Manuel Mercado -aquel de la inolvidable carta inconclusa, redactada pocas horas antes de morir- le informa que considera su misión "dar vida a la América, hacer resucitar la antigua, fortalecer y revelar la nueva"(62)

Y será, de este modo, en los Estados Unidos, enfrentado a lo que él llamara la "América Europea", donde encuentra la verdadera dimensión de su patria grande de la que dice: "De América soy hijo: a ella me debo".

Y aquí surge, por fin, la imbricación con el tema de nuestra tesis: la literatura de América Latina y su posición progresista, revolucionaria.

Martí, al buscar a América, al querer "hacer resucitar la antigua, fortalecer y revelar la nueva" (63) estará yendo, también, en busca de su literatura, de su expresión.

Y esto nadie sino el mismo autor de Ismaelillo nos lo va a decir, inmejorablemente, en esa joya poco conocida que es su "Cuaderno de apuntes" de 1881, anotado en Caracas. Allí leemos estas frases que no necesitan mayor explicación:

"Porque tenemos alardes y vagidos de Literatura propia, y materia prima de ella, y notas sueltas vibrantes y poderosísimas -mas no Literatura propia. No hay letras que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana hasta que no hayahispanoaméri ca..."(64)

Mariátegui, por su parte, en numerosas oportu-

nidades subrayó el papel de catalizador que tuvo, para él, el viaje y su permanencia fuera del país, particularmente en Europa.

Refiriéndose a su propio viaje -que compartió con César Falcón- escribió:

"Nos habíamos entregado sin reservas, hasta la última célula, con una ansia subconciente de evasión, a Europa, a su existencia, a su tragedia. Y descubríamos, al final, sobre todo, nuestra propia tragedia, la del Perú, la de Hispano-América. El itinerario de Europa había sido para nosotros el del mejor, y más tremendo, descubrimiento de América". (65)

Al escribir sobre Tristán Marof, dijo:

"Como Waldo Frank - como tantos otros americanos entre los cuales me incluyo- en Europa descubrió a América" (66)

Mariátegui, pues, de este modo, nos aclara que al dictador Leguía, quien lo mandó a Europa para librarse de él, le salió el tiro por la culata. Leguía pensó que el frívolo y decadente, aunque luminoso -¿como no?- mundo europeo iba a inficionar a su pugnaz y joven crítico, y, ¿por qué no?, quizá guardaba la secreta esperanza de una resurrección del sutil, atildado y evanescente "Juan Croniqueur"; pero Mariátegui, en cambio, "en Italia, dirigió un círculo marxista, en el que transmitió sus ideas a algunos compatriotas con los que se adhirió al movimiento socialista" (67); en el mismo país participó en el congreso constitutivo del Partido Comunista de Livorno (68) y en Francia tomó contacto -muy importante para sus consideraciones sobre el arte y la literatu-

12

ra en sus relaciones con la política- con el grupo Clarté, fundador por Henri Barbusse. En Alemania visitó al gran Máximo Gorki; en fin, aprovechó el minuto su estancia europea, para cargar la batería que, desde 1923 hasta 1930, en el Perú, produjera la más portentosa obra de renovación social, literaria y política de toda la historia de nuestro doloroso país.

El ostracismo, pues, paradójica, mejor diríamos, dialécticamente, inserta más radicalmente en sus países a nuestros autores. Desde el mirador de la distancia, aprehendieron más intensamente aun la dilacerada condición -colonial, neocolonial, respectivamente- de sus territorios nativos, cuya literatura será un arma de combate más para la lucha por el hombre y la patria nuevos.

La lucha interior: la temperatura a la que se forja el diamante

No es, sin embargo, la vida un arroyuelo claro. No es, tampoco -¿no lo fue nunca?- un valle ameno. Semejantes paisajes apócrifos sólo existen en los anémicos pinceles de autores de otras épocas, o de representantes del pseudo arte, ahíto de estupefacientes.

Nada, en la vida grande, transcurre sin la presencia de tempestades interiores, digamos, de cataclismos que sirven, a la vez, para poner a prueba la calidad granítica de los espíritus.

La vida de Martí -aparte de las dificultades

inherentes a su condición de precoz luchador anticolonialista- tuvo acudimientos muy fuertes.

Una de las luchas más significativas es la que se dio entre su vocación literaria, su oficio de creador amante de la belleza de la palabra y de todo lo que existe, y su férvida pasión por la justicia, por el combate, que había emprendido para lograr la libertad de su patria y con ella asegurar la de América.

Dice Marinello:

"Ya se sabe que todo Martí es una pelea entre la misión y el oficio. Y quizá sea el único caso en que siendo una misión razón de una vida, no pudo apartar de un oficio que venía en la sangre" (69)

Se trata pues que, en medio de la misión, que era razón de su vida, estuvo su obra literaria -su oficio-, puesto al servicio, también éste, de los "pobres de la tierra".

Pero lo anterior no ameliora el conflicto.

Veamos algunos desgarrados testimonios personales de Martí:

"Siempre que me siento a escribir, la Fortuna celosa me pone una copa de hiel al costado. Mi obra es trocarla en mieles.- Jamás he entrado en una gran labor sin que alguna profunda pena haya venido a perturbarme en el comierzo.- Y he hecho mi jornada bravamente, con un muerto a la espalda" (70)

Y en una carta, que tomamos, al azar, se leen estas frases que nos llevan directamente hasta la fragua interior de nuestro Martí, para abrasarnos con sus altas temperaturas:



"Usted vive en paz -le dice a su amigo Diego Jugo Ramírez desde Nueva York-, y su casa es como una maceta de jazmines, y yo soy como una jaula quebrantada, en que se va arrastrando un león enfermo ¿Qué mayor tormento quiere Ud. que sentirse capaz de lo grandioso y vivir obligado a lo pueril...". (71)

¿Qué hondos abismos desencajan al maestro para usar imágenes tan estremecedoras?

Y sobre la incomprensión familiar que lo rodeó y que pudo -para un carácter menos templado- ser un obstáculo muy serio en la búsqueda de la realización de su destino, el propio Martí nos revela en la misma carta:

"Yo estoy purgando la pena de haberme decidido a ser honrado, y vivo sin mi hijo, sin hermana, y sin señora (72)

Así era nuestro Martí. ¿Cómo discurría, pues, su existencia? ¿Solamente soñaba este lírico que pulsó las más sutiles cuerdas del laúd humano? Leámosle, nuevamente, su propio testimonio:

"A otros embriaga el vino: a mí, el exceso de trabajo". (73)

Marinello nos recomienda la vía más congruente para aprehender, siquiera en parte, a este ser excepcional. "Tomar al hombre y su obra en toda su realidad tumultuosa y exaltada". (74) nos sugiere el gran ensayista cubano contemporáneo. No hay que temerle "a su intimidad y a su contradicción" (75). Hay que encontrar un Martí "en suma, con toda la raíz y con toda el ala"(76); porque nuestro autor "conoció el amable monstruo de la evasión

sensual<sup>99</sup>, pero lo grande consiste en que supo domarlo  
(77)

Y para los efectos de nuestro interés específico -nos referimos a lo literario en Martí- añadiremos que, en medio de las anfractuosidades de su existencia, siempre estuvo presente su genio literario, ese genio -que, incluso, de no haber tenido tan buenas bridas de guiador, hubiera dañado su alta misión política. Porque, como expresa el propio Marinello:

"Martí, no importa si redacta una proclama o produce una arenga de agitación partidaria, mantiene y defiende los caminos propios, virtuosos, rebosantes de encuentros deleitables que buscan y conducen al escritor"<sup>100</sup> (78)

Y: "lo impar en nuestro escritor combatiente es que la grandilocuencia vitalicia no estorba el matiz sugerente ni la delicadeza de entendimiento y expresión"<sup>101</sup>.

Pues lo esencial en Martí es que no podemos separar -como en todos los grandes- al escritor del hombre y que, en definitiva, es éste aquél sobre cuya grandeza se articula el portento de una creación ejemplar, que tuvo como Norte supremo una vocación: la de servir.

Recordemos lo que nos dice Martí en su Testamento literario:

Ya usted sabe que servir es mi mejor manera de hablar<sup>102</sup> (80)

Y ¿de quién hablaba Martí, sobre todo sirviendo?





na me parece digna de ella: sólo lo que vamos a hacer me parece digno" (81)

Y lo que va a hacer es, precisamente, la guerra, en la que ofrendaría su vida, símbolo máximo del servicio, el único que le parecía digno, para su Cuba.

Recuérdese que estas palabras las escribe Martí en Montecristi, República Dominicana, poco antes de partir en la expedición libertadora hacia Cuba (la carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, conocida como T stamemto literario, tiene fecha 1º de abril de 1895: un mes y dieciocho días después Martí moría, ya en territorio cubano).

En el convulso espíritu de Martí luchaban, pues, fuerzas encontradas: las de su poesía, su creación, y las de su tarea, misión o destino. Nunca esta lucha, por cierto, se resolvió en crisis; antes bien, el Apóstol su po poner primero lo que era primero, no sin que esto, por cierto, le causara desgarrones y le arrancase bramidos que supo sofocar en la tersa, diáfana serie de explicaciones que él hace, verbi gratia, sobre este punto.

En carta a su amigo Vidal y Morales le dice:

"Antes quiero yo hacer la colección de mis obras que de mis versos". (82)

No hay duda que él da prioridad a su condición de político y revolucionario, antes que a la de artista y poeta (83); pero lo genial de su visión de adelantado en este espinoso problema de la estética actual, es que no subordina a ésta frente a aquélla:

La expresión, sin embargo, le parece "hembra del acto" y mientras hay que hacer, la mera expresión

-lo escribe- le parece indigno empleo de fuerzas del hombre (84)

Palabras éstas que sonarían redondas, lucientes, sin conflicto, en un hombre de pura acción, pero no en un enamorado de la palabra, en un alarife de ella tan eximio como el poeta Martí. Sin embargo, aquéllas son de él y revelan, pues, su faceta de pugna consigo mismo, en la que vence el realizador, el fundador del hombre nuevo ("la justicia primero y el arte después" sería otras de sus frases paradigmáticas. (85))

Juan Marinello, igualmente sobre este tema apasionante, ha escrito que por la frente de Martí -aquella "pálida planicie", esa "ladera de montaña", como dijo él de la frente de Darwin- han cruzado todas las ansiedades de la creación y de la acción. Y que su conflicto vitalicio "tantas veces patente en su prosa y en su verso", fue "la diaria pugna entre lo bello, que reclama espacio y exige ocio engendrador y traducción singular, y la gestión política, que no admite apartamiento ni esperas, ni infidelidades" (86)

Pues en definitiva, lo grande del Apóstol cubano, es que "sin dejar de cumplir un instante su tarea política, mantiene diaria vigencia de escritor y pensador original y brillante" (87)

Semejante es el caso de Mariátegui. En él, como en Martí, es imposible separar el artista del político. Digamos que ambos ejercen el arte de la política, grande, magistralmente, por estar premunidos de las aladas armas de la creación.

En los dos espíritus ejemplares es posible ras

trear un substratum de amor incoercible por la belleza, pero no en tanto en cuanto alquitarada atmósfera que separa al hombre, sino, más bien, en cuanto un arte humano que hacía más profunda y menos perecedera la condición de hombre.

Un arte al servicio del hombre, será el que ambos postulan, el que ambos practican, el que ambos predicen, el que ambos ejercen.

Frase muy conocida de Mariátegui, y que citamos ahora es:

"Nos negamos a considerar solamente la calidad de la obra, separándola o diferenciándola de la calidad del hombre" (88)

Igualmente:

"A algunos puede interesarles el literato; a mí me interesa más el hombre" (89)

Mariátegui tiene una precaria estación literaria de poeta -en su llamada "Edad de Piedra"- pero nosotros sostenemos que, nunca, el ángel aleccionador de la poesía -en el sentido griego de poiesis: creación- lo abandonó.

El autor de El Alma Matinal nunca dejó de hacer poesía, y si bien es verdad que no la ejecutó en verso, sí, su prosa toda, y especialmente en sus momentos de más alta intensidad se encuentra tachonada de un hálito poético inconfundible.

Además no olvidemos Siegfried y el Profesor Canella, la novela de Mariátegui que todavía está esperando exégeta. Allí encontramos instantes de prosa narrativa de muy relevante nivel.

Mariátegui, como Martí, es un hombre con una profunda y dilacerada vida interior. Recordemos, solamente, lo que dice él de sí en la famosa Encuesta de "Mundial" del año 25:

"Soy un alma agónica como diría Unamuno. (Agonía, como Unamuno, con tanta razón lo re marca, no es muerte sino lucha. Agoniza el que combate) (90)

### El Apóstol, el Amauta: la falta de tiempo

Ambos vivieron toda su vida asediados por la necesidad. Martí desarrolló su Apostolado sorteando las dificultades que la existencia cotidiana le planteaba, dificultad la primera, por cierto, la de procurar el diario condumio.

Conmueve de sobremanera pensar en la diáfana pureza de la obra lírica de un hombre que, toda la vida, tuvo que luchar para ganarse el diario sustento.

El Apóstol, el grande poeta debió tener varios oficios para vivir. "Empleado de Comercio" fue uno de ellos. Leámoslo, desde Nueva York, en agosto de 1882, cuando le dice a su entrañable amigo mexicano Manuel Mercado:

"ya va apresuradamente dicho en mi mesa de empleado de comercio -que es profesión nueva en que entro, por no dar en la vil de desterrado sin ocupación, y ayudar a la amarga de cultivador de letras españolas..." (91)

La obra literaria -la suya, la personal- no le importó mucho frente a lo que él consideraba su apostolado, la razón de su vida.



"Cantos mancos de aprendiz de mesa" (92) calificó alguna vez su propia poesía; y "en cada letra veo una culpa" (93) dijo de sí.

Es proverbial, en Martí, la ascética y dubitativa forma como calificó su propia obra:

"Yo no me doy cuenta de si valen algo, o nada valen, y son desborde monstruosos de la fantasía y no construcción sana los versos que le mando" (94)

"Antes quiero yo hacer colección de mis obras que de mis versos" (95)

No tuvo tiempo para hacer, para reunir su obra:

"No alcanza el tiempo para dar forma a lo que se piensa...." (96)

Recordemos que, prácticamente, Martí no publicó libro alguno durante su vida. Pues sólo dos cuadernos de versos pudo dar a luz: Ismaelillo, 1882 y Versos Sencillos, 1891.

Por su parte Mariátegui - ¡Oh asombrosa nueva coincidencia, - igualmente sólo tiene dos publicaciones en vida: La escena contemporánea, 1925; y 7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana, 1928,

El resto de la ingente obra de ambos fundadores, quedó dispersa en periódicos y revistas de sus países y del continente, y sólo ha visto la luz bastantes años después de la muerte de sus autores; en un caso, debido a la fidelidad del discípulo Gonzalo de Quesada y Aróstigue -Martí-; y en el Mariátegui, por la devoción

filial que fundó la "Empresa Editora Amauta", donde han venido publicándose tanto las Obras Completas de J.C.M. como todo lo importante que haya salido sobre la obra y vida del notable autor de Defensa del marxismo.

Por otro lado, respecto a lo mismo, hay que recordar que José Martí tuvo una excepcional intuición cuando dijo que "más le interesaba ser poeta en actos que en obras"; o sea que él daba más importancia a las acciones concretas de su existencia, antes que a su plasmación poética.

Veamos cómo lo expresa el propio Apóstol en carta a Manuel Mercado:

"En mi estante tengo amontonada hace meses toda la edición -porque como la vida no me ha dado hasta ahora ocasión suficiente para mostrar que soy poeta en actos, tengo miedo que por ir mis versos a ser conocidos antes que mis acciones, vayan a creer las gentes que soy, como tantos otros poeta en versos."  
(97)

Esta poesía en actos, como lo vimos en el desarrollo de la existencia del Apóstol, no fue sólo una frase retórica, sino la consumación del holocausto por su patria: sólo cuando realiza éste, podrá hallarse tranquilo el poeta. Nada de lo que ha hecho antes le parece digno de entregarle a su patria, salvo su acción guerrera:

"La mano ganosa de armas más eficaces, o de tareas más viriles y difíciles, rechaza como una acusación la pluma. Las amarguras de mi tierra se me entran por el alma, y me la tie-

nen loca..." (98)

"nuestros guerreros están limpiando sus armaduras: -¿y entonces sí seré digno de responder a su dedicatoria" (99).

¿Que tiempo escaso el de nuestro héroe, solicitado por tantos vientos encontrados, pero con un solo punto cardinal: el de su sacrificio por Cuba; ("La patria es ara, no pedestal")

Leamos un testimonio más sobre su vida nada sosegada: le escribe a su amigo Federico Henríquez y Carvajal:

"Al saltar de un viaje, y al estribo de otro, y sin más que un minuto descortés..." (100)

"Esperaba, en vano como siempre, horas de calma. Aquí el trabajo; allí el dolor, que es un mayor trabajo..." (101).

Todo esto, pues, conforma, para nosotros la imagen del Apóstol, como la de aquel hombre que siendo esencialmente artista - y de los grandes, y sabiéndolo, aunque tanto se negara a autorreconocerse- escribe frases definitivas y que suenan tan dramáticas teniendo en cuenta las particulares circunstancias de quien las expresa:

La justicia primero y el arte después: «Hembra es el que en tiempos sin decoro se entretiene en las fuerzas de la imaginación, y en las elegancias de la mente; Cuando no se disfruta de la libertad, la única excusa del arte y su único derecho para existir es ponerse al servicio de ella. Todo al fuego, hasta el arte, para alimentar la hoguera; (102)

Cualquier comentario sería ocioso.

José Carlos Mariátegui -el Amauta- vice para enseñar y predica con el ejemplo. No obstante su precaria condición física, no se ahorra ningún riesgo y está con los obreros peruanos en sus jornadas reivindicativas más trascendentes.

Antes de su viaje a Europa, un artículo que escribiera con tono antiarmamentista le valió una cobarde y repudiable agresión por parte de un grupúsculo de "gorilas", encabezados por el teniente José Vásquez Benavides (103).

Leamos la descripción del suceso hecha por Guillermo Rouillón:

"El primer trabajo firmado por José Carlos en 'Nuestra Epoca' llevaba el siguiente título: 'El deber del ejército y el deber del Estado', y respondía a un comentario sobre el discurso que pronunciara el Coronel Enrique Ballesteros (1872-1970). Este artículo antiarmamentista de José Carlos Mariátegui habría de provocar una violenta protesta de parte de los oficiales del Ejército. Y acto seguido, un grupo de los mismos, encabezados por el Teniente José Vásquez Benavides, salió en busca del autor del agravio e invaden bulliciosamente la redacción de "El Tiempo" donde se hallaba trabajando el articulista. Frente a él, de cuerpo enteto, Vásquez Benavides se adelantó frenético lo maltrató con un latiguillo que portaba en la mano. Mariátegui, débil y enclenque, recibió impasible y con mirada desafiante la agresión. Resistió hasta que en una de las arremetidas del provocador perdió el equilibrio y cayó sobre el piso. Una vez más, la fuerza ciega y brutal pretendía silenciar a un hombre de ideas." (104)



Después de la vuelta de Europa de José Carlos, sucederán los enfrentamientos con los esbirros de Leguía, Primero en el año 24, cuando cierran "Claridad" e intervienen la Universidad Popular "Gonzalez Prada", de la que J. Carlos era maestro.

Posteriormente, en el 27, adviene el apócrifo "complot comunista" inventado por Leguía para justificar la represión contra Mariátegui y la vanguardia intelectual, justificar la clausura de "Amauta" y el cierre de los talleres de "Minerva". Todo esto respondiendo a las órdenes directas del embajador norteamericano en Lima (105).

Mariátegui cumple prisión en el Hospital Militar de San Bartolomé.

Pero ya esto lo había previsto el propio Mariátegui. Recordemos el conocido editorial del No.10 de "Amauta", en el que señala con claridad lo siguiente:

"El trabajo intelectual, cuando no es metafísico sino dialéctico, vale decir, histórico, tiene sus riesgos. ¿Para quién no es evidente, en el mundo contemporáneo, un nuevo género de accidentes de trabajo? (106).

Frases ejemplares que deberían estar grabadas en el espíritu de todos los escritores que asumen una posición de clase y luchan por ella.

En un artículo de El alma matinal, la formulación llega a su estructura definitiva:

"Para un revolucionario....una prisión es simplemente un accidente de trabajo". (107)



No era, pues, la función del Amauta un suave discurrir en medio de enseñanzas teóricas: su compromiso con el pueblo era radical (recordemos que, para Marx, radical viene de raíz), y por eso le acarreaba todos esos riesgos: después de la detención hospitalaria de junio del 27, varias veces su casa sería allanada por los esbirros de Leguía. Una de ellas -a menos de cinco meses de su muerte- el 18 de noviembre de 1929, fue relatada por el propio J.C.M. en carta a César Miró, de fecha 22 del mismo mes. (108).

Mariátegui le dice a Miró que no tiene a la vista su última carta porque: "me ha sido secuestrada hace cuatro días, con mi correspondencia, originales, recortes y muchos libros y revistas en un aparatoso registro de mi casa..." (109)

Este "aparatoso registro" en realidad fue un allanamiento que determinó el secuestro de la familia de Mariátegui y de todos los amigos que llegaban a su domicilio, incluso de un comerciante ítalo-chileno que con su esposa, se alojaba en la casa de José Carlos como pensionista (por testimonio personal, la señora Anita Chiappe viuda de Mariátegui nos ha contado que, para ayudar a la subsistencia de la familia, ella daba pensión en su casa del Jirón Washington).

Finalmente "la casa quedó ocupada por ocho agentes, cuatro de los cuales se instalaron en una habitación interior" (110)

Y ¿cómo habían tratado al Amauta los "perros de presa" del sistema? Leamos su propio testimonio:



"A mí procedieron a registrarme sin miramiento alguno, como a un criminal, incautándose de mi cartera y hasta de mis tarjetas de visita..." (111)

Pero hasta acá todo no pasaría del relato anecdótico, con evidentes caracteres dramáticos, por cierto, si recordamos que Mariátegui era físicamente impedido y que se desplazaba en una silla de ruedas. ¿Qué grandeza tenía ese hombre, pálido, enteco, para hacer temblar al sistema y para que el allanamiento de su domicilio tenga que ser ejecutado por ocho agentes que "habían entrado con revólver en mano"?

La grandeza reside en la poderosa doctrina que habíase hecho carne con su carne: en el marxismo-leninismo, que no es metafísica ni cómodo cenobio donde retirarse a meditar, sino "una guía para la acción".

Y porque hacia la acción se refería, en primera y última instancia todo el discurrir de Mariátegui, es porque se produce el enajenamiento del dictador y sus esbirros, fieles cumplidores de las órdenes del amo imperialista norteamericano.

Pero veamos cuál es la resultante, para el espíritu del Amauta, del brutal atropello que acababa de sufrir.

¿Por ventura se amilanó? ¿Quiso corregir su conducta, cuidarse, andar con reticencias, alejarse de la llameante situación de su entorno, abandonar a sus hermanos de clase?

¡Todo lo contrario! Y aquí, en este párrafo de la carta, precisamente, la buida dimensión ética del Amauta, aquel que, como el Cid Cam-

peador -¡héroe popular!- sigue ganando batallas después de muerto.

Leamos y sigamos aprendiendo del Amauta:

"No hace falta agregar que 'Labor' continúa prohibida, Ni tampoco que estoy más decidido que nunca, mientras permanezca en el Perú, a no cejar en la lucha por el socialismo y por la organización del proletariado." (113)

He aquí la enhiesta posición del hombre, del Amauta: no cesará en su lucha por el socialismo y por la organización de la clase que, históricamente, está destinada a instaurarlo: la clase obrera;

Este es el Norte fundamental de su vida que, sin embargo, supo engrandecer la literatura, porque descubrió que ella era una arma importante que podía ser esgrimida con fortuna en la lucha ya iniciada.

Por eso -por cumplir el compromiso fundamental que tenía con su pueblo y con su historia- es que no le alcanzó el tiempo para realizar la obra de creación que, en otras circunstancias, hubiera podido haber hecho.

En una carta, escrita por J.C.M. el 18 de febrero de 1930, y dirigida a Enrique Espinoza, decía al Amauta:

"No hago exclusivamente ensayos y artículos; tengo el proyecto de una novela peruana (y) para realizarlo espero sólo un poco de tiempo y tranquilidad". (114)

Poco menos de dos meses después, moría Mariátegui. La crisis de su antigua enfermedad le quitó la posibilidad de tener ese "tiempo y tranquilidad"

que demandaba para su proyecto de novela peruana (aunque aventuramos la idea que con el temperamento y la multiplicidad de actividades que cumplía JCM, muy lejos hubiera estado de obtener ese sosiego que parece ser requisito sine qua non del desarrollo de una sólida obra narrativa).

No fueron escritores "profesionales"

Ni Martí ni Mariátegui fueron escritores "profesionales" con el equívoco sentido que el término ha adquirido en estos últimos tiempos. Es decir, ninguno de los dos fue un escritor "full time", o sea un mero hacedor de palabras o de formas literarias, sin otra preocupación o vínculo o compromiso con su realidad.

Ninguno de los dos fue un escritor con horario fijo: Ni Martí ni Mariátegui se sentaron, diariamente, sólo "acosados por sus demonios interiores", de 8 a 4 o de 5 a 12, para ejercer a sus incubos y/o súcubos.

Ambos, sin embargo, tuvieron que escribir -diaria, incesantemente-, para poder sobrevivir; los dos vivieron de lo que escribieron, de sus colaboraciones en diversos periódicos y revistas del continente y del mundo.

No obstante la condición de "pane lucrando" de lo más copioso de su producción, no hay, sin embargo, página banal o anodina escrita por ellos.

Escritura utilitaria, en el sentido más noble de la expresión, pero escritura que tuvo siempre

presente a su destinatario: el hombre sufriente, aquel que necesitaba la ayuda que esta obra -y su mensaje- podía proporcionarle.

Recordemos, en el caso de Martí, lo que dice acertadamente H.O.Dill, y que nosotros, también podemos aplicar, sin tour de force alguno, al caso de Mariátegui:

"... da prioridad a la política. La política esaquella parte de la realidad a la que atribuye una importancia primordial, de manera que se puede decir que la realidad es para él, en primer lugar, la realidad política. La prioridad de la realidad asume, en su estética, la forma de prioridad política. La literatura y el arte son, para él, en efecto tareas importantes, pero secundarias y subordinadas a los deberes políticos y sociales. Martí se consideraba primero político y revolucionario, y después artista y poeta" (115)

Volvamos a recordar las palabras ya proverbiales de Martí insertas a manera de prólogo en sus Flores del destierro:

"...porque me parece la expresión hembra del acto, y mientras hay qué hacer, me parece la mera expresión indigno empleo de fuerzas del hombre" (116)

Iguamente, para demostrar aquello de que Martí vivía del producto de su escritura, recordemos su preocupación en la carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, conocida como su "Testamento Literario".

Al comienzo de la carta, al darle instrucciones precisas sobre sus libros, le dice que puede vender algunos: "Salvo los de Historia de América o cosas de

América -geografía, letras etc.- que Ud. dará a Carmi-  
ta a guardar por si salgo vivo, o me echan, y vuelvo  
con ellos a ganar el pan...." (117)

Recuérdese que la frase "por si salgo vivo", se refiere a que esta carta le escribe el Apóstol en vísperas de embarcarse en la Expedición Libertadora, que haría la guerra por la Independencia de Cuba.

Era tanta su preocupación por lo anterior -por su condición de galeote de la pluma- que al final de la misma carta vuelve a escribir:

"Sin salvar más que los libros sobre Nuestra América -de historia, letras o arte- que me serán base de pan inmediato, si he de volver, o si caemos vivos". (118)

En Mariátegui, igualmente, son innumerables las citas sobre la importancia de la política, sobre su trascendencia en la obra de un intelectual.

El Amauta no tiene "crisis de conciencia", en la lucha contra sus "demonios interiores" -del tipo metafísicoide de un Vargas Llosa-, sino que sus problemas son dialécticos, históricos, y sus riesgos, son, por ello concretos. Y, además, con esto Mariátegui -y Martí- no hacen sino seguir la línea paradigmática de lo más esclarecido del pensamiento de América Latina y del Tercer Mundo.

Los escritores "profesionales", tipo Vargas Llosa o Carlos Fuentes -que viven sólo para su literatura, y para su clientela de "snobs" y desarraigados, cohortes de las burquesías apátridas que exhalan un tufillo cosmopolita y traidor con respecto a la realidad

de sus dolorosas sociedades -representan los paradigmas- supérstites de una literatura que hoy tiene sus horas contadas, que son las horas contadas de la sociedad moribunda en la que fueron incubados.

Escritores no "profesionales" como Martí y Mariátegui, en cambio, aparecen uncidos a una nueva sociedad que está siendo parida en las tres cuartas partes del globo terráqueo.

No viviendo para la literatura, Martí y Mariátegui, dialécticamente, desarrollaron una obra literaria ejemplar, en tanto en cuanto representaba las necesidades de una nueva sociedad, y era el testimonio de espíritus en lucha, en permanente actitud de combate por un nuevo orden, por un nuevo hombre.

El no haber sido "literatos especializados" los hizo abarcar lo más ancho de lo humano, lo más rico de sus pueblos -la lucha por el tramonto hacia un mundo distinto-, lo que se veía venir, el futuro que estamos viviendo ya en el mundo después de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

Ese mundo que Martí definió en Nuestra América:  
ca:

"En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos...." (119).

Esos "hombres nuevos americanos" debían saber esta verdad:

"Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores". (120)

La verdad, pues, había sido dicho: Se trataba de un mundo nuevo de trabajadores, integrado haciendo causa común con los oprimidos; esto nos lo plantea el Apóstol cubano, el gran poeta de Versos Sencillos, un hombre que no fue marxista pero que genialmente se adelantó al mundo de nosotros, lo preparó, diríamos mejor. Y todo ello, dentro de una obra no "profesional", no exclusivamente literaria, y quizá por eso mismo más enriquecedora aun para la nueva literatura.

Pero esta nueva literatura tiene raíces ya bastante antiguas, y cumple una vasta tradición en nuestra América y en parte del llamado Tercer Mundo.

Es la literatura y la obra intelectual de autores vinculados a las luchas de sus pueblos, como Lizardi, Bello, Echevarría, Sarmiento, Mármol, Jristo Botetz, Melgar y Sandor Petofi, en el pasado; y la de Neruda, Vallejo, Nicolás Guillén, Jorge Amado, Ho Chi Minh, Heraud, Leonel Rugama y Agostinho Neto, entre muchos otros, en el presente. (121).

Ya tenemos, pues, a Martí y a Mariátegui insertos dentro de su contexto, el del llamado Tercer Mundo donde, como lo señala Roberto Fernández Retamar, se caracterizan, entre otros aspectos, porque los conocimientos "se concretan en unos mismos hombres que son, a la vez, literatos, maestros, políticos, científicos" (122)

Estos hombres (nuevos) "aparecen como diletantes a los ojos de los metropolitanos contemporáneos (y de sus catecúmenos locales, añadimos nosotros), que están ya fragmentados de tal modo que uno es crítico de arte y otro de Literatura, para no hablar del literato

el científico y el político". (123)

Fernández Retamar se refiere al Apóstol de su pueblo, pero la cita siguiente se aplica con perfecta congruencia, igualmente, al Amauta José Carlos Mariátegui. Leámosla, también, con este nuevo sentido:

"En el caso de José Martí, su propio apostolado, su encarnación de un pueblo, en contra de lo que algunos pudieran pensar, es un acicate para esta diversidad de actividades. Martí reúne una suma de saberes y de oficios no a expensas de su actividad política ni viceversa, sino como partes esenciales de un todo. Es un fundador, un sabio, un poeta porque es un dirigente revolucionario". (124)

Así son estos hombres paradigmáticos: llegan a lo más alto de la expresión, porque partieron desde la base, desde el pueblo, desde el proletariado. Y fueron grandes en la expresión, porque nunca consideraron a ésta independientemente de la sociedad y del hombre que la producían.

Hicieron gran literatura, gran obra crítica, adelantada de la tarea revolucionaria que está cumpliéndose, porque, en principio, ellos mismos, estuvieron haciendo la Revolución, fueron sus protagonistas, sus actores esclarecidos.

Nuevamente el testimonio de Carlos Rafael Rodríguez nos permite sintetizar. El se refiere a Martí, pero nosotros, como en el caso anterior, también hacemos extensiva la cita a Mariátegui:

"Lo extraordinario de José Martí (y de Mariátegui) es que haciendo la Revolución y escribiendo para ganar la vida, nunca hizo (hicieron) una obra banal". (125)

Y ¿en qué sentido la obra de nuestros autores "no profesionales" se convierte en valiosa para pueblos?

En el sentido que son obras políticas.

Pero con el sentido que Mariátegui otorgaba a la política. Recordémoslo:

"La política se ennoblece, se dignifica, se eleva cuando es revolucionaria. Y la verdad de nuestra época es la Revolución. La revolución que será para los pobres no sólo la conquista del pan sino también la conquista de la belleza, del arte, del pensamiento, de todas las complacencias del espíritu". (126).

Ambos cumplieron a plenitud, su tarea como escritores de su tiempo -de su circunstancia- porque estuvieron claros respecto a su misión, lo que implicaba, por cierto, la ruptura de los estrechos y emasculadores términos de lo meramente "profesional" en la literatura.

En definitiva, Martí y Mariátegui, como escritores revolucionarios, tuvieron el siguiente principio, enunciado por J.C.M. en su libro La escena con temporánea:

"Abandonar a los humildes, a los pobres, en su batalla contra la iniquidad es una deserción cobarde...." (127)

Y ni desertores ni cobardes fueron nuestros autores, (lo mismo, por desgracia, no se puede decir de una cohorte de escritores que la metrópoli y las

compañías transnacionales de la literatura, nos intentan presentar hoy como arquetipos...)

Martí y Mariátegui fueron personalidades -las de ellos sí- características del medio en que nacieron, de las contradicciones de su sociedad, y por eso aparecen, ante nosotros, como "solicitadas por un deber histórico, por una exigencia vital de agitación y de polémica políticas". (128)

Los más informados de su tiempo: otearon el futuro

Ya hemos visto las difíciles, heroicas circunstancias en las que discurren las existencias de nuestros protagonistas. Teniendo en cuenta ello, resulta doblemente importante comprender la grandeza de sus obras, que no sólo examinaron, exhaustivamente, su entorno, sino que tuvieron una preocupación humana asombrosa, ilimitada.

Tanto ahondaron en el hombre y su circunstancia, que desarrollaron facultades de particular visión diáfana para separar la paja del grano, y en medio del maremágnum de obras, autores, corrientes y estilos, supieron escoger lo que perduraría.

Y este es también un punto de confluencia entre nuestros autores.

Martí y Mariátegui fueron los hombres más informados de su tiempo. No sólo conocieron todo lo que era moneda circulante en la cultura, sino que tuvieron una capacidad zahorí especial para aprehender lo que estaba en agraz, pero que se proyectaría en forma imprecadera.

Sobre este punto de Martí escribe Carlos Rafael Rodríguez:

"La totalidad del arte es difícil abarcarlas, pero en Literatura, en pintura, en escultura, lo conoció todo y gustó de todo, y anduvo espigando siempre lo nuevo para incorporarlo a la tradición de la cual él partía. Búsquese sus comentarios a los Goncourt, a Flaubert, a los escritores franceses de su tiempo; búsquese sólo algo tan notable como el hecho de haber descubierto prácticamente para la América a un escritor como Walt Whitman (129)

En efecto, Martí, con visión profunda y buido sentido crítico, prácticamente descubre a Whitman para los propios Estados Unidos, y ya no diremos en qué medida lo revela para América Latina, Carlos Rafael cita dos de los juicios principales de J.M. sobre Whitman:

"El lenguaje de Walt Whitman fue muy criticado por su liberalismo, por su liberalidad un poco 'pecaminosa' por así decirlo. ¿Qué dice Martí? 'Ese lenguaje ha parecido lascivo a los que han sido incapaces de comprender su grandeza'. Inmediatamente después llama imbéciles a quienes andan buscando solamente en Whitman una connotación de homosexualismo cuando expresa la amistad entre amigos. Después añade esto: 'Hay que estudiarlo, porque si no es el poeta de mejor gusto, es el más intrépido, abarcador y desembarazado de su tiempo'. Es decir, descubrió las tres notas esenciales que los más severos analistas contemporáneos han descubierto en Whitman: 'el más intrépido, abarcador y desembarazado de su tiempo'. Y del modernísimo Whitman, que la gente decía que es cribía sin metro, porque había roto la métrica y la rima, José Martí amaba precisamente eso: lo intrépido, lo nuevo, y además, lo a-

barcador y lo desembarazado" (130)

Desde este mirador, Carlos Rafael extrae una enseñanza permanente para los revolucionarios, que se desprende de la posición de Martí frente a la literatura y a los autores que él incorpora:

"Creo que esto es algo que nos debe servir a nosotros también en nuestro tiempo, para nuestra óptica. Porque el pensamiento revolucionario verdadero consiste, en materia de cultura y de arte, en no cerrarse a las innovaciones ni someterse a ellas. En no ser ni súbito, esclavo de lo nuevo, ni permanente burgador de lo viejo, sino en combinar lo mejor del pasado con lo mejor del presente, y estar siempre en esa actitud martiana, revolucionaria". (131).

El propio Carlos Rafael se complace en relatar la estupefacción de algunos intelectuales húngaros cuando supieron que hay un trabajo de Martí donde destaca, a finales del siglo XIX, el cuadro de un pintor ya notable entonces pero relativamente desconocido a lo largo de los tiempos, Munkaczi, que es de los mejores pintores de la tradición húngara; y Martí destacaba precisamente el cuadro que los húngaros tienen como su joya mayor.

Y añade Carlos Rafael:

"Y pensar que el cubano José Martí, hijo de un país que los húngaros empiezan a descubrir ahora -porque sólo después de la Revolución supieron qué cosa era nuestra pequeña Cuba- conocía al pintor que para ellos es el representante de sus mejores tradiciones del siglo XIX, es alucinante". (132)

Es ya también proverbial el artículo de Martí sobre... ¡los vietnamitas!, que se encuentra en La Edad de Oro, con el nombre de "Un paseo por la tierra de los anamitas":

"... los pobres anamitas, los que viven de pescado y de arroz y se visten de seda, allá lejos, en Asia, por la orilla del mar, debajo de China...." (133)

Igualmente (sugerimos solamente el tema para otro investigador) se encuentran en las obras de Martí, numerosas alusiones al Perú y a obras sobre él, como Antigüedades peruanas, de Mariano Eduardo de Rivero (134).

Martí tenía una curiosidad insaciable por todo lo humano, pero revisando sus "Cuadernos de apuntes" y el sentido general de su obra, hallamos que lógicamente este interés se exacerbaba cuando aquello era no sólo cubano sino latinoamericano, a pesar de que él dijera "Patria es humanidad".

Este carácter de ser los hombres más informados de su tiempo, se hace más sorprendente si tenemos en cuenta que nuestros dos protagonistas fueron prácticamente autodidactos.

Martí obtuvo en España títulos universitarios, pero no desarrolló actividades "académicas" durante su atareadísima vida. Toda su formación cultural es resultado de su propio esfuerzo creador, de su curiosidad insaciable hacia las manifestaciones humanas del nivel más amplio, y, sobre todo, a su poderosa visión crítica, a su zahorí perspectiva estética; y en el caso de

Mariátegui, aparte de las mismas cualidades señaladas para Martí, a su posición ideológica, a su concepción del mundo, a la amplia visión que le daba el marxismo leninismo como instrumento científico de análisis de la realidad, y de conocimiento de las leyes objetivas del desarrollo histórico.

Recordemos, por otra parte, la lucidez con la que el Amauta se veía a sí mismo:

"No tengo, por supuesto, ninguna vanidad de erudito ni bibliógrafo".

Soy, por una parte, un modesto autodidacta y, por otra parte, un hombre de tendencia o de partido..  
.." , calidades ambas que yo he sido el primero en reivindicar celosamente". (135)

Ese "modesto autodidacta" fue el hombre que más sabía en su tiempo sobre todos los movimientos políticos y culturales. Fue el que primero señaló -entre nosotros, y no solamente, pues sus estudios tienen aun validez en el ámbito internacional- el verdadero carácter del naciente fascismo, en sus conferencias insuperables publicadas en La Escena Contemporánea" (136)

Mariátegui también se adelantó a la correcta formulación de problemas que la estética marxista plantearía con posterioridad. Y su intuición es tanto más reveladora cuanto que J.C.M. "desconocía los escritos juveniles de Marx, en los que aparece, más completamente desarrollada, la teoría de la alieneación...." (137)

No hay que olvidar que la formación marxista-leninista de Mariátegui resultó incompleta (138), y que sus estudios los realizó en Italia "y a base de los materiales que allí le eran accesibles o que se discutían entre los comunistas y socialistas italianos".

En fin, este es un mérito indiscutible pues, con todas sus limitaciones de formación, Mariátegui, "marxista convicto y confeso", pero con un bagaje teó-

rico -especialmente respecto a la economía política marxista- insuficiente, tuvo que hacer un magno esfuerzo para reelaborar el marxismo y aplicarlo a las condiciones concretas de la realidad peruana y de la literatura y el arte que él se propuso estudiar (y ya no sólo del Perú).

En este sentido, es muy significativo el aporte que da Mariátegui con sus análisis -todavía perfectamente aplicables hoy en día- de corrientes como el Futurismo o el Surrealismo, y su visión actualísima -y desmitificadora para su época- de autores como Guillermo de Torre, Marinetti, Ramiro de Maezzu, Jorge Manrique y/o Luigi Pirandello.

En fin, ambos autores penetraron tanto en su época que, lógicamente, la trascendieron. Y en esto no hay nada de oráculo ni sentido de cábala, sino, simplemente, capacidad de penetración y exacto análisis de las condiciones en la que se desenvolvía una obra, un autor, un movimiento.

"Vir bonus": la ética del hombre nuevo: el "idealismo práctico"

Desde un substratum esencialmente humanista se alza una obra literaria y política ejemplar. Martí y Mariátegui son prototipos del "vir bonus", y sus existencias revelan un fundamento insoslayable, sin el cual no se entendería el sentido general de sus obras literarias, profundamente revolucionarias.

Y las obras de Martí y Mariátegui son revolu

cionarias porque se generan en espíritus de una tesitura paradigmática, que comprendieron el sentido del compromiso irrenunciable con su realidad histórica.

Alimentados por una grandeza esencial, estos espíritus superiores supieron alzarse hasta la altura del hombre nuevo, y fueron, ellos mismos, hombres nuevos, que hoy día aparecen, hermanados, junto a las imágenes de seres como el Che Guevara o Ho Chi Minh.

Innumerables son las estancias, en las obras de nuestros autores, donde se pueden espigar citas referentes a su concepción ética.

Empezaremos con Martí.

En la página liminar de Ismaelillo, encontramos estas reveladoras palabras:

"Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud..." (139)

No citaremos, por suficientemente conocido el poema XXXIX de Versos Sencillos. Aquel que empieza: "Cultivo una rosa blanca...." (140). Ni tampoco aquellas palabras a su madre: "¿por qué nací de Ud., con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil".

Recordemos, mejor, completo, el poema XXVI donde nos propone una salida sui generis (por ética) para las penas de amor. Leamos:

"Yo que vivo, aunque me he muerto,  
Soy un gran descubridor,  
Porque anoche he descubierto  
La medicina de amor.



Cuando al peso de la cruz  
El hombre morir resuelve,  
Sale a hacer bien, lo hace, y vuelve  
Como de un baño de luz". (141)

Para las cuitas de amor (¿cómo no pudo hacerle llegar este consejo a Werther y a todos los de su estirpe;) Martí recomienda salir a hacer el bien, que esto es "como un baño de luz". He aquí una señal que contraviene la indudable prosapia romántica de nuestro autor, y que torna, pues, más compleja aun su personalidad.

Lo que en otro nos hubiera resultado de una insoportable inmodestia, en el Apóstol nos resulta sencillo y sin anfractuosidades. Como por ejemplo, lo expresado en el penúltimo verso de este poema:

"Yo quiero salir del mundo  
Por la puerta natural:  
En un carro de hojas verdes  
A morir me han de llevar

No me pongan en lo oscuro  
A morir como un traidor:  
Yo soy bueno y como bueno  
Moriré de cara al sol: (142)

En la misma línea del culto a la amistad se encontraría este cuarteto del poema I de Versos Sencillos:

"Si dicen que del joyero  
Tomé la joya mejor,  
Tomo a un amigo sincero  
Y pongo a un lado el amor (143); y en la de

lo que podríamos llamar el sui generis antiromanticismo de Martí, tan vinculado a su sentido de la misión superior que debía cumplir.

"Oculto en mi pecho bravo  
 La pena que me lo hiere:  
 El hijo de un pueblo esclavo  
 Vive por él, calla y muera" (114). Y asimis-  
 mo, éstas del poema XXXIV:

"¿Penas? ¿Quién osa decir  
 Que tengo yo penas? Luego,  
 después del rayo, y del fuego,  
 tendré tiempo de sufrir.

Yo sé de un pesar profundo  
Entre las penas sin nombres:  
La esclavitud de los hombres  
Es la gran pena del mundo..." (145)

La Edad de Oro podríamos decir que, toda, se encuentra tachonada de principios éticos. Cada artículo, cada página, cada párrafo exhalan un inconfundible aura martiana, desde la dedicatoria:

"El niño ha de trabajar, de andar, de estudiar, de ser fuerte, de ser hermoso: el niño puede hacerse hermoso aunque sea feo; Un niño bueno, inteligente y aseado es siempre hermoso..." (146)

El artículo "Tres héroes" es, a juicio nuestro, realmente ejemplar por su carga de contenidos éticos, pero siempre vinculados éstos a la situación real, a lo que podríamos llamar la circunstancia de Martí y de su pueblo.

"Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado y a pensar y a hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado, ni pensar, ni hablar. Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado. Un

Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. El niño desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado..." (147)

He aquí una ética profundamente comprometida con los propósitos independentistas del Apóstol. He aquí una ética radicalmente conducida hacia la acción. La pedagogía que Martí inculca a los niños a través de las páginas de La Edad de Oro, está teñida siempre de un sentido de practicidad, de un sentido utilitario, en el costado más noble del vocablo.

Estos niños deben ser buenos, y ser buenos es luchar por la libertad de sus pueblos. Esta lucha inclusive (concepción sui generis "martiana" de la estética), vuelve bellos a los hombres:

"Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria".

Todos menos un ser alejado de la realidad, Martí tiene los pies firmemente enraizados en la compleja situación humana y no quiere crear arquetipos gaseosos, sin una ladera frágil y cercana a nosotros.

Por eso nos dice que, incluso los prohombres que él señala como "sagrados": Bolívar, San Martín, Hidalgo, son susceptibles de tener errores. Pero:



"Se les deben perdonar sus errores, porque el bien que hicieron fue más que sus faltas. Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas.

Los desagradecidos no hablan más que de las manchas.

Los agradecidos hablan de la luz". (149)

En "La Última Página" del No.3 de La Edad de Oro señalamos estas líneas significativas:

"Las cosas buenas se deben hacer sin llamar al universo para que lo vea a uno pasar. Se es bueno porque sí; y porque allá adentro se siente como un gusto cuando se ha hecho un bien, o se ha dicho algo útil a los demás. Eso es mejor que ser príncipe: ser útil. Los niños deben echarse a llorar, cuando ha pasado el día sin que aprendan algo nuevo, sin que sirvan de algo" (150)

Se comprende, por estas líneas, qué alto apuntaba la ética martiana y cómo pretendía llegar, precisamente, hasta los más importantes destinatarios: los niños, "porque los niños son los que saben querer, porque los niños son la esperanza del mundo". (151).

Y concluye con su proverbial sentencia: "Pensar es servir" (152), que se va a convertir en la divisa de lo que nosotros llamaremos el intelectual del siglo XXI, aquel de la estirpe de Lenin, Mariátegui, el Che, Ho Chi Minh, Agostinho Neto o Fidel Castro.

El hombre bueno, sí, el que rendía culto a un ideal, pero no al idealismo gaseoso, desasido de la realidad. Martí es muy claro en esto:



"Para verdades trabajamos, y no para sueños"  
 (153) escribió. Su praxis, pues, se dirigía hacia un humanismo muy concreto:

"Yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre..." (154) Y luego, he aquí su paradigmática frase, síntesis del humanismo activo y militante:

"En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre..." (155)

Por eso tiene razón Carlos Rafael Rodríguez, cuando nos habla del "eticismo del pensamiento" de José Martí, y nos dice que nuestro poeta fue "siempre un moralista":

"Y, en realidad, todos los grandes dirigentes cubanos hasta Fidel -y contamos entre esos dirigentes cubanos al Che-, han tenido en su pensamiento, un ingrediente moral extraordinario.... Para José Martí en lo moral y en el mejoramiento moral está una de las fuentes permanentes del desarrollo y del crecimiento humano. Para él la tarea de todo ser viviente, racional, es transformarse en hombre. No se nace hombre: se llega a ser hombre. Y José Martí decía que ser hombre es difícilísima y pocas veces lograda tarea ..." (156)

José Antonio Portuondo en un ensayo sobre cómo el diversionismo ideológico funciona intentando mellar el pensamiento de Martí, esclarece definitivamente el problema al presentarnos el claro perfil del Apóstol respecto a su formación intelectual y con referencia a

las proyecciones pragmáticas de su pensamiento.

Escribe Portuondo:

"Martí es un idealista de formación, que tiene una serie de ideas indudablemente provenientes de escuelas filosóficas idealistas, pero cuando Martí se enfrenta con los problemas no les aplica el cartabón idealista ni de ninguna índole, sino que parte de los elementos que la praxis le ofrece y procede de acuerdo con ellos. Esto explica por qué Martí, idealista, de soluciones que coinciden fundamentalmente con soluciones materialistas". (157)

Podemos, pues, llegar a la feliz fórmula del profesor francés Noël Salomón quien dice que Martí es un idealista práctico.

Y cómo no va a ser práctico un hombre que anda sublevando a los obreros, que quiere echar su suerte "con los pobres de la tierra", que piensa en un mundo nuevo amasado por los trabajadores, que escribe acerca de la necesidad de hacer causa común "con los oprimidos"; en fin, el asunto no es de etiqueta sino de la posición que se guarde frente a un problema real, frente a la praxis y no a la teoría ni a los cartabones (158).

Martí, pues, vir bonus esencialmente, hace uso de una ética que está al servicio de su misión, de su destino: liberar a Cuba de España... y de los Estados Unidos; labrarnos la patria común latinoamericana y hacer que, por esta libertad, cuaje la emancipación de América (159).

Su ética no puede concebirse alejada de las luchas populares, y por eso nos parece tan actual; por eso estamos de acuerdo cuando Carlos Rafael Rodríguez nos

dice que José Martí es nuestro contemporáneo, nuestro compañero. (160).

Al frente de una guerra popular, que organizó y dirigió, Martí -idealista práctico- "fue un revolucionario que vivió en el límite extremo de las posibilidades de su tiempo, y previó incluso no pocas de aquellas que, según comprendió con claridad, no le correspondía realizar entonces. Fue el aguerrido y militante ideólogo de las clases populares, a pesar de que el proletariado era sólo una fuerza incipiente...." (161)

A este idealista práctico rindieron homenaje, y de él aprendieron hombres de una decidida militancia, como, entre muchos otros, Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Ernesto Che Guevara y Fidel Castro.

El poeta Roberto Fernández Retamar define la ética martiana, como "un código de conducta que mira siempre a las cosas concretas de su país" (162)

Suma y síntesis de culto al ideal -¿espiritualismo?- y radicalismo político, Martí es un paradigma del humanismo revolucionario y su ideario es uno de los más altos testimonios de la grandeza a la cual puede acceder la criatura humana comprometida con una causa que es destino y deber irrenunciable.

Mariátegui, marxista convicto y confeso, sustentará, con su vida ejemplar, una ética que resulta paradigmática para los hombres de nuestro convulso y concreto tiempo.

También profundamente arraigado a un ideal -el del hombre liberado de la coyunda de la explotación capitalista- Mariátegui podría ser -como Martí- definido

como idealista práctico si no fuera lo que es: un marxista-leninista, la más alta encarnación del hombre nuevo que el comunismo aspira a forjar.

Por eso J.C.M., en forma diáfana, critica el "idealismo", así, entre comillas, de Vasconcelos:

"La época reclama -y aquí enuncia sintomáticamente la frase de Noël Salomón- un idealismo más práctico, una actitud más beligerante. Vasconcelos nos acompaña fácil y generosamente a condenar el presente, pero no a entenderlo ni utilizarlo. Nuestro destino es la lucha, más que la contemplación. Esta puede ser una limitación de nuestra época, pero no tenemos tiempo para discutirla, sino apenas para aceptarla" (163).

Pues, concretamente, el pensador mexicano:

"A fuerza de sondear el futuro, pierde el hábito de mirar en el presente" (164).

a Mariátegui, dialécticamente, le interesan otros autores. Waldo Frank, por ejemplo, pues:

"Este exaltador del poder (el espíritu sabe afirmar bien los pies en la materia)". (165)

Y más explícitamente aún:

"Su obra prueba concreta y elocuentemente la posibilidad de acordar el materialismo histórico como un idealismo revolucionario. Waldo Frank emplea el método positivista, pero, en sus manos, el método no es sino un instrumento. No os sorprendáis de que en una crítica del idealismo de Bryan razone como un perfecto marxista". (166)

De lo que parece tratarse, en definitiva es de buscar el esclarecimiento de un viejo equívoco planteado por la crítica burguesa para desprestigiar a la doctrina revolucionaria.

Leamos la rotunda aclaración del Amauta:

"El socialismo, tan motejado y acusado de materialista, resulta, en suma... una reivindicación, un renacimiento de valores espirituales y morales, oprimidos por la organización y los métodos capitalistas. Si en la época capitalista prevalecieron ambiciones e intereses materiales, la época proletaria, sus modalidades y sus instituciones se inspirarán en intereses e ideales éticos..."(167)

La nueva sociedad, liberada del cáncer de la propiedad privada, será la única que se abra, realmente, al reinado del hombre, a la vigencia plena de los valores espirituales "de los intereses e ideales éticos".

"Como principio de la moral comunista, el humanismo significa, ante todo, el respeto a la dignidad humana... El marxismo exige que se destruyan todas las condiciones y relaciones que esclavizan y humillan al hombre..." (168)

Mariátegui, gonfalonero de esta concepción científica del mundo, no cesará de esclarecer al público -a su público, que estaba particularmente desinformado- verdades un tanto elementales, pero decisivas para evitar la propagación de los infundios que el enemigo de clase sembraba por doquier.

Es en este contexto, en el que mejor se entienden citas como la siguiente:

"El socialismo y el sindicalismo, a pesar de su concepción materialista de la historia, son menos materialistas de lo que parecen..."  
¿Acaso la emoción revolucionaria no es una emoción religiosa? Acontece en el Occidente que la religiosidad se ha desplazado del cie-

lo a la tierra. Sus motivos son humanos, son sociales; no son divinos. Pertenecen a la vida terrenal y no a la vida celeste" (169)

Aquí es necesario recordar lo que dice A. Dessau respecto al empleo que hace J.C.M. de una serie de expresiones que pertenecen al lenguaje de la burguesía "emoción religiosa", v.gr.- y a los cuales él tiene que dotar de un nuevo contenido; de una nueva perspectiva, de acuerdo con la aplicación que va a darles dentro de las condiciones concretas (170):

"... Mariátegui toma como punto de partida de su pensamiento lo que piensa su público, con la finalidad de cambiar este pensamiento. Esto puede constatarse en el empleo de la terminología corriente, que en el fondo es la de la burguesía nacional, a la que da un contenido nuevo, anticipando la revolución práctica por la de las ideas y las palabras..." (171)

Por eso llegamos a un punto que se ha prestado mucho para la especulación, especialmente de los enemigos de clase, de los diversionistas, con respecto a una serie de palabras del ropero idealista que J.C.M. emplea, sin empacho alguno, dentro de sus "puntos de vista doctrinarios y científicos." Pero esto se explica entendiéndolo que:

"El resultado del procedimiento es que en muchos casos, sobre todo en lo que se refiere a problemas espirituales, Mariátegui expresa ideas materialistas es una terminología idealista, y no siempre llega a cambiarla..."(172)

Esta es, pues, un área neurálgica y una de las esquinas más visitadas por los tergiversadores profesio

nales del pensamiento del Amauta, aquellos que se quedan en los marbetes, en las etiquetas, en la superficie de las palabras y no van a la esencia, al espíritu de lo que quería expresar nuestro autor.

Porque, en definitiva, al margen de ciertos problemas terminológicos, lo que queda claro es la posición clasista, revolucionaria, de Mariátegui. Su punto de vista frente al partido de la clase obrera es una prueba fehaciente de la consecuencia de sus ideas, y echa al traste todas las posiciones diversionistas que intentan insertar al autor de los 7 Ensayos dentro de esa peligrosa melánge revisionista que se conoce con el nombre de "marxismo abierto" o "sin riberas" (para usar la especie que introdujera el equívoco Garauday) (173)

Mariátegui, como marxista, dirige su mirada siempre hacia la realidad concreta, hacia el presente histórico. Por eso sus críticas a Vasconcelos siguen refiriéndose, precisamente, a esta ladera precaria del pensamiento del mexicano:

"La ausencia que los espíritus de la nueva generación tenemos que constatar, con un poco de tristeza y desencanto, en la obra de Vasconcelos, es la ausencia de un sentido más agudo y despierto de lo presente". (174)

Siempre la praxis marxista conduce su pensamiento, su crítica iluminadora:

"Pesimismo de la realidad; optimismo de la acción. No nos basta condenar la realidad, queremos transformarla. Tal vez esto nos obligue a reducir nuestro ideal; pero nos enseñará, en todo caso, el único modo de realizarlo. El marxismo nos satisface por eso: porque no es un programa rígido, sino un método dialéctico". (175)

No importa reducir el ideal, si va a ser para que éste se cumpla, se viabilice, se lleve a la práctica: he aquí la esencia del humanismo revolucionario de J.C.M. y de su ética marxista:

"Todo lo humano es nuestro", dirá en la presentación de su gran revista Amauta (setiembre de 1926)

"No soy un espectador indiferente del drama humano. Soy, por el contrario, un hombre con una filiación y una fe", había escrito, un año antes, en el introito de su primer libro "La escena contemporánea (176); y en esta misma obra al definir a uno de sus espíritus afines -el de Lunat-charsky- se había definido a sí mismo al decir que un hombre de su tiempo "no quiere ser un espectador de la revolución; quiere ser uno de sus actores, uno de sus protagonistas. No se contenta con sentir o comentar la historia, aspira a hacerla".

Los deberes del hombre -la ética del hombre nuevo- aparece así ya delineada: es una ética militante, que rehúye la evasión y que, más bien, preconiza la plena participación en la problemática de su tiempo, de su circunstancia, sin excusa, reticencia, ni melindre alguno:

"Abandonar a los humildes, a los pobres, en su batalla contra la iniquidad es una deserción cobarde. El pretexto de la repugnancia a la política, es un pretexto femenino y pueril". (177)

Y aquí el Amauta pone el dedo en la llaga, por que la burguesía nacional; muy sutilmente, había hecho pasar el contrabando ideológico de la negatividad de toda acción o actividad política. Contra esto in-

surge el verbo esclarecedor del maestro (Amauta significa maestro, nunca lo olvidemos):

"La política les parece (a los intelectuales) una actividad de burócratas y de rabulas. Olvidan que así es tal vez en los períodos quietos de la historia, pero no en los períodos revolucionarios, agitados, grandes, en que se gesta un nuevo estado social y una nueva forma política. En estos períodos la política deja de ser un oficio de una rutinaria carta profesional. En estos períodos la política rebasa los niveles vulgares e invade y domina todos los ámbitos de la vida de la humanidad" (178).

Abundaremos sobre este punto al examinar el capítulo pertinente a los deberes del escritor.

Guía para la acción, el marxismo de Mariátegui le sirve para troquelar la imagen de un hombre nuevo, el hombre solidario, el hombre social, el que participa de las vibraciones de las muchedumbres, el que se entrega totalmente a la Revolución, el que es político por antonomasia, el nuevo héroe de la literatura que surgirá con la sociedad socialista. Porque:

"No es posible entregarse a medias a la Revolución. La revolución es una obra política. Es una realidad concreta. Lejos de las muchedumbres que la hacen, nadie puede servirla eficaz, válidamente. La labor revolucionaria no puede ser aislada, individual, dispersa. Los intelectuales de verdadera filiación revolucionaria no tienen más remedio que aceptar un puesto en una acción colectiva".(179)

Inane sería glosar el pensamiento del Amauta. Sólo diremos que donde él escribe intelectuales, nosotros ponemos escritores, y ya queda delineado cual es el deber ético de un escritor de verdadera filiación revolucionaria.

Finalmente, para redondear esta imagen del concepto que nuestro autor tenía de lo que hemos llamado -como en el caso de Martí- el "idealismo práctico", vamos a ver la respuesta que da Mariátegui a una de las preguntas que le hace Angela Ramos en la ya citada "Encuesta" para la revista "Mundial". Allí la periodista, con ostensible sentido capcioso -proclividad pequeñoburguesa indiscutible de adjetivar a la revolución para poner la trampa- pregunta: -¿Cuál es, en su concepto, el movimiento revolucionario-idealista (con lo cual de hecho ya la interrogante creía descartar a la Revolución rusa) de mayor trascendencia en los últimos tiempos?

Pero el Amauta, fogueado en mil batallas contra las añagazas de la burguesía, responde sin empacho alguno:

"La revolución rusa, incontestablemente. Lo que no quiere decir que yo no admire el movimiento gandhiano, aunque políticamente lo vea fracasado". (180)

Bofetón a la máscara de una antítesis, materialismo-idealismo, que, con respecto a la Revolución Rusa, han manejado impudicamente los burgueses de todos los tiempos. Hace cincuenta años -la "Encuesta" es del año 26- Mariátegui le salió al encuentro a esta especie.



## CITAS

- 1) Ramos, Angela "Una encuesta a J.C.M. "Mundial", Lima 23 de julio de 1926.
- 2) Marinello, Juan: Once ensayos Martianos, p.68
- 3) J.M. Ob. cit. p.86
- 4) Este y todos los datos sobre la filiación de J.C.M. son tomados del exhaustivo libro de Gmo. Rouillón: "La creación heroica de J.C.M.; Tomo I: "La Edad de Piedra". Editorial Arica, Lima, 1975, p.36 y sgtes.
- 5) Datos de G. Rouillón. Lo de "viuda" era una forma de reacción de la madre de J.C.M. frente al abandono que había sufrido de parte de su esposo.
- 6) G.R. Ob, cit. p.45
- 7) Por la "Empresa Editora Amauta", entre 1959 y 1970 y que nosotros citaremos en esta tesis con la sigla O.C.
- 8) La observación la debo a la Dra. Mirta Aguirre, Directora del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba.
- 9) El año de la famosa frase: "Desde 1918, nauseado de la política criolla, me orienté hacia el socialismo rompiendo con mis primeros tanteos de literato inficionado de decadentismo y bizantinismo finiseculares en pleno apogeo" cit. p. A. Dessau, en Mariátegui, tres estudios Lima, Biblioteca Amauta, 1971, p.63
- 10) Recordemos que Antonio Melis lo llama "Primer Marxista de América" vid. "Mariátegui, tres estudios" pp.11-49
- 11) J.C.M., O.C., T. I, p.101

- 12) J.C.M., O.C., T. VI, p.100
- 13) Emilio Roig: "Martí, antimperialista" p.7.
- 14) Fundada por J.C.M. en mayo de 1929.
- 15) La bizantina y reaccionaria discusión acerca de que J.C.M. no fundó el P.C.P. por razones de onomástica, cae por tierra cuando leemos el punto 4º de los Principios Programáticos del Partido Socialista (vid. Ideología y Política-O.C. T.XIII-p.160) Allí dice: "El marxismo-leninismo es el método revolucionario de la etapa del imperialismo y de los monopolios. El P.S.P. lo adopta como su método de lucha". Vid. Jorge del Prado en Lenin y Mariátegui, Biblioteca "Amauta", Lima, 1970, pag.34 y sgtes.
- 16) J.C.M. Ob. cit. p. 162
- 17) J.C.M. Ob. cit. p. 87
- 18) Emilio Roig de L. "Martí Antimperialista", Habana, 1961, p.9. Véase también R. Fernández Retamar "Ensayo de otro mundo". La Habana, 1967, p.50.
- 19) Juan Marinello: "Once Ensayos Martianos" p.186
- 20) Ibid
- 21) Hans-Otto Dill, Ob. cit. p.29
- 22) A. Manuel Mercado. En O.C. de José Martí, Tomo IV, pp. 167-168 (El subrayado es nuestro)
- 23) Roberto Fernández Retamar: Prólogo a Nuestra América, Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1974, p.15
- 23A) El neologismo es del poeta Alejandro Romualdo
- 23B) Acabamos de celebrar, jubilosos, los primeros cincuenta años de vida de "Amauta". Fue fundada en Setiembre de 1926.
- 24) "Labor" "Quincenario de información e ideas" apareció por primera vez el 10 de noviembre de 1928.

- Sería definido como un órgano periodístico de clase.
- 25) Rouillón, Ob. cit. p.165
  - 26) Ibid p.166
  - 27) Ibid p.167
  - 28) En O.C.T. XIII: "Antecedentes y Desarrollo de la acción clasista" pp. 102-103
  - 29) Ibid
  - 30) Carta de Bartolomé Mitre y Vedia a José Martí, de 26 de setiembre de 1882. Citada por R. Fernández Retamar. Prólogo a Nuestra América, Ob. Cit. pp 14-15 (El subrayado es nuestro).
  - 31) César Vallejo: España aparta de mí este cáliz. Editora Perú Nuevo, Lima, 1961 pp 29-30.
  - 32) Armando Hart: La vigencia revolucionaria de Martí. Discurso de Armando Hart Dávalos, miembro del Buró Político del P.C.C., el 19<sup>o</sup> de mayo de 1975, en Dos Ríos. Editado por el Dpto. de Orientación Revolucionaria del CC del PCC, La Habana, 1975 p.9
  - 33) José Ignacio Rodríguez: "Martí y el Partido Revolucionario Cubano" En Revista "Casa de las Américas", No.76, pp 98-99 (Los subrayados son nuestros).
  - 34) A. Hart, Ob. cit. p.9
  - 35) J.I. Rodríguez, Ob. cit. p.98
  - 36) Ibid (los subrayados son nuestros)
  - 37) J.I. Rodríguez, Ob. cit.
  - 38) Ibid.
  - 39) Carlos Rafael Rodríguez: "José Martí, contemporáneo y compañero". Discurso pronunciado con motivo de la culminación de la "Jornada Martiana" en la Universidad de La Habana, el 27 de enero de 1972. Publicado en la Revista Universidad de La Habana, Marzo de 1972, p.13

- 40) JCM O.C.T. XIII p.107
- 41) Ibid, p.111
- 42) Ibid, p.117
- 43) Ibid, p.119
- 44) Ibid, p.121
- 45) Ibid, pp. 126,128,131 y 132
- 46) Ibid, p.114
- 47) Ibid
- 49) José I. Rodríguez, Ob. cit.
- 50) A. Dessau, Ob. cit. p.66
- 51) Véase nota en pag.156, JCM, O.C. Tomo XIII
- 52) En las págs. 156 a 158 del T. XIII, O.C., JCM, se publican los "Estatutos y Reglamentos de la 'Oficina de Auto-Educación Obrera'" a la que se denomina, estatutariamente, como el "Organismo oficial de cultura proletaria de la CGTP"
- 53) Citado por A. Dessau, Ob. cit., p.65
- 54) Dessau, Ob. cit. p.65
- 55) Citado por A. Dessau, ob. cit. p.65
- 56) JCM, O.C. T. XIII, p.101 "Antecedentes y desarrollo de la Acción Clasista".
- 57) Se embarca el 8 de octubre de 1919. Dato de G. Rouillón Ob. cit. p.314
- 58) Unidad año IX, No.88, 15 abril 1965, p.7; JCM,O.C., T. XIII p.100
- 59) Cuyo nombre declara que sería Vanguardia, nombre cambiado finalmente por Amauta. Vid. O.C., T. IV, p.145.
- 60) Juan Marinello: Once Ensayos martianos, p.186
- 61) J.M. Carta a Valerio Pujol de 27 de noviembre de



- 1877, citado por R. Fernández Retamar, Prólogo a Nuestra América, p.10
- 62) Ibid.
- 63) Ibid, p.11
- 64) J.M. O.C. T.XIII pp 163-164 (El subrayado es nuestro)
- 65) JCM, O.C., T. XI p.146 (El subrayado es nuestro)
- 66) JCM, O.C. T. XII, p.125 (El subrayado es nuestro)
- 67) Dessau, ob. cit. p.64
- 68) Citado por Dessau, Ob. cit. p.63
- 69) Marinello: "Once Ensayos", p.70
- 70) J.M. O.C. T. XXI, p.161 (El subrayado es nuestro)
- 71) J.M. O.C., T. VII, p.270
- 72) J.M. O.C., T. VII, p. 271 (El subrayado es nuestro)
- 73) J.M., O.C., T. VII, p.273
- 74) J.Marinello, Ob. cit. p.74
- 75) Ibid
- 76) Ibid (El subrayado es nuestro)
- 77) Marinello, Ob. Cit. p.148
- 78) J. Marinello, O.B. Cit. p.70
- 79) J. Marinello, Ob. cit. p.77
- 80) J.N., O.C., T.I, p.27 (El subrayado es nuestro)
- 81) Ibid
- 82) J.M., O.C., T. XX, p.297
- 83) H.O. Dill, Ob. cit., p.168
- 84) J.M., O.C., T. XVI, p.237
- 85) J.M., O.C., T. XV, p.433
- 86) J. Marinello, Ob. Cit., pp 68-69
- 87) Ibid
- 88) J.C.M., O.C., T. XI, p.80

- 89) J.C.M., O.C., T.XII, p.125
- 90) J.C.M., O.C., T. IV, p.154
- 91) J.M., O.C., T. XX, p.65 (El subrayado es nuestro)
- 92) J.M., O.C., T. XX, p.64
- 93) Ibid
- 94) Ibid (El subrayado es nuestro)
- 95) J.M., O.C., T.XX, p.297
- 96) J.M., O.C., T. VII, p.227
- (\*) Se refiere a la del Libro Ismaelillo
- 97) J.M., O.C., T.XX, p.64
- 98) J.M., O.C., T. VII, pp.274-275 (El subrayado es nuestro)
- 99) Ibid
- 100) J.M., O.C., T. VII, p.302
- 101) J.M., O.C., T. VII, p.268
- 102) J.M., O.C., T.XV, p.433
- 103) G. Rouillón, Ob. Cit., p.219
- 104) Ibid, p.219-220
- 105) Véase, J.C.M., O.C., T.XIII, pp.240-245
- 106) "Segundo Acto", Editorial del No. 1 de Amauta. Diciembre 1927. Vid., J.C.M., O.C., T. XIII, pp.241-242 (El subrayado es nuestro).
- 107) J.C.M., O.C., T.III p.211 (El subrayado es nuestro)
- 108) Publicada en forma de libro con el título de "Asalto en Wahsington izquierda", por César Miró, Lima, 1974, pp.50-53
- 109) Ibid
- 110) Ibid
- 111) Ibid
- 112) Ibid

- 113) Ibid
- 114) J.C.M., O.C., T.IX, p.15. Citado por A. Tauro
- 115) Hans-Otto Dill, Ob. cit., p.168 (El subrayado es nuestro).
- 116) J.M., O.C., T. XVI, pag.237 (El subrayado es nuestro)
- 117) J.M., O.C., T.I, p.25 (El subrayado es nuestro)
- 118) Ibid (El subrayado es nuestro)
- 119) J.M., O.C., T. VI, p.21
- 120) J.M., O.C., T. VI, p.19
- 121) Cf. H.O. Dill, Ob. cit., p.169
- 122) R. Fernández Retamar. Ensayo de otro mundo. La Habana, 1967, p.21
- 123) Ibid
- 124) Ibid
- 125) C. Rafael Rodríguez, Ob. cit., p.23
- 126) J.C.M., O.C., T.I, p.158
- 127) Ibid
- 128) J.C.M., O.C., T.II, p.142
- 129) Carlos Rafael Rodríguez, Ob. Cit., pp22-23
- 130) Ibid, p.23
- 131) Ibid (El subrayado es nuestro)
- 132) Ibid. En su testamento literario Martí alude al artículo sobre el Cristo de Munckazy (sic). Vid. J.M., O.C., T.I, p.26
- 133) J.M., O.C., T.XVIII, pp 459-470
- 134) J.M., O.C., T.XXI, pp.243-245
- 135) J.C.M., O.C., T.XI, p.145 (El subrayado es nuestro)
- 136) J.C.M., O.C., T.1, pp.13-41: Biología del fascismo.
- 137) Antonio Melis: "Estética, crítica literaria y política cultural en la obra de José Carlos Mariátegui

- Apuntes<sup>o</sup>, en Revista Textual, Lima, Perú, No.7, 1973, p.68
- 138) A. Dessau, Ob. cit., p.83
- 139) J.M., O.C., T. XVI, p.18
- 140) J.M., O.C., T.XVI, p.117
- 141) J.M., O.C., T.XVI, p.101 (El subrayado es nuestro)
- 142) J.M., Ob. cit., p.98. (El subrayado es nuestro)
- 143) J.M., Ob. cit., p.64
- 144) Ibid, p.65
- 145) Ibid, p.112 (El subrayado es nuestro)
- 146) J.M., O.C., T.XVIII, p.301 (El subrayado es nuestro)
- 147) J.M., Ob. cit., p.305 (El subrayado es nuestro)
- 148) J.M., Ob. cit., p.304
- 149) J.M., Ob. cit., p.305
- 150) J.M., ob. cit. p.455 (El subrayado es nuestro)
- 151) J.M., Ob. cit., p.302
- 152) J.M., O.C., T. VI, p.22
- 153) J.M., O.C., T. IV, p.270 (El subrayado es nuestro)
- 154) Ibid
- 155) Ibid
- 156) Carlos Rafael Rodríguez: Ob. cit., p.27 (El subrayado es nuestro)
- 157) José Antonio Portuondo "Martí y el diversionismo ideológico". Editado por el Comité Cubano de Solidaridad con Viet Nam, Camboya y Laos. La Habana, 1973, p.21 (El subrayado es nuestro)
- 158) J.A. Portuondo, Ob. cit., p.20
- 159) J.M., O.C., T. VII, p.303
- 160) C.R. Rodríguez, ob. cit.,
- 161) R. Fernández Retamar: Ensayo de otro mundo, pag.42

- 162) R.F.R., ob. cit., p.47
- 163) J.C.M., O.C., T.XII, p.81 (El subrayado es nuestro)
- 164) Ibid
- 165) J.C.M., O.C., T.III, p.157 (El subrayado es nuestro).
- 166) Ibid
- 167) J.C.M., O.C., T.1, p.94 (El subrayado es nuestro).
- 168) A.F. Shishkin: Etica Marxista. Editorial Grigalbo. México, D.F., 1966. p.192.
- 169) J.C.M., O.C. T. 1, p.198 (El subrayado es nuestro).
- 170) A. Dessau, ob. cit. p.85
- 171) Ibid
- 172) A. Dessau, Ob. cit., p.85
- 173) Una excelente dilucidación sobre este punto puede leerse en el tantas veces citado trabajo de Dessau; pp.85-87
- 174) J.C.M., O.C., T.XII, p.81 (El subrayado es nuestro)
- 175) J.C.M., O.C., T.XII, p.82 (El subrayado es nuestro)
- 176) J.C.M., O.C., T.1 p.12
- 177) J.C.M., O.C., T. 1, p.158
- 178) J.C.M., O.C., T. 1, p.154
- 179) J.C.M., O.C., T.1, p.153-154
- 180) "Una Encuesta a J.C.M." en O.C. T. IV, p.158



AMERICA LATINA Y SU LITERATURA

"De América soy hijo: a ella me debo".

MARTI

"A Norte América le toca coronar y cerrar la civilización capitalista. El porvenir de la América Latina es socialista".

MARIATEGUI

"No hay letras que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica".

MARTI

"La nueva generación hispano-americana debe definir neta y exactamente el sentido de su oposición a los Estados Unidos".

MARIATEGUI



AMERICA Y SU LITERATURA

América Latina: metodología del análisis

Estudiados ya los hombres, los protagonistas -Martí y Mariátegui- veamos cómo sus obras se enlazan desde sus particulares -singulares- puntos de vista, con nuestra realidad latinoamericana.

Porque algo está en el comienzo, en la raíz: estos autores saben volar, con todos los arreos de la imaginación, del ideal, pero, sustantivamente, tienen los pies bien puestos sobre la realidad, sobre su circunstancia: y esto es lo que los hace grandes, y esto es lo que le da esa enjundia personalísima -contemporánea- a sus obras.

Un punto que, en el inicio de la II parte de esta tesis resulta importante de plantear como premisa, es la condición de ciudadanos de América de ambos autores.

Martí y Mariátegui tienen claro el sentido -necesario- de unificación de nuestra patria grande, sin que por ello, por cierto, pierdan un ápice su condición de patriotas, de hijos esclarecidos de Cuba y el Perú, respectivamente.

Pero nosotros afirmamos que fueron más cubanos y peruanos, porque supieron ser más latinoamericanos -o hispanoamericanos-.

El 27 de julio de 1881, desde Caracas, Martí escribía una de sus famosas cartas a su amigo Fausto Teodoro de Aldrey; allí encontramos la famosísima frase:

"De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro..."(1)

Martí se encuentra obsesionado por hallar ese concepto: el de "nuestra América", que precederá al de literatura hispanoamericana (2), pues:

"No hay letras que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica..."(3).

Esta vinculación radical (ya sabemos que radical viene de raíz) entre la literatura y la realidad social que la sustenta, es una de las características esenciales del pensamiento estético de Martí, y de su credo relementemente realista.

Es importante, por otra parte, dejar sentado que el concepto de "nuestra América" lo va a troquelar Martí en consonancia con épocas de aguda tensión para la parte del Continente que habla español; pues será entre los años 1889 a 1891 -o sea entre el texto publicado con el nombre de "Madre América", (4) a finales de 1889, y "Nuestra América", dado a conocer a comienzos de 1891- años éstos que se relacionan con un acontecimiento histórico: el Congreso al que los Estados Unidos convocaran a los países latinoamericanos en 1888, y del cual, realizado entre 1889 y 1890, saldrían la política del "panamericanismo", la futura Organización de Estados Americanos, o como se le conoce también: el "Ministerio de Colonias yanquis" (5).

Martí se apresura a definir nuestra especificidad frente a lo que él denomina la "América europea", o sea los Estados Unidos.



Martí lanzó frases admonitorias contra los Estados Unidos "potentes, repletos de productos invendibles y determinados a extender sus dominios en América" (6), y los consideraba enemigos naturales de nuestras repúblicas, para las que había llegado "la hora de deklar su segunda independencia" (7). Pues sin esta segunda independencia, no había posibilidad ninguna de que surga la reclamada, la esperada literatura.

Es decir, sin segunda independencia no había cabalmente hispanoamérica, ni tampoco las letras, que se rían su expresión natural.

Fero este concepto de la América nuestra es anterior a las fechas de la convocatoria de la Conferencia citada en párrafos anteriores.

Es importante anotar la que será una idea similar en Mariátegui: la de la presencia de España -negar la sería irrisorio- en la formación de la personalidad del hombre de estas latitudes y de sus nacionalidades; veamos esto en una larga cita extraída del comentario que Martí hace a los códigos nuevos guatemaltecos. El texto es de 1877 y dice:

"Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la ingerencia de una civilización devastadora, dos palabras que siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de la libertad, de senvuelve y restaura su alma propia(...)  
Toda obra nuestra, de nuestra América robusta, tendrá, pues, inevitablemente, el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará,

adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones, y si herido, no muerto. ¡Ya revive!"(8).

En Mariátegui el pensamiento es similar; la actitud, igualmente realista: no podemos negar nuestra condición mestiza: de la fundición, de la simbiosis de esas dos savias -la indígena, la hispana- procedemos. Pretender ignorar esto es situarse en una posición irreal.

El fundador del socialismo científico en el Perú, el que reivindicó al indio, escribió lo siguiente:

"La Conquista, mala y todo, ha sido un hecho histórico. La República, tal como existe, es otro hecho histórico. Contra los hechos históricos poco o nada pueden las especulaciones abstractas de la inteligencia ni las concepciones puras del espíritu. La historia del Perú no es sino una parcela de la historia humana. En cuatro siglos se ha formado una realidad nueva. La han creado los aluviones de Occidente. Es una realidad débil. Pero es, de todos modos, una realidad. Sería excesivamente romántico decidirse hoy a ignorarla."(9)

Su testimonio es producto de la reflexión y de la necesidad de integrar la totalidad de las vertientes de la nacionalidad, para fundar luego, en ella, la literatura.

Volvamos ahora a Martí.

Prácticamente todos sus escritos de esa época tienen el leit motiv de describir a la América en cuya busca anda. En comparación con el espíritu de Europa, dice que conoce el de América y lo ha estudiado; que

tenemos menos elementos civilizadores porque "somos mucho más jóvenes en historia" (10)

Y en carta a Valerio Pujol, que cita Roberto Fernández Retamar en el prólogo a la edición de Nuestra América que estamos utilizando, Martí dice:

"Les hablo de los que hablo siempre: de este gigante desconocido, de estas tierras que balbucean, de nuestra América fabulosa(...) qué falta podría echarme en cara mi gran madre América? ¡Para ella trabajo!" (11)

### Nuestra América

Martí tenía veinticuatro años cuando -según R. Fernández Retamar- en Guatemala, usa por primera vez las expresiones "Nuestra América" y "Madre América". Era el año 1877. (12)

Ese mismo ubérrimo año, escribe a su gran amigo mexicano Manuel Mercado que considera su misión "dar vida a la América, hacer resucitar la antigua, fortalecer y revelar la nueva" (13).

Hasta que llegamos, ya en 1881, y desde Caracas, a la carta -que hemos citado- a T. de Aldrey.

Hijo de América, Martí, con este concepto ya meridiano parte hacia los Estados Unidos, donde residirá "los quince años de su radiosa madurez" (14).

"Viví en el mounstruo, y le conozco las entrañas" (15), habrá de escribir en su histórica carta -dejada inconclusa- a su amigo Manuel Mercado.

Martí parte a los Estados Unidos imbuido de la conciencia de su misión de "revelar", sacudir y fundar la América de la cual se reconoce como hijo (así lo

ha escrito en su carta a Aldrey ya recordada).

La meta es, a todas luces, descomunal. Pero se le va, en cierta forma, a facilitar, pues el diseño de nuestra América él lo va a deducir por comparación con la "America europea", como él llamaba a los Estados Unidos.

Esto es fundamental y muy bien lo señala Fernández Retamar, al decir que "mucho del ideario martiano está hoy más vivo que nunca" debido en gran parte a su experiencia en los Estados Unidos", a lo que en ellos vio, descubrió, denunció, combatió, alertando a nuestros pueblos". (16)

Aquí se da, pues, una paradoja que ya hemos adelantado en la primera parte de la tesis: la de que Martí descubre la entraña del porvenir luciente, para su patria cubana y latinoamericana, fuera de ella, precisamente en las "entrañas del moustruo", en los Estados Unidos.

El exilio, singularmente, enraíza más a Martí, como también la experiencia europea ayuda a Mariátegui a descubrir el Perú y Latinoamérica.

Martí, en Estados Unidos, descubre el capitalismo y rechaza la vía falaz de desarrollo que él le ofrecía.

Veamos la raíz política de todo esto:

"Las burguesías dependientes latinoamericanas no podían ya, para entonces, desarrollarse debidamente, y estaban convirtiéndose -y seguirían haciéndolo de modo acelerado en el siglo XX- en meras intermediarias de la explotación imperialista, contribuyendo así a la desnacionalización de sus pueblos. Lo que Martí aprende en los Estados Unidos,



lo que añade a la concepción de 'nuestra América' con que llegó a aquel país en 1881, es que la fundación de nuestros pueblos que se ha propuesto, no podrá realizarse apoyándose en las burguesías nativas, sino en las capas populares..."(17)

Es imperativo citar, de inmediato, el pensamiento de Mariátegui, con el que se subraya, una vez más, el asombroso paralelismo que se descubre y da el meollo de la justificación de esta tesis:

Escribe Mariátegui en su famosa "Respuesta a la Encuesta de Variedades" (Lima, 13 de octubre de 1928), publicada con el título de "En el día de la raza":

"Hispano-América, Latino-América, como se prefiera, no encontrará su unidad en el orden burgués. Ese orden nos divide, forzosamente, en pequeños nacionalismos. Los únicos que trabajamos por la comunidad de estos pueblos, somos, en verdad, los socialistas, los revolucionarios... A Norte América sajona le toca coronar y cerrar la civilización capitalista. El porvenir de la América Latina es socialista."(18)

Mariátegui, hijo de otra época, de la que empezó a abrirse con la Gran Revolución Socialista de Octubre, tiene otro lenguaje; y dice lo que no alcanzó -por las limitaciones de su tiempo- a decir el Apóstol.

Pero lo grandioso es que Martí oteó el camino. La formulación mariateguiana es la coronación de lo que ya empezó a ser pergeñado por el Apóstol

El sistema de vasos comunicantes es perfecto, y si algún aporte quiere tener este trabajo de investigación, él se centra en la posibilidad de haber sabido

reconocer -y señalar- la absoluta -y diáfana- continuidad entre los pensamientos revolucionarios de estos dos fundadores de la gran patria latinoamericana.

"Pueblo, y no pueblos": La unidad Latinoamericana

Ya en 1884, Martí había planteado en un artículo:

"Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecernos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo es, América, aun cuando no quisiera serlo; y los hermanos que pelean, juntos al cabo de una colosal nación espiritual, se amarán luego." (19)

Este concepto se afina muchísimo más después de su larga residencia en Estados Unidos.

Porque Martí, en la nación del Norte, ha comprendido la raíz del subdesarrollo, la problemática económica que sustenta la diferencia radical entre la "América morena" y la "América europea", entre nuestra América y los Estados Unidos.

En el "Manifiesto de Montecristi", el Apóstol señala que Cuba entra en la guerra "para salvar a la patria de los desacomodos y tanteos, necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación en las repúblicas feudales o teóricas de Hispanoamérica..." (20)

Estas palabras son sumamente graves, porque en los calificativos encontramos que se trata de repúblicas "feudales" o "teóricas", con lo que nos quiere



decir Martí que el cambio de 1810 sólo fue un espejismo y nuestras repúblicas siguieron siendo -lo que fueron en realidad- feudos donde gobernaban castas de hijos de encomenderos y oligarquías y satrapías militares.

Eran, pues, repúblicas "teóricas" porque el pueblo seguía viviendo en la explotación colonial y las estructuras económicas y políticas no eran sino un mascarón de proa que ocultaba la misérrima condición de las masas.

"La colonia -como dice Martí en su ensayo capital, 'Nuestra América'- continuó viviendo en la república, manteniendo el desdén inicuo e impolítico de la raza aborígen". (21)

Frases semejantes son escritas, asimismo, por Mariátegui, aunque refiriéndolas, ya concretamente, al caso de las letras:

"Nuestra literatura no cesa de ser española en la fecha de la fundación de la República..." (22)

Puesto el dedo en la llaga, desbrozado el problema, Martí -ya poseedor de un análisis económico-político-, podrá emprender la tarea de coadyuvar a la "revelación, sacudimiento y fundación" de nuestra América tarea suprema de su existencia, y misión nada utópica, pues sabía que con ello se adelantaba a la intervención norteamericana, que era un peligro para su país, luego que este consiguiera liberarse de España.

Su antimperialismo es básico y lo señala como un genial precursor.

Martí, hijo de un país colonial, encabeza la última revolución americana contra el "colonialismo europeo de tipo clásico", pero no se queda acá, pues los

Estados Unidos, al anexarse a Cuba y Puerto Rico, 1898, abrieron, como lo subrayó Lenin, la época imperialista contemporánea (23).

Martí había previsto lo que haría Estados Unidos y lo había señalado en su varias veces citada carta a Manuel Mercado:

"ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber... de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso.." (24)

Cuanto hizo -e hizo mucho al señalarnos con clarividencia al "mounstruo" en cuyas entrañas había vi-  
vido- fue dedicado a luchar contra el imperialismo.

Esta es la actualidad de Martí.

Esta es la raíz de su vigencia.

Esta es la flecha que dio, en nuestra época, en blanco tan preciso.

Esta es la razón por la que, en la Cuba socialista de hoy -la primera república libre del imperia-  
lismo en nuestro continente- se le tenga por el funda-  
dor de la Revolución, su guía espiritual, y el que con-  
dujo -con las armas en la mano- la acción que llevaría  
a la primera victoria (la de la ruptura de la coyunda  
colonial española).

Y ésta es también la perspectiva desde la que tenemos que asomarnos para contemplar su concepto de la literatura latinoamericana.

Porque en Martí el político y el escritor se encuentran entrañados en una unidad superior.

Porque en Martí el antimperialismo político es también, el antimperialismo literario.

Y sus raíces literarias -no podía ser de otro modo- son raíces sociales, políticas. Y todos los problemas de la América Latina -los sociales, políticos, culturales y literarios- forman una unidad, y no pueden estudiarse aisladamente.

Tal, igualmente, será el caso en José Carlos Mariátegui, cuando dice por ejemplo:

"El espíritu del hombre es indivisible... Declaro sin escrúpulos que traigo a la exégesis literaria todas mis pasiones e ideas políticas..."(25); o: "Para una interpretación profunda del espíritu de una literatura, la mera condición literaria no es suficiente. Sirven más la sensibilidad política y la clarividencia histórica. El crítico profesional considera la literatura en sí misma. No percibe sus relaciones con la política, la economía, la vida en su totalidad. De suerte que su investigación no llega al fondo, a la esencia de los fenómenos literarios..."(26).

Ya tenemos, pues, las cartas sobre la mesa, ya sabemos cuáles son las reglas del juego: en ambos autores, literatura y política, marchan del brazo, son una unidad indisoluble, se unimisman.

La literatura de Martí y Mariátegui será una planta nacida en este humus revulsivo: el de la realidad de sus países, como parte indisoluble de un Continente en estado de ebullición: amenazado por el naciente imperialismo, en el caso de Martí, dominado ya en casi su totalidad por el mismo enemigo común, en el caso de Mariátegui, cuya obra se desarrolla en la época de apogeo imperialista, cuando el viejo colonialismo europeo

clásico ha sido reemplazado por el neocolonialismo norteamericano, y sus formas no menos arteras de avasallamiento y expoliación de nuestra repúblicas dolorosas de América.

Partir de los "elementos reales"

Martí va a señalarnos el camino que, dialécticamente, seguirá desbrozando Mariátegui.

En primer lugar, su exigencia a los escritores americanos para que reflejen la realidad latinoamericana, para que la traten, para que se preocupen por ella.

Su dirección realista -tan actual y tan clara también en Mariátegui- le hace escribir que:

"El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos hasta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos... conocer es resolver..." (27)

No otro, como sabemos, es el propósito de Mariátegui con su obra más sustantiva.

Veremos que, en la presentación de "Amauta", dice nuestro autor:

"El objeto de esta revista es plantear, esclarecer



y conocer los problemas peruanos desde puntos de vista doctrinarios y científicos. Pero consideraremos siempre al Perú dentro del panorama del mundo. Estudiaremos todos los grandes movimientos de renovación políticos, filosóficos, artísticos, literarios, científicos, Todo lo humano es nuestro. Esta revista vinculará a los hombres nuevos del Perú, primero con los de otros pueblos de América, en seguida con los de los otros pueblos del mundo." (28)

Los 7 Ensayos, igualmente, recogen los escritos de José Carlos Mariátegui "sobre algunos aspectos sustantivos de la realidad peruana."

He aquí, pues, en Mariátegui un gran estudio sobre lo que Martí llamaba "los factores reales del país."

En su "Discurso en el Liceo cubano de Tampa" -26 de noviembre de 1891- Martí señala como una de las tareas que ha cumplido la de disciplinar nuestras almas libres en el conocimiento y orden de los elementos reales de nuestro país..." (29).

La coincidencia es tan abrumadora que nos encontramos convencidos que Mariátegui sería la encarnación de ese escritor ideal -"inmortal"- que Martí reclamaba para Nuestra América, en su famoso "Cuaderno de apuntes de 1881:

"Ni será escritor inmortal en América, y como el Dante, el Lutero, El Shakespeare o el Cervantes de los Americanos, sino aquel que refleje en sí las condiciones múltiples y confusas de esta época, condensadas, desprosadas, ameduladas, informadas por sumo genio artístico" (30).

Partir, de este modo, de los "elementos reales del país", es un buen inicio.

Martí empezó allí; Mariátegui, también.

El llamado es claro:

"La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria." (31)

Martí da la clave; pero no preconiza, para nuestro Continente, de ningún modo, un suicida aislamiento.

La fórmula es dialéctica:

"Injértese en nuestras republicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas." (32)

Mariátegui, por su parte, escribiría:

"Tenemos el deber de no ignorar la realidad nacional; pero tenemos también el deber de no ignorar la realidad mundial. El Perú es un fragmento de un mundo que sigue una trayectoria solidaria." (33)

No se olvide que el Amauta pertenece a otra época, y que lo grande de Martí es que supera las estrechas limitaciones de la suya, y se abre a una comprensión -vasta y generosa- del mundo americano y de sus necesarias relaciones con los otros sectores del orbe.

Recuérdese, para el caso de José Carlos Mariátegui esta valiosa perspectiva que fija Antonio Melis:

"En la comprensión de la dimensión ya mundial de la política de su época, Mariátegui revela su raíz profundamente leninista. Para el pensador peruano, como para Lenin, estamos en la época del imperialismo

y la revolución proletaria. Estas dos coordenadas permiten organizar una visión coherente de todo el panorama del mundo contemporáneo. En esta visión se echan las bases de toda su actuación política sucesiva. El alcance de su obra, su perspectiva amplia y articulada, están relacionadas con la dimensión mundial de su análisis." (34)

Mariátegui, pues, desde la perspectiva universalista de su visión científica, ve a nuestra América y a su proceso de cambio de estructuras, de modo inequívoco; lo extraordinario de Martí es que, sin este bagaje ideológico, haya arribado a una visión tan actual y tan sin contradicciones fundamentales, como la que se encuentra en su excepcional ensayo "Nuestra América".

Para José Carlos Mariátegui "la revolución latinoamericana será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial" (35); por eso, su primer libro, La Escena Contemporánea lo dedica: "a los hombres nuevos, a los hombres jóvenes de la América indómita".

### La raíz vernácula: el indio. Indigenismo y socialismo

Algo que asimismo une a los dos próceres -algo más que los une- es el hecho de haber partido, también, desde las raíces; es el hecho de haber sabido distinguir las raíces.

Tanto Martí cuanto Mariátegui reconocen que en la raíz de esta América, que tanto aman y cuya edificación desean -y para la cual la literatura será un elemento importante- se encuentra el indio, el poblador aborigen, el representante de la expoliada raza vernácula.

En el ensayo "Nuestra América", documento ca  
pital para esta parte de nuestro estudio, encontramos las  
siguientes referencias de Martí:

"Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse  
con sus indios..." (36)

"Ni en qué patria puede tener un hombre más orgullo  
que en nuestras repúblicas dolorosas, levantadas en  
tre las masas mudas de indios..." (37)

"Con una frase de Sneyés no se desestanca la sangre  
cuajada de la raza india..." (38)

"Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el  
cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos, denoda-  
dos, al mundo de las naciones..." (39)

"Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan  
en México la república, en hombros de los indios..."  
(40)

"El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se  
iba al monte, a la cumbre del monte..." (41)

"Los gobernadores, en las repúblicas de indios,  
aprenden indio..." (42)

Cuando señala Martí los grandes yerros de  
nuestras repúblicas, en las que continuó viviendo la co-  
lonia, subraya:

"el desdén inicuo e impolítico de la raza abo-  
rigen". (43)

Pero concluye el Apóstol, con su visión dialéc-  
tica -antes del triunfo de la dialéctica como método- que  
en la América integral que él preconiza:



"No hay odio de razas, porque no hay razas" (44)

Lo que él ha hecho es señalar una realidad viviente, la ~~de~~ nuestros hermanos aborígenes; no el intento de que éstos se superpongan o eliminen a los otros, a los criollos;

"Peca contra la humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas" (45)

Porque, asimismo, no debemos olvidar el cardinal humanismo de Martí; aquel que le hace decir en "Mi raza": "Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro" (46)

E, igualmente, también sobre el problema racial:

"El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra: dígase hombre, y ya se dicen todos los derechos(...) Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad." (47)

Estamos seguros que, en definitiva, Martí hubiera -mutatis mutandi- suscrito la fórmula de Mariátegui:

"No es mi ideal el Perú colonial, ni el Perú incaico, sino un Perú integral(...) La reivindicación que sostenemos es la del trabajo. Es la de las clases trabajadoras, sin distinción de costa ni de sierra, de indio ni de cholo..." (48)

Martí, igualmente, había preconizado esto al escribir en el mismo ensayo ya citado -Nuestra América-

lo siguiente:

"¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América congelada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos".(49)

La coincidencia sigue siendo excepcional, a pesar que el texto de Martí es 1891 y el de Mariátegui, de 1927.

En ambos, el punto cenital es la llamada de atención hacia los trabajadores, como el centro neurálgico en el que se articula el mundo nuevo y sus ansias creadoras.

Mariátegui, por su parte, es un verdadero abanderado del indio y de sus reivindicaciones capitales; aunque aquí, como en el caso de Martí, no se trata del problema étnico, sino de la profunda raíz socioeconómica que se encuentra tras de la inicua postergación del aborigen.

Es fundamental, sin embargo, examinar los detalles de esta adhesión, las entrañables razones políticas de esta cruzada indigenista de Mariátegui y su generación. No se trata aquí, sólo de una sentimental, retórica y "humanitaria" adhesión hacia el habitante vernáculo del Perú y gran parte de América. Leamos, con palabras de José Carlos Mariátegui, cuál es la raíz de esta adhesión:

"Si en el debate -esto es, en la teoría- diferenciamos el problema del indio, es porque en la

práctica, en el hecho, también se diferencia. El obrero urbano es un proletario: el indio campesino no es todavía un siervo. Las reivindicaciones del primero, -por las cuales en Europa no se ha acabado de combatir- representan la lucha contra la burguesía; las del segundo representan aún la lucha contra la feudalidad. El primer problema que hay que resolver aquí es, por consiguiente, el de la liquidación de la feudalidad, cuyas expresiones solidarias son dos: latifundio y servidumbre. Si no reconociésemos la prioridad de este problema, habría derecho, entonces sí, para acusarnos de prescindir de la realidad peruana". (50)

Como se puede apreciar, para Mariátegui el problema ya es clasista; no sucede lo mismo, por cierto, con Martí, pero la diferencia epocal es obvia.

Lo fundamental, sin embargo, es la forma cómo el Apóstol cubano otea el tiempo nuestro, y cómo, él, con todas sus limitaciones -y aquí ya no sólo de época, sino debidas a su propia formación idealista, porque no se trata tampoco de mitificar a Martí- se adelanta y trasciende los parámetros de un tiempo/únicamente estéticas, y no los estudios sobre "los factores reales de un país", que eran los que preconizaba, sobre todo, el autor de Nuestra América.

Nada hay, pues, de retórico en el americanismo -nuestramericanismo, sería mejor llamarle- de Martí, pues "su atención a los elementos económicos de sus pueblos ocupó lo más de su desvelo, y su advertencia en este campo toma los cauces de la previsión más estricta y factual". (51)

Esto es lo que nos permite, sin ejercer ningún arte de birlibirloque, realizar el presente paralelo.

De otro modo, resultaría forzado comparar a



un hijo del siglo XIX, inserto dentro de la corriente literaria modernista, y premunido de un bagaje idealista muy vasto, con un marxista-leninista, hijo de la época de la expansión imperialista y armado de todo el arsenal de las leyes científicas del desarrollo histórico y social.

Martí, el más importante demócrata revolucionario de América Latina (52), tiene su continuación dialéctica en el marxista-leninista José Carlos Mariátegui.

La razón es que, tanto uno como otro, parten de la base socio-económica, para estudiar todos los problemas de América Latina (la literatura, por cierto, incluida).

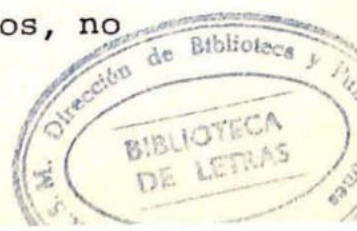
Basta recordar, por si alguna duda cabe, las palabras de Martí sobre la Conferencia Monetaria Internacional de 1891:

"Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político". (53)

No es éste el lenguaje de un idealista o de un hombre preocupado sólo por la literatura. Esta es una desmitificación de la raíz económica, que será básica para el entendimiento de la problemática literaria, que Martí habrá de plantearnos.

El destino de las tierras de la América morena, y de su literatura -para Martí- "no pueden imaginarse sino en vista de sus relaciones con los Estados Unidos". (54)

Y las relaciones con los Estados Unidos, no



pueden hoy ser sino las de ponerse en guardia contra la permanente agresión de su imperialismo.

Por eso las palabras de Mariátegui son definitivas en su esclarecida exactitud:

"La nueva generación hispanoamericana debe definir neta y exactamente el sentido de su oposición a los Estados Unidos. Debe declararse adversaria del Imperio de Dawes y Morgan; no del pueblo ni del hombre norteamericanos". (55)

He aquí el punto de partida y el de coincidencia entre los dos autores: antimperialismo, mas no oposición al pueblo, al hombre norteamericano (recuérdese la fraterna amistad de José Carlos Mariátegui con Waldo Frank; piénsese en la admiración y en lo que escribió Martí sobre Whitman).

La llave de todo, en fin, está en el sentido revolucionario.

Mariátegui, incluso, plantea un indigenismo revolucionario; una vanguardia no cosmopolita ni aséptica, sino vinculada a la entraña vernácula:

"Los indigenistas revolucionarios, en lugar de un platónico amor al pasado incaico, manifiestan una activa y concreta solidaridad con el indio de hoy" (56)

"La nueva generación siente y sabe que el progreso del Perú será ficticio, o por lo menos no será peruano, mientras no constituya la obra y no signifi que el bienestar de la masa peruana, que en sus cuatro quintas partes es indígena y campesina". (57)

Como todo gran creador, José Carlos Mariátegui innova, e innova al introducir este elemento capital que

da vuelta a toda la concepción desarraigada de la literatura y la actitud vanguardistas.

La palabra del Amauta es admonitoria.

Su verbo suena a reconvención; no deja escapatoria posible: si de lo que se trata es de descubrir y fundar una nacionalidad, una perspectiva histórica, un destino; si de lo que se trata es de apuntar a algo nuevo, hay que definirse:

"Para conocer cómo siente y cómo piensa la nueva generación, una crítica leal y seria empezará sin duda por averiguar cuáles son sus reivindicaciones. Le tocará constatar, por consiguiente, que la reivindicación capital de nuestro vanguardismo es la reivindicación del indio. Este hecho no tolera mistificaciones ni consiente equívocos" (58).

Algo que también nos parece singular, porque revela la continuidad que arranca en Martí y llega hasta el socialismo de nuestros días, es la imbricación que señala Mariátegui entre su concepción marxista y su adhesión a las raíces americanas, al substratum indígena.

Parecen, por ello, pertinentes las citas que vamos a hacer:

"Confieso haber llegado a la comprensión, al entendimiento del valor y el sentido de lo indígena en nuestro tiempo, no por el camino de la erudicción libresca, ni de la intuición estética, ni siquiera de la especulación teórica, sino, por el camino -a la vez intelectual, sentimental y práctico- del socialismo". (59)

"Nuestro socialismo no sería, pues, peruano -ni siquiera sería socialismo- si no se solidarizase, primeramente, con las reivindicaciones indígenas. En esta actitud no se esconde nada de oportunismo. Ni se descubre nada de artificio, si se reflexiona dos minutos en lo que es socialismo. Esta actitud no es

postiza, ni fingida, ni astuta. No es más que socialista." (60)

Ya tenemos, pues, delimitadas, las raíces de las que partirá la literatura latinoamericana para Martí y para Mariátegui.

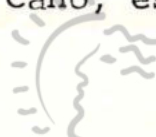
Pero recuérdese que se trata de raíces vernáculas, mas no solipsistas; se trata de lo que podría llamarse unas raíces -o troncos- aireados con el contacto con otras civilizaciones.

Tráigase a colación lo ya citado de Martí: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas", junto con las numerosas alusiones de José Carlos Mariátegui al salutar contacto de algunos de nuestros valores más genuinos con la cultura europea. Leamos lo que él escribe sobre el gran pintor José Sabogal:

"Creo, sin embargo, en la utilidad de su experiencia europea. El trato directo con las escuelas y artistas de Europa, el estudio personal de los maestros de todos los tiempos, no sólo ha enriquecido y afinado, sin duda, su temperamento, y ha templado su técnica. Sobre todo, lo ha ayudado -por reacción contra un mundo en el cual se sentía extranjero- a descubrirse y reconocerse. Su autonomía le debe mucho a la experiencia europea. Sabogal ha comprendido, o por lo menos, esclarecido en Europa la necesidad de un humus histórico, de una raíz vital en toda gran creación artística". (61)

(Téngase en cuenta que Mariátegui acaba de hablar del impulsor de la corriente indigenista, y uno de los grandes renovadores del arte latinoamericano, al asentarlos, precisamente, en sus raíces vernáculas.)

Y sobre Sanín Cano, escribe el Amauta:



"La cultura británica -y quizá también el espíritu británico -han dejado su huella en la producción de Sanín Cano, pero sin enflaquecer su savia ni deformar su sensibilidad de hispanoamericano".(62)

También sobre Oliverio Gironde:

"Gironde es un poeta de recia figura gaucha, la urbe occidental ha afinado sus cinco o más sentidos; pero no los ha aflojado o corrompido. Después de emborracharse con todos los opios de Occidente, Gironde no ha variado en su substancia. Europa le ha inoculado los bacilos de su escepticismo de su relativismo. Pero Gironde ha vuelto intacto e indemne a la Pampa." (63)

Este es también el profundo sentido del nombre de la gran revista de Mariátegui, "Amauta" (Doctrina, arte, literatura, polémica" son los rubros que abarcará la publicación más importante del Perú desde 1926.)

Leamos lo que escribió Mariátegui explicándonos, en el editorial del N°17, la significación del nombre quechua que ha escogido para su revista:

"Hemos querido que 'Amauta' tuviese un desarrollo orgánico, autónomo, individual, nacional. Por esto empezamos por buscar su título en la tradición peruana. "Amauta" no debía ser un plagio ni una traducción. Tomamos una palabra inkaika para crearla de nuevo. Para que el Perú indio, la América indígena, sintieran que esta revista era suya ..."(64)

Aquí está, pues, la clave de todo.

No se trata de traer una palabra del desván de la lengua vernácula; no se trata, tampoco, de aludir, con un vocablo, a nuestra raza ancestral: de lo que se trata es de crear de nuevo lo antiguo, rescatarlo, hacer lo vivo.

Sí, crear, pero sin olvidar que tenemos un pasado que puede ser, todavía, fecundante en la medida en la que sepamos rescatarlo.

### Creación, tradición y revolución

Para fundar una literatura hay que fundar -crear- primero el pueblo que la construya.

La literatura ayudará a crear esta América Latina que Martí anhela fundar en lo político. Pero el Apóstol, igualmente, columbra el hecho de que la literatura por sí sola, no puede crear a la América Latina "sino que ella supone la existencia de una América Latina Libre".(65)

Recordemos lo que escribió al respecto Martí:

"No hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana, hasta que no haya hispanoamérica(...). Lamentémonos ahora, de que la gran obra nos falte, no porque nos falte ella, sino porque ésa es la señal de que nos falta aún el pueblo magno de que ha de ser rejlejo".(66)

Hans-Otto Dill señala con acierto que "lo que sí puede realizar la literatura naciente de América es adelantar el proceso de descolonización y de creación de una conciencia latinoamericana.(67)

Esa época de tanteos "alardes y vagidos de literatura propia" la expresa Martí en su estudio -su ensayo- Nuestra América, cuando señala el tránsito -lento, pero efectivo- de una etapa colonizada -en la que no hay literatura propia- hasta los primeros pasos de lo que podría ser nuestra expresión.

Lo clave -como tarea de la nueva generación, ya señalada por Mariátegui en el caso de Amauta- es crear.

Veamos cómo esto -otro elemento de paralelismo- es también definitivo en Martí.

El Apóstol señala el tramonto:

"Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado y que la solución está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!" (68)

Repárese, nuevamente, en la sorprendente coincidencia. Leamos lo que escribe Mariátegui:

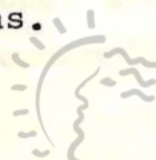
La nueva generación no será efectivamente nueva sino en la medida en que sepa ser, en fin adulta, creadora." (69)

Se trata, en primer lugar, de que las generaciones de jóvenes comprendan la necesidad de crear, pero esta creación no es -no podrá ser- ex nihilo.

Deberá partir de un humus histórico, de un pasado, de una tradición.

Sin embargo, es fundamental también que nos detengamos en el hecho de que tanto Martí cuanto Mariátegui suscribirían las palabras de este último: "mi misión ante el pasado, parece ser la de votar en contra".

Pero hay que distinguir el pasado inmediato de las raíces vernáculas.



En Martí ese vituperable "pasado inmediato" lo constituía el colonialismo español que él odiaba encarnizadamente:

"El enemigo brutal  
nos pone fuego a la casa:  
El sable la calle arrasa,  
A la luna tropical.

Pocos salieron ilesos  
Del sable del español:  
La calle, al salir el sol,  
Era un reguero de sesos...." (70)

Sin embargo, su odio al opresor no le oblitera su solidaridad con el pueblo de España, con sus obras de arte populares (Lope, Cervantes, Velásquez, Tirso, Quevedo, Calderón) "que él considera parte del patrimonio de Cuba y de la América Latina". (71)

Hans-Otto Dill cita el testimonio de Juan Marinello quien señala la admiración de Martí hacia una guerra popular como la que libra el Cid Campeador.

Dill mismo explica que Martí "cuando de la América Latina se trata, usa lo antiguo español, es decir, el sustrato español entendido como parte integrante de la cultura y la tradición americanas, pero nunca el español moderno que es 'de otro país'" (72).

La parte fundamental radica en que el Apóstol cubano trata, v.gr., a la poesía moderna española -debido también al Estado feudal español en plena putrefacción- como una literatura epigonal.

He aquí otra prueba de cómo vincula nuestro autor las manifestaciones literarias a la situación social, o al tipo de economía y política en que ellas se gestan:

"A pueblo indeterminado, ¡literatura indeterminada!  
 Mas apenas se acercan los elementos del pueblo a la  
 unión, acércanse y condénsanse en una gran obra pro  
 fética los elementos de su literatura".(73)

Los Versos Sencillos de Martí, en su esencia,  
 con sus octosílabos y sus coplas, recuerdan la popular  
 tradición española, y en ella se enlazan las luchas re-  
 volucionarias de los hombres sencillos -los campesinos  
 y plebeyos, los Comuneros que en la Edad Media se rebe-  
 laron contra los reyes.(74)

En esta tradición revolucionaria los pueblos  
 son hermanos:

"Estimo a quien de un revés  
 Echa por tierra a un tirano:  
 Lo estimo, si es un cubano;  
 Lo estimo, si aragonés"(75).

Martí, de este modo, se adelanta a la acti-  
 tud internacionalista que adoptaron muchos poetas comu-  
 nistas y progresistas de América Latina, quienes, mili-  
 tantemente, se pusieron al lado del pueblo español, en  
 su lucha heroica durante la Guerra Civil. Recuérdese,  
 solamente, los casos de Neruda, Nicolás Guillén y Va-  
 llejo.

Similar será el punto de vista de Mariátegui  
 frente a la tradición.

En principio, recordemos que la lucha de  
 nuestro Amauta no es sólo contra el obsoleto colonia-  
 lismo español, sino también contra el imperialismo nor-  
 teamericano y su secuela neocolonial.

Sin embargo, Mariátegui es lo suficientemen-  
 te lúcido como para separar al pueblo norteamericano de



su gobierno imperialista.

Tal como Martí separará al pueblo combativo de España, de su gobierno de un feudalismo apolillado.

Mariátegui precisó:

La nueva generación hispanoamericana debe definir neta y exactamente el sentido de su oposición a los Estados Unidos. Debe declararse adversario del imperio de Dawas y de Morgan; no del pueblo ni del hombre norteamericanos." (76)

Este es el sentido creador, dialéctico, de ambos autores y allí nace su capacidad de saber distinguir al enemigo.

Ya concretamente, respecto al tema de la tradición, veremos cómo funciona frente a ella el hombre que ha escrito que "su misión ante el pasado parece ser la de votar en contra".

Dice Mariátegui:

"Sin duda, una revolución continúa la tradición de un pueblo, en el sentido de que es una energía creadora de cosas e ideas que incorpora definitivamente en esa tradición enriqueciéndola y acrecentándola". (77)

Aquí estamos, por cierto, ya ante un planteamiento marxista revolucionario. Sin duda Mariátegui concuerda con la posición leninista sobre la incorporación, por las revoluciones, de lo más valioso de las tradiciones nacionales, más, por cierto, tampoco, sin hacer un acopio acríptico de ellas:

"La revolución se hace con materiales históricos; pero, como diseño y función, corresponde a necesidades nuevas". (78)

Esta concepción del pasado, que el Amauta es grime, es profundamente creadora, dialéctica. Téngase en cuenta que todo esto será el cimiento sobre el que se habrá de construir la nueva literatura:

"la capacidad de comprender el pasado es solidaria de la capacidad de sentir el presente y de inquietarse por el porvenir". (79)

Todo, pues, menos el estatismo: Ir a las raíces, al pasado, pero para apuntar y apuntalar el porvenir.

Tal será la concepción de la sociedad y de la literatura de Mariátegui; y también la de Martí.

Raíces invisibles, que se hunden en la historia, y que se proyectan hacia lo nuevo:

"

"la verdadera tradición está invisible, etéreamente en el trabajo de creación de un orden nuevo". (80)

Pero así como el Apóstol cubano era drástico en la condena del pasado colonial, que vedaba el avance y la irrupción del futuro:

"El apego hidalgo a lo pasado cierra el paso al anhelo apostólico de lo porvenir. Los patricios, y los neopatricios, se oponen a que gocen de su derecho de unidad los libertos y los plebeyos." (81);

igualmente el Amauta no ahorra la admonición, no excen-  
ta de su sávida ironía:

"la 'Lima que se va' no tiene ningún valor serio, ningún perfume poético, aunque Gálvez se esfuerce por demostrarnos, elocuentemente, lo contrario. Lo lamentable no es que esa Lima se

vaya, sino que no se haya ido más de prisa." (82)

"Adorar, divinizar, cantar el virreynato es, pues, una actitud de mal gusto. Los literatos e intelectuales que, movidos por un aristocratismo y un esteticismo ramplones, han ido a abastecerse de materiales y de musas en los caserones y guardarropías de la colonia, han cometido una cursilería lamentable." (83)

En resumen, el concepto dialéctico que Mariátegui emplea de la tradición, él mismo se encarga de explicárnoslo:

"Porque la tradición es, contra lo que desean los tradicionalistas, viva y móvil. La crean los que la niegan para renovarla y enriquecerla. La matan los que la quieren muerta y fija, prolongación del pasado en un presente sin fuerzas para incorporar en ella su espíritu y para meter en ella toda su sangre." (84)

La creación revolucionaria, pues, debe tener sus raíces asentadas en la tradición, en sus mejores y más auténticas raíces, en sus entrañas vernáculas.

### Nacionalismo e internacionalismo en la literatura

Empecemos recordando que Martí y Mariátegui son, raigalmente, hombres políticos de los pies a la cabeza, (85) y que ellos no tienen como preocupación cardinal la teorización sobre la literatura latinoamericana.

Más bien, diremos que esta teorización se desprende, se da por añadidura, dentro de su teorización general sobre nuestra América, sobre su destino,



uno de cuyos aspectos es le literario.

No olvidemos que Martí y Mariátegui no son escritores profesionales, literatos, en el sentido estricto, limitado, del vocablo.

Pero aun sin serlo son dos creadores sustantivos para nuestro subcontinente,

Ya Fernández Retamar se admiraba sobre el caso del autor de Versos Sencillos:

"Parece una paradoja, y es una sobrecogedora lección el que Martí, con esa obra casi no literaria, sea el mayor escritor del continente." (86)

Mariátegui, igualmente, sin dedicarse, full time a la literatura resulta "el fundador de la ciencia y crítica literarias marxistas en América Latina". (87)

Es a partir de esto que comprenderemos el nacionalismo y el internacionalismo de nuestros autores (que no está divorciado del político, por cierto).

Fundador de América quiere ser Martí antes que, o como paso previo, de su literatura.

"Lo que sí puede realizar la literatura naciente de América es adelantar el proceso de descolonización y de creación de una conciencia latinoamericana." dice Hans-Otto Dill (88).

"No todo está logrado, pero todo está en marcha" (89)

"Sentina fuimos y crisol comenzamos a ser" escribió Martí. (90)

"En qué patria -continúa el Apóstol- puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América..." (91)



Martí se preocupa por las "fuentes nutricias" de la literatura latinoamericana, y rechaza para ellas "los libros pálidos y entecos que nos vienen de tierras fatigadas". (92)

En principio, pues, él rechaza la colonización también cultural y literaria.

Al escribir sobre una "Biblioteca Americana" el Apóstol habla de los libros "que con espíritu americano estudian problemas de América. No tanto de libros pomposos y retóricos, y de conocimientos abstractos universales, -cuanto de esos otros concretos y beneméritos, escritos al calor de nuestro sol, y en el fragor de nuestras luchas generosas, sangrientas como todas las entrañas. Hablamos de esos libros que recogen nuestras memorias, estudian nuestra composición, aconsejan el cuerdo empleo de nuestras fuerzas, fían en el definitivo establecimiento de un formidable y luciente país espiritual americano, y tienden a la saludable producción del hombre trabajador e independiente en un país pacífico, próspero y artístico." (93)

La cita ha sido larga, pero ella nos entrega algunas claves: Martí habla aquí de América Latina como un todo: "un formidable y luciente país espiritual americano", cuya literatura debe ser no sólo su reflejo, sino también coadyuvar a su establecimiento, a su fundación.

Estos libros -esta literatura- además debe ser la escrita en nuestro continente y en medio de las anfractuosidades de su historia y de sus gestas "generosas, sangrientas como todas las entrañas."

Esta literatura deviene, así, utilitaria, en tanto en cuanto se hunde en la historia, estudia el presente y da lecciones para la correcta fundación de esa

sociedad nueva por la que en definitiva se lucha; esa sociedad nueva que no es otra que la sociedad latinoamericana.

La raíz política del planteamiento sobre esta literatura latinoamericana resulta, pues, obvia (94).

Desde aquí, la explicación de Mariátegui resulta complementaria, si tenemos en cuenta que él actúa premunido de la ciencia marxista.

Dice el Amauta que "lo más nacional de una literatura es siempre lo más hondamente revolucionario" (95), con lo cual señala una constante fundamental: la del proceso de cambio progresista entroncado con lo vernáculo, con la raíz.

Por ello, resulta perfectamente congruente lo que leeremos a continuación:

"El internacionalista siente, mejor que muchos nacionalistas, lo indígena, lo peruano". (96)

Por eso también es comprensible el que José Carlos Mariátegui subraye que "Henríquez Ureña reacciona contra el superamericanismo de los que nos aconsejan cierta clausura o, por lo menos, cierta resistencia a lo europeo, con mística confianza en el juego exclusivo y excluyente de nuestras energías criollas y autóctonas" (97).

Y ya plenamente en la problemática del Continente enclaustrado, el Amauta es definitivo en su advertencia:

"Nuestra América no puede aislarse de la corriente histórica contemporánea. Los pueblos de Europa, Asia y Africa están casi únicamente estremecidos. Y por América pasa, desde hace algunos años, una onda revolucionaria que, en algunos pueblos, se vuelve marejada." (98)



Porque este enclaustramiento, este aislamiento, en definitiva sólo favorecería la explotación de nuestra América por las oligarquías nativas, testaferras del imperialismo norteamericano, y el cierre de sus fronteras para el viento nuevo y distinto del socialismo que, en nuestro tiempo, será el más poderoso catalizador para el establecimiento definitivo de una América nueva.

Y ya sabemos que, a una América nueva, corresponderá una nueva literatura, una literatura que, o será revolucionaria, o no será nada.

Por eso Mariátegui puede plantear, dialécticamente, la congruencia entre nacionalismo e internacionalismo (proletario).

Y por ello mismo puede, sin contradicción alguna, señalar como uno de los logros más altos de su generación -que supo airear sus raíces en la Europa conmovida por el socialismo- el verdadero descubrimiento de las entrañas vernáculas del Perú.

He aquí pues cómo Mariátegui, practicante del internacionalismo proletario, es el verdadero descubridor -junto con la generación que él lideró indiscutiblemente, junto con la generación de la cual él fue el Amauta- del Perú y sus problemas socioeconómicos.

He aquí pues cómo un marxista-leninista, es el primero que estudia científicamente a nuestro país, y es el que auspicia esa corriente que reivindica -no sólo en el arte y en la literatura- al poblador aborígen; esa corriente que se llama el indigenismo.

Con esto se echa por tierra todos los infundios de la reacción burguesa y pro-imperialista que se empeña en endilgarle al marxismo la pretensa condición de "extranjero" y "antinacional".

A Mariátegui mismo se le llamó "europeizante". El respondió con los 7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana, "contribución a la crítica socialista de los problemas y la historia del Perú" (99) y respuesta a esa "barata e interesada conjetura", uno de cuyos autores es nada menos que el crítico literario que, hoy en día, pero también en su tiempo, representó los intereses de una pequeña burguesía demagógica, oportunista y presta siempre para el ataque artero.

Nos referimos al crítico Luis Alberto Sánchez quien, más de una vez, intentó disminuir los méritos del Amauta, endilgándole el epíteto de "europeizante" (100), aparte de haber escrito numerosos despropósitos sobre José Carlos Mariátegui (En un reciente artículo periodístico lo llama: "aquel hombrecillo débil, pálido, inmobilizado": "Expreso", 13.11.76)

El ejemplo de Sánchez es característico de cómo, simplemente, bajo estos y otros epítetos, se esconden actitudes reaccionarias, del más servil pro-imperialismo, y del más ramplón anticomunismo. (101)

Mariátegui podría de este modo, con su militante marxismo-leninismo, haber suscrito la fórmula martiana.

"Injértese en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas..."

Y tan claro resulta lo anterior que la República de Cuba, hoy el Primer Territorio Libre de América, merced a su Revolución Socialista, acepta y usa este y otros muchos lemas martianos, se sustenta en el Ideario de Martí. Y, concretamente, la fórmula que acabamos de

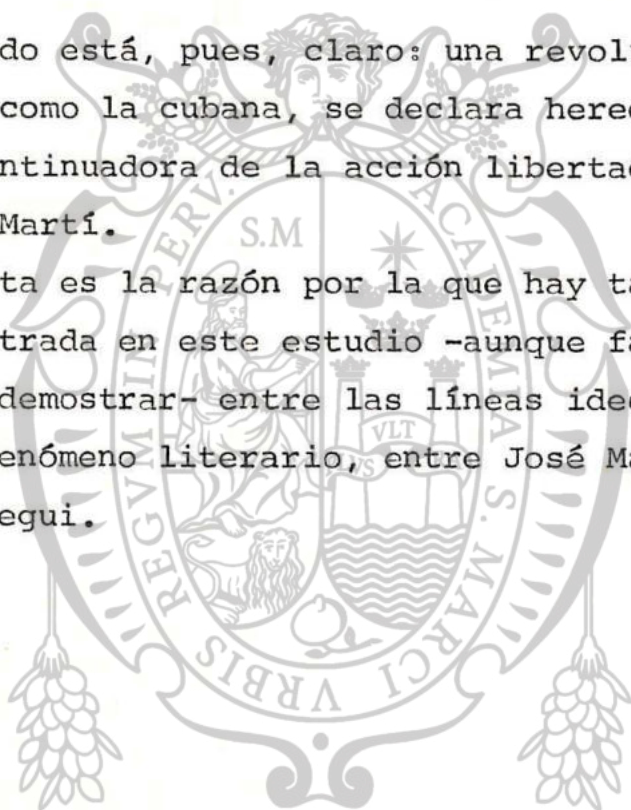
citar, forma parte de la cardinal "Declaración del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura", realizado en La Habana entre el 23 y el 30 de abril de 1971.

Ese lema es parafraseado en una parte de la Declaración aludida, de la siguiente forma:

"Injértese en nuestra Revolución el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestra Revolución." (102)

Todo está, pues, claro: una revolución marxista-leninista como la cubana, se declara heredera del pensamiento y continuadora de la acción libertadora de su Apóstol José Martí.

Esta es la razón por la que hay tanta congruencia, ya demostrada en este estudio -aunque falta todavía bastante por demostrar- entre las líneas ideológicas, y respecto al fenómeno literario, entre José Martí y José Carlos Mariátegui.



CITAS

- 1) J.M., O.C., T. VII, p. 267
- 2) H-O Dill, ob. cit., p. 25
- 3) J.M., O.C., T. XXI, p. 164 (El subrayado es nuestro)
- 4) J.M., "Madre América" en O.C., T. VI, pp. 133-140
- 5) Cf. R. Fernández Retamar: prólogo a Nuestra América, edición de la Casa de las Américas ya citada, p.7
- 6) J.M., O.C., T. VI, p. 46
- 7) Ibid
- 8) J.M., O.C., T. VII, p. 98
- 9) J.C.M., O.C., T. IX, p. 66
- 10) J.M., O.C., T. VII P° 104
- 11) Cit. p. R. Fernández Retamar, Prólogo citado, p. 10 (El subrayado es nuestro)
- 12) Ibid
- 13) Ibid
- 14) Ibid
- 15) J.M., O.C., T. IV, p. 163
- 16) R. Fernández Retamar, prólogo citado, p. 13
- 17) R.F. Retamar, Ob. cit., p. 16 (El subrayado es nuestro)
- 18) J.C.M., O.C., T. IV, p. 164
- 19) J.M., O.C., T. VIII, p. 318-319
- 20) J.M., O.C., T. IV, p. 94
- 21) J.M., O.C., T. VI, p. 19
- 22) J.C.M., 7 ensayos... p. 188
- 23) Vid. H.O. Dill, Ob. cit. p. 30
- 24) J.M., O.C., T. IV p. 167
- 25) J.C.M., 7 Ensayos, p. 182
- 26) J.C.M., Ob. cit., p. 195
- 27) J.C.M., O.C., T. VI, p. 18 (El subrayado es nuestro)
- 28) J.C.M., "Presentación de Amauta" en O.C., T. XIII, p.239 (El subrayado es nuestro)
- 29) J.M., O.C., T. IV, p. 272 (El subrayado es nuestro)
- 30) J.M., O.C., T. XXI, p. 163
- 31) J.M., O.C., T. VI, p. 18 (El subrayado es nuestro)
- 32) Ibid
- 33) J.C.M., O.C., T. XI, p. 27
- 34) Antonio Melis: Prólogo a La escena contemporánea, "Empresa Editora Amauta", Lima, 1976, p. 19
- 35) J.C.M., O.C., T. XIII, p. 248
- 36) J.M., O.C., T. VI, p. 16
- 37) Ibid
- 38) Ob. cit., p. 17
- 39) Ob. cit., p. 18
- 40) Ibid
- 41) Ob. cit., p. 20



- 42) Ob. cit. pág. 21  
 43) Ob. cit. p. 19  
 44) Ob. cit. p. 22  
 45) Ibid  
 46) J.M., O.C., T. II, p. 299  
 47) J.M., Ob. cit., p. 298  
 48) J.C.M., O.C., T. XIII, p. 222 (El subrayado es nuestro)  
 49) J.M., O.C., T. VI, p. 21 (El subrayado es nuestro)  
 50) J.C.M., O.C., T. XIII, p. 222-223  
 51) Juan Marinello: José Martí escritor americano. La Habana, Cuba, 1962, pág. 268  
 52) A. Dessau: ob. cit. p. 70; R. Fernández Retamar: Ensayo de otro mundo, p. 42  
 53) J.M., O.C., T. VI, p. 160  
 54) J. Marinello: Ob. cit. p. 263  
 55) J.C.M., O.C. T. XII, p. 29  
 56) J.C.M., O.C., T. XI, p. 74  
 57) J.C.M., Ob. cit., p. 68  
 58) J.C.M., Ob. cit., p. 72  
 59) J.C.M., O.C., T. XIII, p. 218  
 60) J.C.M., Ob. cit. p. 217  
 61) J.C.M., O.C., T. VI, p. 93  
 62) J.C.M., O.C., T. XII, p. 128  
 63) J.C.M., Ob. cit., p. 106 (El subrayado es nuestro)  
 64) Editorial del N°17 de "Amauta:" "Aniversario y Balance", Lima, Setiembre de 1928, Vid. O.C., T. XIII, pp. 246-247  
 65) H.O.Dill, Ob. cit., p. 35  
 66) J.M., O.C., T. XXI, p. 164  
 67) H.O. Dill, Ob. cit., p. 36  
 68) J.M., O.C., T. VI, p. 20 (El subrayado es nuestro)  
 69) J.C.M., O.C., T. XIII, p. 247 (El subrayado es nuestro)  
 70) J.M., O.C., T. XVI, p. 102  
 71) H.O.Dill, Ob. cit. p. 18  
 72) Ibid  
 73) J.M., O.C., T. XXI, p. 164 (El subrayado es nuestro)  
 74) H.O. Dill, Ob. cit., p. 20  
 75) J.M., O.C., T. XVI, p. 75  
 76) J.C.M., O.C., T. XII, p. 29  
 77) J.C.M., Ob. cit., p. 93  
 78) Ibid  
 79) J.C.M., O.C., T. XI, p. 23  
 80) J.C.M., Ob. cit., p. 155  
 81) J.M., O.C., T. XXI, p. 164  
 82) J.C.M., O.C., T. XI, p. 22



- 83) Ibid
- 84) J.C.M., O.C., T. VI pp. 128 130 (El subrayado es nuestro)
- 85) Cf. Juan Marinello, Ob. cit., p. 263
- 86) R. Fernández Retamar: Ensayo de otro mundo, p. 57
- 87) A. Dessau, Ob. cit., p. 68
- 88) H.O. Dill Ob. cit., p. 36
- 89) J. Marinello, Ob. cit., p. 264
- 90) Cit. p. J. Marinello, Ibid
- 91) J.M., O.C., T. VI, p. 16
- 92) J.M., O.C., T. VII, p. 198
- 93) J.M., O.C., T. VIII, p. 314 (El subrayado es nuestro)
- 94) J. Marinello, Ob. cit., p. 270; H.O. Dill, ob. cit., p. 37
- 95) J.C.M., O.C., T. XI, p. 76
- 96) J.C.M., O.C., T. XI, p. 53
- 97) J.C.M., O.C., T. XII, p. 75
- 98) J.C.M., Ob. cit., p. 141
- 99) J.C.M., "Advertencia" a los 7 ensayos, p. 12
- 100) Léanse los artículos de la polémica con Sánchez en Ideología y Política, Tomo XIII, de las O.C., pp. 214-228, y especialmente, para los epítetos, la pág. 220. de Sánchez
- 101) La mezquindad es infinita. Recientemente leímos una lista suya de los mejores, los más significativos autores nacionales. Tal lista era descartable. O sea que empezaba con un número vasto: digamos cuarenta para quedar, al final, con sólo cuatro. Pues bien, ni siquiera en esa primera lista, en la que figuran numerosos fautores de rapsodias colonialistas, Sánchez incluye al Gran Amauta. Errare humanum est? Hay numerosas pruebas para no creerlo.
- 102) Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura. Ediciones COR, N°2, La Habana, Cuba. 1971.



## III

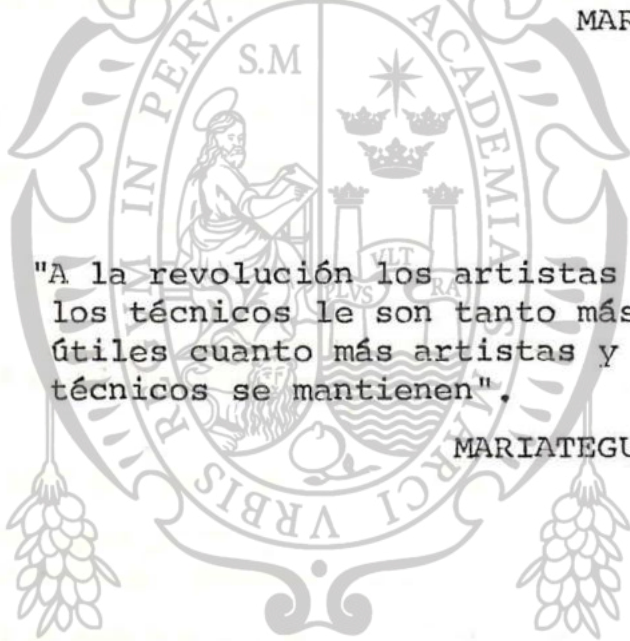
## LITERATURA Y REVOLUCION

"...en América ya está en flor la gente nueva que pide peso a la prosa y condición al verso, y quiere trabajo y realidad en la política y en la literatura".

MARTI

"A la revolución los artistas y los técnicos le son tanto más útiles cuanto más artistas y técnicos se mantienen".

MARIATEGUI



## III

LITERATURA Y REVOLUCIONLiteratura y raíz social

Comencemos expresando categóricamente que en Martí y Mariátegui no se da nunca la visión de lo literario alejada del contexto social en el que nace. O, mejor dicho, nunca hay, en ellos, una consideración meramente esteticista de la literatura.

Esto mide el calibre de su grandeza y de su contemporaneidad, máxime en el caso de Martí, que se encuentra un tanto alejado de nosotros en el tiempo.

Con Mariátegui, el problema es diferente porque su concepto científico-marxista del mundo, lo llevaba necesariamente a una consideración social del arte y la literatura.

Por ello, abundaremos más en las citas de Martí, pues éste es un punto clave para señalar la congruencia y el sentido de nuestro estudio paralelístico.

La ya glosada cita de Martí, de su "Cuaderno de Apuntes" de 1881, nos entrega la apertura necesaria:

"No hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica....." (1)

En esa misma parte del "Cuaderno . . .", sentencia el Apóstol:

"Las obras magnas de las letras han sido siempre expresión de época magnas. A pueblo indeterminado, ' literatura indeterminada! (2).

En su conocido artículo sobre el poeta Walt Withman, Martí nos entrega otra clave de su consideración:

"Cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo, que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus crónicas y sus décadas. " (3)

Esta es la genialidad de Martí, y uno de los visos más apreciados de su vigencia, por encima de su ya señalada formación idealista: el haber relevado lo cardinal que, para la literatura, era la base social, el pueblo donde ella nacía. Si a esto no se le llama adelantado del análisis marxista, no sabemos cómo puede llamársele.

Martí comprendió, tuvo la convicción de que la revolución de 1810 significó apenas la independencia política y económica (?) de España; pero no una transformación social, al decir de Hans Otto Dill (4).

Las estructuras sociales continuaban siendo feudales, atrasadas; la economía estaba poco desarrollada.

En resumen, como lo dicen en "Nuestra América": "La colonia continuó viviendo en la república" (5); ergo, la literatura y el arte de esa sociedad aún colonizada, tendrán que tener semejante carácter.

Era lógico que "la gran obra" faltase.

El colonialismo literario no tenía nada grande, nada "magno" que expresar:

"Lamentémonos ahora de que la gran obra nos falte, no porque nos falte ella, sino porque ésa es la señal de que nos falta aún el pueblo magno de que ha de ser reflejo . . . ." (3)

Martí hace el diagnóstico correcto de esa sociedad, y toda su obra - la política, la literaria, en este orden- estará dirigida a adelantar el proceso de descolonización, de creación de una América cuyo culto entrañable ya hemos reseñado suficientemente.

Mariátegui, por su parte, hace similar constatación respecto-ya lo hemos citado- a la persistencia de la colonia- del colonialismo- en nuestra literatura, en la fecha de la fundación de la república, y aún muchos años después (piénsese en Felipe Pardo y Aliaga, y en un Luis Benjamín Cisneros que escribe -adulta ya la República- una Elegía a la muerte de Alfonso XII).

Mariátegui, incluso, titula la III parte de su séptimo Ensayo: "El colonialismo supérstite" (7), y allí estudia todo lo relacionado con este tema. Pero la cosa llega a caracteres sumamente graves cuando, al analizar a Chocano -poeta ya de nuestro siglo, a pesar de que nace en 1875- afirma el Amauta que pertenece al "período colonial de nuestra literatura" (8).

Nuestro gran ensayista es categórico en su explicación de las razones para lo anterior:

"La literatura de un pueblo se alimenta y se apoya en su substratum económico y político. En un país dominado por las descendientes de los "encomenderos" y los oidores del Virreynato, nada era más natural, por consiguiente, que la serenata bajo sus balcones. La autoridad de la casta feudal reposaba en parte sobre el prestigio del Virreynato. Los mediocres literatos de una república que se sentía heredera de la conquista, no podían hacer otra cosa que trabajar por el lustre y brillo de los blasones coloniales. . . . ." (9)

Y ¿qué características tenía esta literatura colonial nuestra y a qué se debían ellas ?

"La flaqueza, la anemia de nuestra literatura colonial y colonialista provienen de su falta de raíces . . . . El arte tiene necesidad de alimentarse de la savia de una tradición, de una historia, de un pueblo. Y en el Perú la literatura no ha brotado de la tradición, de la historia, del pueblo indígenas. Nació de

una importación de literatura española; su nutrió luego de la imitación de la misma literatura, un enfermo cordón umbilical la ha mantenido unida a la metrópoli. " (10)

Las raíces que le faltaron a la literatura -y al arte- peruanos fueron las sociales: su vínculo o contacto con el pueblo fue nulo, y por eso eran flores palúdicas, anémicas rapsodias sin entrañas, solipsistas.

La crítica es tensa e intensa. Mariátegui -el Amauta- adquiere un tono admonitorio:

"El literato peruano no ha sabido casi nunca sentirse vinculado al pueblo. No ha podido ni ha deseado traducir el penoso trabajo de formación de un Perú integral, de un Perú nuevo. Entre el Inkario y la Colonia, ha optado por la Colonia". (11).

La clave, pues, para Mariátegui -y también como veremos para Martí- está (nos referimos a la literatura) en el contacto, estrecho y fecundante, del creador con su pueblo.

Sin éste, sólo se produce retórica, salmodia repetitiva e intrascendente:

"Discipulos de Listas y Hermosillas, los literatos del Perú independiente... casi invariablemente desdeñaron a la plebe. Lo único que seducía y deslumbraba su cortesana y pálida fantasía de hidalgueros de provincia, era lo español, lo virreynal... Toda la literatura de este gente da, por esto, la impresión de una literatura desarraigada y raquítica, sin raíces en su presente. Es una literatura de implícitos 'emigrados', de nostálgicos sobrevivientes." (12)

Por eso los pocos que se salvan y apuntan al presente son "Los que de algún modo tradujeron al pueblo" (13)

Melgar, por ejemplo, "desdeñado por los académicos sobrevivirá a Althaus, a Pardo y a Salaverry, porque en sus yaravíes encontrará siempre el pueblo un vislumbre de su auténtica tradición sentimental y de su genuino pasado literario". (14)

Igual sucede con Palma, cuya obra "vive, ante todo, porque puede y sabe serlo" (ser popular) (15)

La crítica al aspecto irrealizable del ideario político de González Prada, no le hace perder la perspectiva dentro de nuestro análisis, del real valor del autor de Horas de lucha.

"González Prada no desdeñó jamás a la masa. Por el contrario, reivindicó



siempre su gloria oscura. Previno a los literatos que lo seguían contra la futilidad y esterilidad de una literatura elitista" .(16)

Además, la obra de este polémico autor le interesa a Mariátegui por que "denunció el colonialismo".

Igualmente, detrás del mascarón de proa del literato 'epatante', Mariátegui supo distinguir el valor perdurable de la obra del autor de El Caballero Carmelo:

"Malgrado su aristocratismo, Valdelomar se sentía atraído por la gente humilde y sencilla. (...)

Buscó sus temas en lo cotidiano y lo humilde. Revivió su infancia en una aldea de pescadores. Descubrió, inexperto pero clarividente, la cetera de nuestro pasado autóctono." (17)

Martí, por su parte, pone el mismo acento en la importancia del pueblo para la literatura, para el escritor, para la gran obra.

Recordémoslo. En su comentario sobre la obra de Rafael Pombo, encontramos la frase paradigmática:

"A su pueblo ha de ser fiel, porque de su pueblo recibe las condiciones con que brilla. Y el que de su pueblo reniegue, de las propias alas de su cerebro y entrañas de su entendimiento sea, como un ladrón, privado" (18)

Antes, nos había enunciado las vinculaciones entre el poeta -su 'talento poético'- y el país en el que nace:

"Recibe el talento poético sus dones de las riquezas naturales del país en que aparece, de las condiciones físicas que a éste distinguen y del depósito espiritual que los seres humanos que lo han animado con sus amores y padecimientos han ido acumulando en él." (19)

Su verbo es claro y la más de las veces nos parece estar frente a una formulación coetánea.

Un texto singular para este capítulo de nuestro estudio, es el que dedica al análisis de los "Poetas españoles contemporáneos."

De allí extraemos esta definitiva clave:

"La tierra de don Pedro y Felipe cantará verdaderamente poesía el día en que una nueva sociedad se asiente....."(20)

España vivía con una impronta feudal muy marcada. Sus poetas, entonces, buscaban los incentivos que en su medio no creían encontrar, en otras sociedades (Francia, Alemania):



"Pero la poesía es a la vez obra del bardo y del pueblo que la inspira; y como el colaborador falta en España, el poeta tiene que buscar en otra parte dolores que cantar. Apaga la sed febril que le devora en literaturas extranjeras, alimentadas en una atmósfera superior a la que respira el pueblo español, aunque no inaccesible a la atmósfera de las clases educadas. He aquí por qué la literatura de España hoy en día no es española." (21)

La raíz social de esta explicación es concluyente. Pero aquí no queda todo. Martí va más allá y adelanta -¿en qué el Apóstol no es un adelantado?- una formulación que será reivindicada por el surrealismo: "La poesía debe ser hecha por todos."

Escribe Martí en el mismo artículo algo que podría ser inscrito en el gonfalon de cualquier movimiento contemporáneo de poetas, incluso, por cierto, el de algún país socialista: ¿No tiene lo que vamos a leer un sabor marxista avant la lettre?

"La poesía es durable cuando es obra de todos Tan autores son de ella los que la comprenden como los que hacen. Para sacudir todos los corazones con las vibraciones del propio corazón, es preciso tener los gérmenes e inspiración de la humanidad. Para andar entre las multitudes, de cuyos sufrimientos y alegrías quiere hacerse intérprete, el poeta ha de oír todos los suspiros, presenciar todas las agonías, sentir todos los goces, o inspirarse en las pasiones comunes a todos. Principalmente, es preciso vivir entre los que sufren." (22)

Acá, incluso, es posible rastrear la formulación que -con sus limitaciones propias- algunos años después hará sobre la poesía el gran lírico Rainer María Rilke.

Como en Mariátegui, pues, el punto cardinal, el punto de partida del poeta es su pueblo, su medio social; el reclamo dialéctico fundamental de nuestro autor es el de la unidad estrecha entre el escritor como individuo y el pueblo que lo sustenta. Una unión que -como postulado- es uno de los signos más característicos del siglo XX y que, en definitiva, sólo podrá darse en la sociedad socialista, pero que fue la unión intrínseca de la que se deriva la grandeza de las obras de César Vallejo, Pablo Neruda y/o Nicolás Guillén:

"Por grande que sea el poeta, antes de que pueda encontrar los sonidos vigorosos que alientan los corazones, anuncian los grandes sucesos y los immortalizan, fuerza es que el pueblo goce, bendiga, maldiga, espere y condene. Sin estas condiciones, el poeta es planta tropical en clima frío. No puede florecer." (23)

Traduciendo esto a una formulación contemporánea, podemos decir que Martí, al hacer partir la literatura de las realidades que la sustentan -de la sociedad en la que florecen o vegetan- extrae su rechazo de la imitación de literaturas europeas por los escritores latinoamericanos, en razón de ser aquellas literaturas de países de otras estructuras sociales y económicas, en este caso del capitalismo. (24)

Martí, si bien es cierto que no fue un socialista strictusensu, sí se encuentra en su obra un marcado rechazo al capitalismo -las entrañas del monstruo- en cuyo seno había vivido los quince años de su destierro en los Estados Unidos.

Martí, humanista revolucionario por antonomasia, lo primero que descubre en los Estados Unidos es el aspecto inhumano de esa sociedad.

Martí odia esa sociedad donde los pobres no pueden comer, ni tener oportunidad de vivir decorosamente, ni pueden educar a sus hijos.

Fructífera por excelencia resulta, paradójicamente, para un hombre de la vida sensibilidad social de Martí, su permanencia en Estados Unidos, porque allí, en el centro mismo de lo que empezaba a ser un imperio monstruoso, descubre la lucha de clases, el subdesarrollo, la explotación más despiadada del hombre, su enajenación, la alienación propia del tipo de sociedad que estaba gestándose.

Entre 1881 y 1895, Martí es testigo de cómo Estados Unidos se convertía primero en un país capitalista y luego en monopolista (25)

Su reportaje "La guerra social en Chicago" (26), fechado en Nueva York, el 13 de noviembre de 1883, es altamente significativo y constituye una radiografía de la sociedad capitalista, que para nuestro autor es el paradigma de lo inhumano:

"Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos." (27)

No es banal la constatación martiana, porque en su tiempo, como señala H.O. Dill, hubo muchos líderes obreros que se negaban a aceptar la lucha de clases en Estados Unidos.



El mismísimo Engels -anota Dill - dice que todavía en febrero de 1881 la opinión pública era unánime en pensar la inexistencia de la clase obrera en Estados Unidos, y por ende negaban la posibilidad de una lucha de clases entre obreros y capitalistas; claro que el propio Engels añade que la huelga general de ese año, y los acontecimientos de Chicago, cambiaron este concepto de las cosas.

Otro punto previsor de nuestro autor:

Decíamos, pues, que al humanista Martí le resultaba repulsiva una sociedad como aquella que engendrabamos hombres de la talla de Chauney Depew,

"¿Quién es Chauney Depew?, pregunta al describir la "Fiesta de la Estatua de la Libertad":

"Ferrocarriles con sus ocupaciones, millones, sus cifras; emperadores su público; los Vanderbilt, sus mecenas y amigos. El hombre le importa poco; le importa más el ferrocarril" (28)

Sociedad donde el "Homo homini lupus" de Hoobes logra su máximo apogeo, tenía que ser rechazada de plano por la sensibilidad política martiana:

"Los hombres no aprenden aquí a amarse, ni aman el suelo donde nacen por casualidad, y donde bregan sin respiro en la lucha animal y atribulada por la existencia." (29)

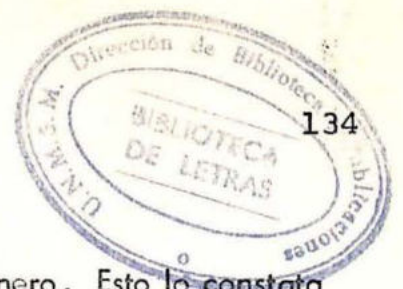
De todo lo anterior, y planteada como premisa la profunda relación que Martí ha aprehendido entre la literatura y la sociedad de la cual nace, se desprenderá fácilmente, el rechazo que radicalmente le produce a nuestro autor la obra nacida en estas circunstancias.

Comprendido en este rechazo se encuentran las formas literarias que producía la vieja Europa -el Naturalismo, el Parnaso francés y su "arté por el arte": la búsqueda de formas sin contenido:

"La poesía nula, y de desgano falso e innecesario, con que los artífices del verso parisiense entretuvieron estos últimos años el vacío ideal de su época transitoria" (30)

Artistas de procedencia burguesa o pequeña burguesa, esos europeos no podían ya expresar la grandeza de un arte humano, porque su sociedad se caracterizaba por la inhumanidad; luego, devenía lógica su actividad de meros orfebres que se dedican a tallar vacías piedras preciosas.

Su sociedad "burguesa" es hostil al arte, como consecuencia de la



ley que coloca en su lugar más alto a las cosas y el dinero. Esto lo constata Martí, especialmente cuando acude a escuchar las conferencias del esteta inglés Oscar Wilde, y está de acuerdo con sus planteos acerca de los efectos negativos del espíritu comercial, es decir capitalista, con respecto a la cultura; pero va más allá que el autor de El retrato de Dorian Gray cuando señala que "la inhumanidad del capitalismo no consiste, como lo hace creer el esteta inglés, en su hostilidad hacia el arte, sino en su aspiración a obtener ganancias". (31)

No se crea, sin embargo, que Martí desconoce la difícil situación de los artistas auténticos que nacen en el seno de sociedades como las que él rechaza.

"Comprende pero no justifica que los poetas se evadan de este mundo antinoético, de esa sociedad hostil y deplora su destino," (32)

Musset, Baudelaire, Barbier, Wilde -esos "reyes sin reino, dioses des tronados" (33)- son comprendidos por Martí, pero no justificados; en todo caso, los invalida como paradigmas para la literatura de nuestra América.

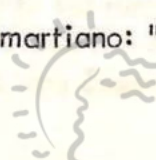
Podemos y debemos conocer a aquéllos. El perfume deletéreo de sus "flores del mal" puede conmovernos, pero, en todo caso, serían ejemplos de lo que no debe hacer un autor de estas tierras, que tiene otros condicionamientos, otros problemas inmediatos.

Para nuestra situación social, dijo que:

"La poesía ha de tener raíz en la tierra, y base de hecho real", y muy distinta era la tierra nuestra y nuestros hechos reales, con respecto a los de Baudelaire o Musset.

Aquí teníamos campesinos infelices y una incipiente clase obrera, y con ellos -a su lado- debía marchar la literatura; aquí teníamos luchas honradas para descolonizarnos y al lado de nuestras luchas tenían que marchar nuestros bardos.

Mariátegui, más esclarecido aun en este problema, al ocuparse de América Latina -y su arte y su literatura- se refiere a nuestra "inorgánica" realidad, producto de la sobrevivencia de la colonia dentro de la república, y dice algo que nos recuerda al martiano: "No hay letras que son expresión..."



Escribe José Carlos:

"El arte y la literatura no florecen en sociedades larvadas o inorgánicas, oprimidas por los más elementales y angustiosos problemas de crecimiento y estabilización. No son categorías cerradas, autónomas, independientes de la evolución social y política de un pueblo"

Por eso, ya precisamente en nuestro siglo de revoluciones, se explica la atención de Mariátegui, hacia la Revolución Mexicana, a la cual él considera "La clave del porvenir de la América" (35)

Esta es la llave que abrirá la puerta del porvenir inconcluso de nuestras "dolorosas repúblicas".

La literatura y el arte nuevos tendrán que nacer de esta nueva realidad, de este vitalísimo humus social que es engendrado por la Revolución:

"El pueblo que primero ha hecho una revolución es el primero que está haciendo un arte, una literatura, una escuela. Pueden sonreír los que suponen que la literatura es una categoría independiente de la política, del espacio y del tiempo. El poder de creación es uno solo. Una época revolucionaria es creadora por excelencia. Es una época de alta tensión en la cual todas las energías y todas las potencias de un pueblo -políticas, económicas, artísticas, religiosas- logran su máximo grado de exaltación." (36)

Semejante será el razonamiento de JCM respecto al libro de Trotsky Literatura y Revolución. En él señala uno de los puntos cardinales para la relación entre una literatura y su raíz social:

"Trotsky ha estudiado certeramente en su libro Literatura y Revolución este período de empobrecimiento espiritual de los emigrados. Nada prueba mejor, que este fenómeno, la tesis de que ninguna literatura puede vivir y crecer sin raíces en una sociedad y en una sociedad y en un pueblo vivientes. La vieja Rusia ha muerto. La literatura que se alimenta de su savia y de su realidad no puede subsistir. Sus raíces se han secado. La única literatura rusa posible es la que, con trastándola o sirviéndola, se nutre de la nueva vida rusa" (37)

Con respecto a los estadistas de la nueva Rusia, dice que:

"No creen que la sociedad o la cultura proletarias puedan producir ya un arte propios. El arte, piensan, es un síntoma de plenitud de un orden social."

En su artículo sobre Post-impressionismo y cubismo afirma:

"No envejecen únicamente las formas políticas de una sociedad y una cultura; envejecen también sus formas artísticas. La decadencia y el desgate de una época son integrales, unánimes. (39)

Nuevamente sobre el tema -tan caro a él- de México, dice:

"A propósito de la novela de Mariano Azuela escribí que no por azar se producía en México el más vigoroso movimiento artístico de América y que la Revolución Mexicana -fenómeno político y económico- explica y decide este fenómeno estético y espiritual. " (40)

Al criticar a Guillermo de Torre fundamenta su análisis en la posición de este: prescinde de la raíz social para juzgar a los fenómenos literarios, a las corrientes de vanguardia:

"Pero la principal insuficiencia del libro de Torre no es, por cierto, ninguna de las anotadas. Me parece encontrarla en el esfuerzo por considerar y examinar los fenómenos literarios en sí mismos, prescindiendo absolutamente de sus relaciones con los demás fenómenos históricos. Acaso se puede juzgar así una individualidad. Pero, de ningún modo, una época. "(41)

Al volver a su bienamado tónico de la Revolución Rusa utiliza juicios que mutatis mutandi- nosotros, como en el caso de Martí y la relación de América con Europa, podríamos aplicar a nuestro continente.

"La filosofía y el arte de una sociedad joven tendrán, por consiguiente, un acento distinto de la filosofía y del arte de una sociedad senil. " (42)

Mariátegui pone la base, ya concretamente, como marxista, en los factores económicos, y en su importancia decisiva para la formación de los pueblos que, a su vez, darán origen a sus literaturas. Por eso, en el caso del Perú:

"Nada resulta más evidente que la imposibilidad de entender, sin el auxilio de la Economía, los fenómenos que dominan el proceso de formación de la nación peruana. La economía no explica, probablemente, la totalidad de un fenómeno y de sus consecuencias. Pero explica sus raíces. Esto es claro, por lo menos, en la época que vivimos. Época que si por alguna lógica aparece regida es, sin duda, por la lógica de la economía. " ( 43 )

Así también, al elogiar a Gobetti dice que:

"Esta sagaz y constante preocupación de lo económico me parece uno de los signos más significativos de la modernidad y del realismo de Gobetti. " (44)

Colocando, pues, en primer plano el problema económico, Mariátegui articula su interpretación de los fenómenos literarios de acuerdo a su pers-

pectiva marxista, y frente a ella la política surge con toda su importancia e, independientemente, en apariencia, de la voluntad de un autor:

"La trayectoria política de un literato no es también su trayectoria artística. Pero sí es, casi siempre, su trayectoria espiritual. La literatura, de otro lado, está como sabemos íntimamente permeada de política, aun en los casos en que parece más lejana y más extraña a su influencia. (45)

Vistas así las cosas "como lo denunció González Prada, toda actitud literaria, consciente o inconscientemente refleja un sentimiento y un interés políticos. La literatura no es independiente de las demás categorías del espíritu..." (46)

Respecto al mismo autor de Horas de Lucha: "percibió bien su inteligencia el nexo oculto pero no ignoto que hay entre conservatismo ideológico y academismo literario" (47)

De este modo, para Mariátegui, la literatura tiene hondas raíces en la sociedad -en sus formas políticas- en la que se desarrolla, obedece a sus contradicciones y problemas; y como su principal preocupación se encontraba en la necesidad de fundar "un Perú nuevo dentro de un mundo nuevo", comprendió que los fenómenos literarios podían cumplir un papel positivo de orientación de los hombres que estaban llamados a construir esta nueva sociedad, o sea de la clase obrera y sus aliados, los intelectuales.

La actividad del Amauta como crítico literario, como orientador de las nuevas generaciones de escritores, y como cabeza el mismo de su generación (48), se unimisma con su actividad ideológica, política. No hay nada que escape a esta pugnaz unidad en el espíritu del pensador, del hombre de acción.

Sus propios trabajos literarios, su actividad como crítico- que abarca alrededor del 40% de su producción publicada hasta ahora, según A. Dessau (49)- sirvieron para forjar la unidad de las heterogéneas fuerzas sociales peruanas con vistas a la revolución socialista.

Atraer a los intelectuales -sobre los cuales ya veremos cuánto escribió Mariátegui-, incorporarlos a la lucha común contra el pasado -contra las 'filosofías del retorno'- y encaminarlos hacia la construcción de la nueva sociedad: tal fue el papel cumplido por el Amauta en su relampagueante y heroica vida.

Martí, igualmente claro en el problema de las raíces sociales de la literatura y del arte, se puso, desde el comienzo, al lado de las masas y se apoyó en ellas para construir la nueva sociedad de la que saldría la nueva literatura.

Al rechazar la imitación de los modelos europeos o norteamericanos en el campo de las artes, "por ser productos del capitalismo", de una sociedad inhumana, se da, sin duda, el rechazo a esa misma sociedad capitalista que se pretendía implantar en nuestra América.

"Martí, anticapitalista, no quiere establecer el capitalismo en Cuba, ni ayudar -como es de suponer- a instalarlo plenamente en los demás países del subcontinente. El no quería introducir esta inhumanidad en su subcontinente, ni transformarle en jaula de cazadores. Su anticapitalismo lo lleva a luchar, en la medida de lo posible, contra el capitalismo." (50).

"Los engendros franceses, el bizantinismo moral, la imitación servil de un pueblo enfermo, no convienen a una patria naciente...." (51)

El correlato de esa sociedad con su literatura, hace a Martí rechazar también a ésta.

#### Papel de la literatura y deberes de los escritores (intelectuales).

Intentaremos, ahora, adentrarnos en un bosque sumamente frondoso: aquel donde veremos los deberes de la literatura y de los escritores (o intelectuales) para Martí y Mariátegui.

Mucho fue lo que ambos escribieron sobre esto, máxime si tenemos en cuenta que, para ellos, la literatura y el arte eran formas de servicio para con el pueblo y la sociedad, para con su revolución.

Fuerza será escoger entre lo mucho que hay para citar a fin de que no resulte muy fatigosa esta parte; y fuerza será, en ese escogimiento, rescatar lo esencial y paradigmático, para evitar la repetición.

Esta parte no podría ser entendida sin la lectura detenida de las anteriores, o sea sin la idea primaria ya troquelada; o sea aquella que se refiere al amor incoercible de nuestros autores hacia América, hacia sus países, hacia su realidad.

Es a partir de lo anterior, que se imbrica, coherentemente, la sección que ahora comenzamos a desovillar.

Poner los ojos en la propia realidad, en sus respectivos entornos, hundir los ojos en su historia, es tarea prima que demandan nuestros fundadores tanto a la literatura cuanto a sus hacedores.

Hundir los ojos, la sensibilidad, el espíritu en sus respectivas sociedades - en sus dolorosas realidades, en sus hombre expoliados- es tarea cardinal reclamada a los artistas por Martí y Mariátegui.

En el primer caso -el de Martí- para coadyuvar a la necesaria tarea de descolonización y de fundación de esa patria grande que él consideraba su propia madre ("Madre América).

Es justo, por eso, el juicio de H.C. Dill:

"Para Martí la tarea primordial de la naciente literatura americana consiste en apoyar con sus medios específicos, mediante efectos estéticos, la liberación y la independencia del subcontinente, representadas, concretamente y en primer lugar, por el movimiento de liberación nacional" (52)

Esto queda perfectamente justificado, sin margen de duda alguna, cuando recordamos la categórica afirmación de Martí en su artículo sobre las "Poesías de Francisco Sellén":

"...el único modo de ser poeta de la patria oprimida es ser soldado." (53)

O cuando, al comentar la "Exhibición de pinturas del ruso Veresheguin, apostrofa:

"La justicia primero y el arte después! Hembra es el que en tiempos sin decoro se entretiene en las fuerzas de la imaginación, y en las elegancias de la mente!

Cuando no se disfruta de la libertad, la única excusa del arte, y su único derecho para existir es ponerse al servicio de ella. Todo al fuego, hasta el arte, para alimentar la hoguera!" (54)

Pero si bien es cierto que la aspiración mayor que señala Martí para el creador es "cumplir en silencio con el deber, fuera del cual no hay poesía cierta" (55), y que una crítica suya a Pushkin ("La mano debe seguir la inspiración del intelecto. No basta escribir una estrofa patriótica: hay que vivirla") (56) puede ser usada con absoluta vigencia hoy en día, nada hay más alejado de su ánimo justo que alguna forma de desprecio o minusvalía hacia el arte, la creación o la poesía.



Recordemos que también el Apóstol escribió estas categóricas

líneas:

"Quién es el ignorante que sostiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gente de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que abulta o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida....." (57)

Y que su varias veces citada explicación sobre el "escritor inmortal de América" incide en que él será

"Aquel que refleje en sí las condiciones múltiples y confusas de esta época, condensadas, desprosadas, ameduladas...." pero también, y he aquí la clave" informadas por sumo genio artístico"

Esto es lo que maestro Marinello llama la concentración de una norma augusta y difícil; la de lograr la simbiosis entre el deber civil y la calidad artística." (58)

La suma y síntesis que logra el gran martiano -y también mariguista, lo cual confirma la continuidad de ambos pensamientos- nos impele a tomar toda la cita completa.

Ella troquea, inmejorablemente, la imagen del escritor para Martí.

Escribe Juan Marinello:

"El escritor de nuestras tierras debe reflejarlas; pero sujeto a dos mandatos concretos: intención esclarecedora y expresión singular: reflejo de lo circundante y' sumo genio artístico. ! Nuestro escritor debe dar la realidad 'múltiple y confusa', pero 'condensada, amedulada, desprosada'. Los términos son de encantadora elocuencia. Condensación, cultivo de lo medular, superación de lo prosaico. Para cumplir las funciones señaladas por Martí ha de poseer nuestro escritor firmes virtudes de penetración y de síntesis, pero también de afinamiento y maestría. Bajo estos mandatos comprometedores se alcanza la voluntad que tiene la escritura martiense: lealtad a los hombres y arte sumo. " (59)

Martí es siempre claro en sus reclamos a nuestros artistas y a nuestro arte.



Todo un código, una suerte de Deontología para poetas y artistas de América Latina podrían extraerse de las citas -numerosas- del Apóstol sobre este tema.

En su conocido artículo sobre "El carácter de la revista venezolana" es posible encontrar planteamientos capitales sobre este tónico

Después de hacer una suerte de panorámica de la América que todavía tenemos que descubrir y fundar; después de criticar "la admiración servil a extraños rimadores, la aplicación cómoda y perniciosa de indagaciones de otro mundo, el canto lánguido de los comunes dolorcillos, el cuento hueco en que se fingen pasiones turbadoras y malsanas, la contemplación peligrosa y exclusiva de las nimias torturas personales, la obra brillante y pasajera de la imaginación estéril y engañosa" Martí va a trazar el camino de los deberes del escritor y la obra literaria en nuestras tierras:

"Es fuerza meditar para crecer: y conocer la tierra en que hemos de sembrar . Es fuerza convidar a las letras a que vengan a andar la vía patriótica, de brazo de la historia, con lo que las dos son mejor vistas, por lo bien que hermanan, y del brazo del estudio, que es padre patriótico y esposo sincero y amante dadivoso . Es fuerza, en suma, ante la obra gigantesca, ahogar el personal hervor, y hacer la obra". (60)

En primer lugar, conocer la tierra nuestra sobre la que vamos a escribir -"sembrar"- y luego ir hacia sus raíces históricas, para levantar un edificio literario con cimientos graníticos, incommovibles: tal la fórmula; pero también recuérdese qué grande es este pensamiento emanado de quien, poeta lírico al fin, conoció, como pocos, el camino del dolor íntimo. Nos referimos a aquello de "ante la obra gigantesca (fundar, liberando, América) ahogar el dolor personal, y hacer la obra". Recordemos, por eso, algunos poemas de Martí en que el tema del dolor personal aflora:

"Porque noto, alma torcida,  
Que en mi pecho milagroso  
mientras más honda la herida  
Es mi canto más hermoso ." (61)



"¿Qué importa que este dolor  
 seque el mar y nuble el cielo?  
 El verso, dulce consuelo,  
 Nace alado del dolor" ( 62 )

El deber del fundador está por encima de todo; el Apóstol quiere ser un transformador de la realidad y sabe que ésta debe, también, ser la misión del artista:

" De llorar, tiempo se tiene en la callada alcoba,  
 frente a sí mismo, en la solemne noche: durante el día, la universal faena, el bienestar de nuestros hijos y la elaboración de nuestra patria nos reclaman " (63)

Tengámoslo presente: la elaboración de nuestra patria nos reclama, como tarea prioritaria, durante el día.

Forzoso es, igualmente, que traigamos a colación el paradigmático poema XXXIV de Versos sencillos, estrofa segunda:

"Yo sé de un pesar profundo  
 Entre las penas sin nombres:  
 La esclavitud de los hombres  
 Es la gran pena del mundo." (64)

pero también del poema I:

"Culto en mi pecho bravo  
 la pena que me lo hiere:  
 El hijo de un pueblo esclavo  
 Vive por él, calla y muere." (65)

Quizá a quien más claro le fija los deberes del escritor es a José Joaquín Palma. La cita será larga, pero es lo suficientemente explícita para dejar esclarecido el punto; aquí está, de cuerpo entero, el Martí que dilucida lo que separa al artista latinoamericano del europeo:

"Tú naciste en Bayamo -le dice- y eres poeta bayamés.  
 No corre por tus versos el aire frío del Norte; no hay en ellos la amargura postiza del lied, el mal culpable de Byron, el dolor perfumado de Musset. Lloren los trovadores de las monarquías sobre las estatuas de sus reyes, rotas a los pies de los caballos de las revoluciones; lloren los trovadores republicanos sobre la cuna apuntalada de sus repúblicas de gérmenes podridos; lloren los bardos de los pueblos viejos sobre los cetros despedazados, los monumentos dormidos, la pérdida virtud, el desaliento aterrador: el delito de haber sabido ser esclavo, se paga siéndolo mucho tiempo todavía.



Dec. Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar; tenemos agraviada a la legión gloriosa de nuestros mártires que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos. " (66)

El tono es fraternalmente admonitorio. Lo que asombra es pensar que su autor sólo tenía 25 años, pues se trata de un texto fechado en Guatemala, en 1878.

Martí llama apóstatas a los autores que hoy día, para nosotros, serían simplemente colonizados. Los que escriben enajenados por las metrópolis o sea las podridas capitales del Occidente tambaleante.

En esto, también, como en tanto, se adelantó Martí; y además, igualmente, cteó un punto cardinal, un punto que hoy se ha revelado en toda su actualidad: el hecho de que esos "apóstatas", esos "renegados" de nuestras letras eran potencialmente apóstatas de las patrias que estaban por hacerse.

O sea que esos que traicionaban con sus posiciones de escritores alienados también devendrían en traidores de sus realidades, traidores en política (66A), ujieres que abrían, ceremoniosos, las puertas al enemigo secular de nuestros pueblos:

"..... ser propio y querer ser ajeno; desdeñar el sol patrio, y calentarse al viejo sol de Europa; trocar las palmas por los fresnos, los lirios del Cautillo por la amapola pálida del Darro, vale tanto, loh, amigo mío! tanto como apostatar. Apostasías en Literatura que preparan muy flojamente los ánimos para las venideras y originales luchas de la patria. Así comprometeremos sus destinos, torciéndola a ser copia de historia y pueblos extraños. " ( 66B )

Aunque cada uno de los conceptos martianos enunciados son de vital actualidad, es probable que por su naturaleza intrínseca los que el Apóstol plantea en la "Última página" del número 1º de su revista La Edad de Oro, sean de carácter un tanto más decisivo para nosotros, puesto que ellos son dedicados a los niños, o sea que su raíz pedagógica es aun más cardinal.

Martí delinea, en este fragmento, su visión de lo que debe ser el poeta "de estos tiempos" -"de ahora"- y perfila, con matices preclaros, la misión de la poesía y la función esencial de los versos. Recuérdese que estas palabras están dirigidas a los niños, que "son la esperanza del mundo" :

"... poetas como Homero ya no podían ser, porque estos tiempos no son como los de antes, y los aedas de ahora no han de cantar guerras bárbaras de pueblo con pueblo para ver cuál puede más, ni peleas de hombre con hombre para ver quién es más fuerte: lo que ha de hacer el poeta de ahora es aconsejar a los hombres que se quieran bien, y pintar todo lo hermoso del mundo de manera que se vea en los versos como si estuviera pintado con colores, y castigar con la poesía, como con un látigo, a los que quieran quitar a los hombres su libertad, o roben con leyes pícaras el dinero de los pueblos, o quieran que los hombres de su país les obedezcan como ovejas y les laman la mano como perros. Los versos no se han de hacer para decir que se está contento o se está triste, sino para ser útil al mundo, enseñándole que la naturaleza es hermosa, que la vida es un deber, que la muerte no es fea, que nadie debe estar triste ni acobardarse mientras haya libros en las librerías, y luz en el cielo, y amigos, y madres." (67)

No sólo pues se halla aquí una función pedagógica del poeta, sino lo esencial de su carácter combativo: "castigar con la poesía" y su propósito utilitario para el mundo, para el hombre, hecho también que nos entrega un rasgo señero del porqué Martí se encuentra muy distante de los propósitos meramente esteticistas de los modernistas, por ejemplo. Otro fragmento muy similar al anterior, y que refuerza la bella y útil idea que estamos desarrollando, es el que se encuentra en su artículo sobre Julián del Casal:

"En el mundo, si se le lleva con dignidad, hay aún poesía para mucho; todo es el valor moral con que se encare y dome la injusticia aparente de la vida; mientras haya un bien que hacer, un derecho que defender, un libro sano y fuerte que leer, un rincón de monte, una mujer buena, un verdadero amigo, tendrá vigor el corazón sensible para amar y loar lo bello y ordenado de la vida, odiosa a veces por la brutal maldad con que suelen afearla la venganza y la codicia." (68)

Li is Toledo Sante, joven estudioso cubano, en un opúsculo titulado Crear es pelear, crear es vencer (69), cita varios ejemplos de esta propensión de Martí a dilucidar lo que hoy en día llamaríamos el "papel de los intelectuales".

Al referirse a Nicolás Azcárate -cita Toledo- Martí escribe estas frases contundentes:



"Debe el hombre reducirse a lo que su pueblo, o el mayor pueblo de la humanidad, requiera de él . . . ." (70)

"Son nulas y deshonrosas a veces, las capacidades del hombre cuando no las usa en servicio del pueblo que se las caldea y alimenta." (71)

Este sentido son también aleccionadoras las palabras de Martí cuando juzga las obras de "Los poetas de la guerra" :

"No hay gozo privado -escribió- que emancipe al hombre, criatura y compuesto de su pueblo, de su deber público . . . ." (72)

Por eso su juicio cobra estos caracteres:

"Su literatura no estaba en lo que escribían, sino en lo que hacían. Rimaban mal a veces, pero sólo pedantes y bribones se lo echarán en cara: porque morían bien. Las rimas eran allí hombres: dos que caían juntos eran sublimes dístico: el acento, cauto o arrebatado, estaba en los cascos de caballería." (73)

De su discurso sobre Heredia, pronunciado en Hardman Hall, Nueva York, el 30 de noviembre de 1889, espigamos la siguiente, paradigmática, conclusión:

" El que vive de la infamia, o la codea en paz, es un infame. Abstenerse de ella no basta: se ha de pelear contra ella. Ver en calma un crimen, es cometerlo." (74)

"No hay, pues, disculpa posible, el poeta, el artista de nuestras patrias, de nuestras "repúblicas dolorosas", tiene su camino trazado porque "estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada . . . ." (75)

Y tampoco vale aquello de hacerse el poeta trashumante, pues: "los errantes trovadores no son de este siglo ocupado, donde todo el mundo tiene mucho que hacer." (76), ni tampoco tomar como pretexto la sensibilidad bucólica, como cuando critica a José Zorrilla y dice Martí: "su numen es la naturaleza; pero el pueblo no tiene de ordinario tiempo para mirar la naturaleza ." (77)

Enfrentado a su época, respondiendo a sus retos, caminando del



brazo del pueblo es como el poeta asciende a la más alta categoría del ser humano, que es la del revolucionario .

Y, de lo anterior, se desprende que la obra de este artista será un poderoso, activo agente del cambio social . La poesía, la literatura, no se reducirán, pues, a interpretar ni a solamente reflejar la realidad, sino que aspirarán a cambiarla revolucionariamente .

Casi un cuarto de siglo después -Martí muere en el 95 y lo más enjundioso de la obra de crítica literaria de Mariátegui la escribe el Amauta a partir de 1923- mucha agua había corrido bajo los puentes de la problemática del artista y la época (78)

En primer lugar, ya había estallado la Gran Revolución Socialista de Octubre, y ella marcó la separación precisa de las aguas: fue fácil -por la adhesión o rechazo a ella, por la adhesión o rechazo al socialismo - esclarecer la posición de los artistas e intelectuales .

Ya, ahora, no se trataba de utopías: el topos Uranos - no había que buscarlo en las cómodas ergatizaciones de los filósofos, ni la lucha era por un paraíso terrenal que se encontraba, las más de las veces, fuera de la tierra .

Ahora el tímido, medroso, reticente, magister ludi de las especulaciones, tenía, frente a él, un mundo que estaba amaneciendo .

Era libre de apuntalar esa alba o de votar indefectiblemente por la sórdida sociedad cuyos carcomidos -pero brillantes- cimientos conocía ya demasiado .

La decisión sería irreversible .

Ahora ya no bastaba con rebelarse contra el mundo burgués -que no comprendía, aceptaba ni necesitaba el artista- buscando salidas epatantes, pero ineficaces o, en definitiva, útiles para apuntalar al sistema y reforzar su "imagen" de liberal, tolerante, permisivo . (79)

La condición de "malditos" de los artistas de las últimas décadas del siglo pasado, estaba bien para aquel tiempo, en el que no había otra salida (si salida podía llamarsele a ese hundimiento irrecuperable en el mundo del alcohol), las drogas o la degeneración de cualesquiera de las modas ad usum).

Ahora el hombre - en la Rusia soviética- había empezado a recuperar su condición humana.

La remoción, el derrumbe de los seculares sistemas opresivos, había comenzado a liberar, también, fuerzas creativas que se habían encontrado aherrojadas por la explotación, por la miseria, por la satrapía.

El hombre de la segunda década de este siglo -el intelectual, el artista- tenía una piedra miliar donde podía asentar su esperanza.

El Alma matinal ( 80 ) apuntaba por el orto del socialismo: el artista podía asumirla y cambiar su raída desesperanza, su cansino nihilismo, su impostada melancolía.

En nuestra América los ecos de la Revolución de Octubre, a pesar de los esfuerzos de las burguesías nacionales y sus perros de presa, habían llegado con perfecta nitidez.

Mariátegui comprende que, en sociedades como la nuestra, signadas por el subdesarrollo y la explotación imperialista, debía incentivarse el problema de la vinculación entre los pocos que pensaban -que podían haber logrado un desarrollo intelectual- y las masas que estaban sumidas no sólo en la explotación más inícuca, sino en la total ignorancia.

Pero estos intelectuales -los coetáneos del Amauta- con una absoluta falta de experiencia política y contacto con las masas (81) podían resultar elementos negativos, rémoras para el cambio social que él consideraba perentorio.

Había pues, que atraerlos. Había que -en el más noble sentido de la palabra- adoctrinarlos. Y emplear la literatura, el artículo periodístico esclarecedor, eran un buen camino.

Mariátegui lo emprendió:

El camino hacia la revolución socialista -meta de la vida del autor de 7 ensayos- pasa en su primera fase por la literatura ( 82 )

Vinculando lo socio-político con lo artístico, en unidad superior e indisoluble, Mariátegui sigue el camino de sus contemporáneos más esclarecidos (pensemos sólo en Rubén Martínez Villena, o Juan Marinello para no citar

sino dos), en este campo particular, y no en el del análisis ideopolítico en el que figurarían luchadores de la talla de Mella o Recabarren).

De aquí se desprende el énfasis que pone Mariátegui en señalar, con claridad meridiana y con crítica acerbas, que son las más lúcidas -junto con las de Martí que conocemos-, los deberes de los intelectuales y creadores frente a ese nuevo mundo que él estaba viendo amanecer, y que comprendía era el único camino para superar nuestra ominosa condición de países explotados.

Téngase en cuenta que nuestro autor adviene al mundo cultural y político peruano cuando los vagidos del modernismo todavía se escuchaban; y ese modernismo había preconizado el "arte por el arte", el apoliticismo y otras especies que habían sido recibidas jubilosamente por la clase dominante, pues garantizaban su permanencia en el poder y, de paso, neutralizaban a un elemento -el intelectual- que siempre era de temer, sobre todo por su prestigio en una sociedad con rezagos feudales y aristocratizantes.

El intelectual peruano de esa época necesitaba una orientación ideológica, máxime si tenemos en cuenta que también estaba presente el advenimiento de una apócrifa salida "revolucionaria", con el camino demo-burgués, que, como cantos de sirena, había empezado a entonar el APRA.

"...era vital para el movimiento revolucionario hacerles comprender (a los intelectuales) la problemática total del proceso revolucionario en el Perú. En consecuencia de eso (sic), los trabajos de Mariátegui, incluso los que versan sobre literatura, sirven así para forjar la unidad de fuerzas revolucionarias de extracción social heterogénea, así como para atraer a los intelectuales al movimiento socialista." (83)

Leamos cómo esclarece esto el Amauta (el maestro) :  
"Tras de una aparente repugnancia estética de la política se disimula y se esconde, a veces, un vulgar sentimiento conservador. Al escritor y al artista no les gusta confesarse abierta y explícitamente reaccionarios. Existe siempre cierto pudor intelectual para solidarizarse con lo viejo y lo caduco. Pero, realmente, los intelectuales no son menos dóciles ni accesibles a los prejuicios y a los intereses conservadores que los hombres comunes."(84)

Pero hay más, y todavía en tono más acerbo e irónico, para cerrar el estereotipo ad-usum:



"El reaccionarismo de un intelectual, en una palabra, nace de los mismos móviles y raíces que el reaccionarismo de un tendero. El lenguaje es diferente, pero el mecanismo de la actitud es idéntico." (85)

Mariátegui aprovecha un comentario que hace sobre el in Unamuno a la liza política, para volver sobre el tema:

"La inteligencia y el Sentimiento no pueden serlo sobre todo en una época principalmente política. La gran emoción contemporánea es la emoción revolucionaria. ¿Cómo puede entonces, un artista, un pensador, ser insensible a ella? ¡Pobres almas ramponas, impotentes, femeninas, aquellas que se duelen de que don Miguel de Unamuno haya abandonado la solemne austeridad de su cátedra de Salamanca para intervenir, batalladora y gallardamente, en la política de su pueblo! Nunca la personalidad de Unamuno ha sido tan admirable, tan mundial, tan contemporánea y tan fecunda" (86)

Igual carácter encuentra en la actitud del gran jurista español don Luis Jiménez de Asúa:

"Pero Jiménez de Asúa, como don Miguel de Unamuno, tan presente y esencial en todo pensamiento que nos conduzca a España, como Gregorio Marañón, pertenece a un tipo de intelectuales que no entienden los deberes de la inteligencia restringidos a un plano profesional sino extendidos a la defensa de todos los valores de la civilización que no se reducen ciertamente a la ciencia, la cátedra, el arte" (87)

Y con esto, lo repetimos, Mariátegui dictaba cátedra de civismo a su coetáneos, y ya no sólo propiamente a los creadores y artistas, sino, con un sentido muy actual del término -que hoy se entiende con la significación más amplia de trabajador de la cultura- a los profesionales -abogados, médicos...- que conformaban una corriente de opinión (también esto es terminología moderna) muy importante en el medio nacional y latinoamericano.

Porque aquí debemos detenernos para señalar que el valor didáctico de todos estos esclarecimientos de JCM no se quedaban en los estrechos límites fronterizos del Perú, si tenemos en cuenta que su obra tenía -aun en vida- vasta resonancia internacional, y que sus artículos se publicaban en varias de las revistas más importantes del Continente. (v.gr. "Repertorio Americano," de Costa Rica, y "Social" o la "Revista de Avance," de Cuba, para no citar



sino algunas.)

De modo que, en definitiva, las caracterizaciones de los deberes de la inteligencia eran dirigidas, por nuestro gran ensayista, a un auditorio latinoamericano que él mismo caracterizara al dedicar su primer libro La escena contemporánea:

"Lo dedico . . . a los hombres nuevos, a los hombres jóvenes de la América indo-íbera." ; y también, un año después, lo dice en su presentación de "Amauta":

"Esta revista vinculará a los hombres nuevos del Perú, primero con los de los otros pueblos de América, en seguida con los de los otros pueblos del mundo". (88)

Por otro lado, en conversaciones que hemos tenido en la Habana con escritores e intelectuales revolucionarios, entre los que se cuentan Juan Marinello y Raúl Roa, hemos recibido el testimonio de la forma rápida cómo llegaban las obras de Mariátegui a Cuba.

Roa, incluso, nos aclaró que, en el mismo 1925, año de la aparición de La escena contemporánea, el libro llegó a Emilio Roig y allí, en su biblioteca, pudo él leerlo (89)

En el archivo de E. Roig, igualmente, hemos hallado varias cartas de Mariátegui donde puede rastrearse esa inmensa preocupación del Amauta por su auditorio latinoamericano, por sus compañeros de allende las fronteras de la patria que, igualmente, necesitaban ser incorporadas a la gran gesta en marcha.

Ya hemos esclarecido cómo, para nuestro autor, la Revolución Latinoamericana (no la de un país aislado) era "nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial" (90)

Mariátegui, marxista convicto y confeso, pensaba -como Martí- en la ancha dimensión de la patria grande que ya hemos visto cómo tiene similitud de problemas.

Recordemos al Apóstol, verdadero hermano mayor del Amauta:

"Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecernos que hay más de uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo



es, América, aun cuando no quiera serlo; y los hermanos que pelean, juntos al cabo en una colosal nación espiritual, se amarán luego" (91)

Así, pues, para esta "colosal nación espiritual", para este "formidable y luciente país espiritual americano" (92) escribe Mariátegui, con el propósito de coadyuvar a su toma de conciencia frente al enemigo común:

"La nueva generación hispano-americana debe definir neta y exactamente el sentido de su oposición a los Estados Unidos. Debe declararse adversaria del Imperio de Dawes y de Morgan...." (93)

Este es el panorama frente al que JCM desenvuelve su Deontología del intelectual revolucionario. Ese panorama que tan magistral y lúcida-mente había ya descrito Martí:

"! los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes." (94)

Con el imperialismo desplegando sus sepulcros blanqueados tipo doctrina del panamericanismo ("La más lerda perspicacia descubre fácilmente en el pan-americanismo una túnica del imperialismo norteamericano": JCM (95), mientras ejecutaba sus métodos neocolonialistas contra Cuba, Panamá, Nicaragua y Haití, (96) Mariátegui levanta su índice admonitorio y convoca a los hombres nuevos de nuestro Continente, a sus intelectuales.

Y así, en un caso concreto, en el del artificial "conflicto" suscitando entre Bolivia y Paraguay, formula un vigoroso llamado a los intelectuales para que reaccionen conscientemente ante esta amenaza que no afecta sólo a estos países, sino que pone en peligro a la América entera frente a la amenaza imperialista que está siempre a la espera de la balcanización para medrar:

"El deber de la inteligencia, sobre todo es, en Latinoamérica, más que en ningún otro sector del mundo, el de mantenerse alerta contra toda aventura bélica. Una guerra entre dos países latino-americanos sería una traición al destino y a la misión del Continente. Sólo los intelectuales que se entretienen en plagiar los nacionalismos europeos, pueden mostrarse indiferentes a este deber. Y no es por pacifismo sentimental, ni por abstracto humanismo que nos to



ca vigilar contra todo peligro bélico. Es por el interés elemental de vivir prevenidos contra la amenaza de la balcanización de nuestra América, en provecho de los imperialismos que se disputan sordamente sus mercados y riquezas" (97)

Maestro que conocía su vasta área de influencia (98), Mariátegui escribía, enseñaba, convencía, esclarecía.

Su difícil público de gente de letras era uno de sus primeros objetivos: había que incorporarlos a la lucha revolucionaria, a la acción común; por eso estas palabras:

"Ningún gran artista ha sido extraño a las emociones de su época. Dante, Shakespeare, Goethe, Dostoiévsky, Tolstoy y todos los artistas de análoga jerarquía ignoraron la torre de marfil. No se conformaron jamás con recitar un lánguido soliloquio. Quisieron y supieron ser grandes protagonistas de la historia." (99)

La especie del "apoliticismo" había sido muy difundida y auspicada por la burguesía nacional, especialmente con respecto a los artistas e intelectuales. Había pues que insistir en este punto con palabras inequívocas (100):

"El grande artista no fue nunca apolítico. No fue apolítico el Dante. No lo fue Byron. No lo fue Víctor Hugo. No lo es B. Shaw. No lo es A. France. No lo es R. Rolland. No lo es G. D'Annunzio. No lo es M. Gorki. El artista que no siente las agitaciones, las inquietudes, las ansias de su pueblo y de su época, es un artista de sensibilidad mediocre, de comprensión anémica." (101)

La política, de este modo, se convierte en actividad central para un artista, para un creador. (En esto Mariátegui anticipa el planteamiento del Che Guevara, en el sentido de que el escalón más alto de la especie humana lo ocupa el revolucionario, o sea el participante activo en la lucha por el cambio de las estructuras sociales).

Para lo anterior, sin embargo, debía el Amauta dilucidar el sentido de lo que él entendía por política, en contraposición con las ideas equívocas al respecto que se encontraban en circulación.

Por ello tiene la necesidad de explicar que:



"La política les parece (a los intelectuales) una actividad de burócratas y de rúbulas. Olvidan que así es tal vez en los períodos quietos de la historia, pero no en los períodos revolucionarios, agitados, grávidos, en que se gesta un nuevo estado social, una nueva forma política. En estos períodos la política deja de ser un oficio de una rutinaria casta profesional. En estos períodos la política rebasa los niveles vulgares e invade y domina todos los ámbitos de la vida de la humanidad".? ( 102)

En este período -"grávido", "revolucionario"- se encontraba el Perú, se encontraba nuestra América; por ello reclamase la participación decidida de sus hombres de pensamiento, que, de este modo, se hallaban frente a un nuevo tipo de política, la política revolucionaria, y no la polítiquería electorera ad usum, en la que la burguesía nacional era mater et magistra:

"La política se ennoblece, se dignifica, se eleva cuando es revolucionaria. Y la verdad de nuestra época es la Revolución. La revolución que será para los pobres no sólo la conquista del pan, sino también la conquista de la belleza, del arte, del pensamiento y de todas las complacencias del espíritu." (103)

La sutileza de Mariátegui es tan alta que llega a calificar como "excepción patológica" la conducta del intelectual -"el hombre de pensamiento"- que pretenda ignorar la cuestión social:

"Abundan la insensibilidad y la sordera de los intelectuales a los problemas de su tiempo; pero esta insensibilidad y esta sordera no son normales. Tienen que ser calificadas como excepciones patológicas" (104)

Planteadas así las cosas no quedaba ya sino exigirle al escritor, al intelectual, una clara participación en el proceso revolucionario, que Mariátegui consideraba en marcha.

El valor catalizador de las palabras de Mariátegui, nosotros hemos podido comprobarlo en el caso ya citado de Cuba: fue el compañero Ministro Roa quien nos dijo cuánto le debía él a Mariátegui, y cómo en sus obras encontró la respuesta a muchas de sus interrogantes juveniles acerca de cuál era el camino por seguir. Similar testimonio recogimos de otro gran compañero cubano -igual que el anterior actualmente dirigente de la Primera



Revolución Socialista de América-; nos referimos a Carlos Rafael Rodríguez, quien nos manifestara, en entrevista cuya grabación poseemos (105), que el inicio de su formación literaria y política coincide con sus lecturas de Mariátegui.

Lo anterior lo consideramos excepcional, porque no siempre se puede, objetivamente, comprobar cuál es el resultado -el efecto- de las palabras, de las enseñanzas de un autor.

En el caso de Mariátegui -y volvemos a llamar la atención sobre esto- sus escritos cayeron en terreno ubérrimo: en la Cuba de la pseudorrepública fue leído por una generación que, al ritmo de sus enseñanzas, de su verbo esclarecedor se incorpora a esa "acción colectiva" que hoy ha dado sus frutos multiplicados en la Primera Revolución Socialista, por la que ofrendara su vida nuestro Amauta.

Hecho este introito, ahora podemos pasar a las siguientes consideraciones de Mariátegui que fueron leídas por los cubanos que se incorporarían, bajo su influjo, a la acción revolucionaria.

Y subrayamos lo anterior porque la cita que se leerá a continuación, pertenece al primer libro de JCM, La escena contemporánea, que según nos confiara Roa, llegó a la Habana en el mismo año de su publicación, y fue leído por él y muchos otros compañeros de su generación, merced a la generosidad de Emilito Roig, el dueño del volumen. (106)

Trate de entenderse estos planteamientos dentro de su contexto socio-político.

Es el año 1925. Dice Mariátegui:

"No es posible entregarse a medias a la Revolución. La revolución es una obra política. Es una realidad concreta. Lejos de las muchedumbres que la hacen, nadie puede servirla eficaz, válidamente. La labor revolucionaria no puede ser aislada, individual, dispersa. Los intelectuales de verdadera filiación revolucionaria, no tienen más remedio que aceptar un puesto en una acción colectiva." ( 107 )

Y continúa el maestro acicateando a su vasto, multánime auditorio:



"Abandonar a los humildes, a los pobres, en su batalla contra la iniquidad es una deserción cobarde." (108)

Luego, es necesario dar los ejemplos, los paradigmas. El de su admirado Henri Barbusse, será uno de ellos:

"Barbusse recuerda a los intelectuales el deber revolucionario de la Inteligencia. La función de la Inteligencia es creadora. No debe, por ende, conformarse con la subsistencia de una forma social que su crítica ha atacado y corroído tan enérgicamente. El ejército innumerable de los humildes, de los pobres, de los miserables, se ha puesto resueltamente en marcha hacia la Utopía que la Inteligencia, en sus horas generosas, fecundas y videntes, ha concebido." (109)

Pero no sólo en el caso del escritor -novelista- Barbusse funcionaba la deontología mariáteguiana: también era ésta aplicable para los científicos, como por ejemplo José Ingenieros (110)

"Era un intelectual consciente de la función revolucionaria del pensamiento. Era, sobre todo, un hombre sensible a la emoción de su época. Para Ingenieros la ciencia, en su convicción, tenía la misión y el deber de servir al progreso social." (111)

Sin embargo, la honestidad a toda prueba de Mariátegui, hacía que no trate de mistificar la situación de los intelectuales y, por eso, plantea, con claridad, que no se halla, esta profesión, exenta de "riesgos", es decir, cuando se asume con el sentido con el que Mariátegui la reclama.

Por ello sus palabras son, igualmente, necesarias y oportunas:

"El trabajo intelectual, cuando no es metafísico, sino dialéctico, vale decir histórico, tiene sus riesgos. ¿Para quién no es evidente, en el mundo contemporáneo, un nuevo género de accidente de trabajo?" (112)

Mariátegui escribe estas palabras después de la larga clausura de "Amauta" -junio a diciembre del 27- y de su reclusión en el Hospital Militar de San Bartolomé.

Más concisamente, la fórmula se resume:

"Para un revolucionario . . . una prisión es simplemente un accidente de trabajo." (113)



Pero también la pluma del maestro se encuentra lista para denunciar el oportunismo, la demagogia, la sobrevaloración que algunos representantes de la llamada "intelligentsia" esgrimían frente a las masas, a las que pretendían manipular. Para ellos van estas acerbas palabras:

"La inteligencia es esencialmente oportunista. El rol de los intelectuales en la historia resulta, en realidad, modesto. Ni el arte ni la literatura, a pesar de su megalomanía, dirigen la política; dependen de ella, como otras tantas actividades menos exquisitas y menos ilustres." (114)

Había, pues, también que desmitificar a estos pseudotaumaturgos, que en medio de nuestras repúblicas con millones de analfabetos pretendían convertirse en "clase dirigente" y no acababan sino en servidores del orden establecido:

"Las ciencias, las letras, están aún, en el mundo, demasiado domesticadas por el poder. Los honores, los títulos, las medallas, los convierten en humildes funcionarios del orden establecido." (115)

La línea doctrinal la tienen las organizaciones de masas y su partido de vanguardia, que esto quede claro. Ridículas -paródicas- resultan experiencias como la de D'Annunzio y su republiqueta intelectual:

"La línea doctrinal es función de partido. Los intelectuales, en cuanto intelectuales, no pueden asociarse para establecerla. Su misión, a este respecto, debe contentarse con la aportación de elementos de crítica, de investigación y debate." (115)

Las masas -las multitudes- son las que hacen la historia:

"Los profesionales de la Inteligencia no encontrarán el camino de la fe; lo encontrarán las multitudes. A los filósofos les tocará, más tarde, codificar el pensamiento que emerge de la gran gesta multitudinaria." (117)

Mariátegui quería educar a quienes, a su vez, tendrían una misión esclarecedora frente a sus coetáneos; por eso sus términos son siempre precisos. Es necesaria la ideología política para un artista, pero ella no depende de las reglas de la retórica ni de la poética:

"La ideología política de un artista no puede salir de las asambleas de estetas. Tiene que ser una ideología plena de vida, de emoción, de humanidad y de verdad. No una concepción artificial, literaria y falsa" (118)



De este modo, ya, queda pergeñada la conclusión de Mariátegui frente a los intelectuales y creadores:

"Y mi tesis es ésta; que el destino del intelectual—salvo todas las excepciones que confirman la regla—, es el de seguir el curso de los hechos, más bien que el de precederlos y anticiparlos". (119)

Porque hay muchos casos en los que el intelectual, permeable a la crisis del mundo contemporáneo reacciona de modo pusilánime, y entonces se produce aquello que Mariátegui define, igualmente, de modo magistral:

"El caos contemporáneo angustia y aterra a los intelectuales. Todos sienten la necesidad de un orden, de una fe. Los que no son capaces de adherirse a un orden nuevo buscan con frecuencia su refugio en Roma. La Iglesia Católica les ofrece así lo contra la duda. Estas adhesiones de intelectuales desencantados no robustecen históricamente al catolicismo; pero restauran los gastados prestigios de su literatura. Tenemos en el campo filosófico una escuela neotomista. La escolástica es desempolvada por escritores y artistas que hasta ayer representaron un nihilismo, un escepticismo, a veces blasfemos." (120)

Esta cetera de intelectuales no es, en modo alguno, una rara avis. Allí están, por ejemplo, todos aquellos que cedieron ante el miraje del fascismo, ante sus arrestos juveniles y conquistadores. La razón el Amauta la esclarece en esta líneas:

"La inteligencia gusta de dejarse poseer por la Fuerza. Sobre todo cuando la fuerza es, como en el caso del fascismo, joven, osada, marcial y aventurera." (121)

Pero también, están los otros, los "desesperados", los "nihilistas", fauna con un modo de conducta importado en nuestra América, pero que no por ello era escasa. Para ellos las siguientes palabras del maestro:

"El intelectual, nihilista en privado, suele ser en público miembro de una liga anti-alcohólica o de una sociedad protectora de los animales. Su nihilismo no tiene por objeto defenderlo y precaverlo sino de las grandes pasiones. Ante los pequeños ideales el falso nihilista se comporta como el más vulgar idealista". (122)



Porque en el fondo, de lo que se trataba era de desenmascarar a los que, detrás de la mueca del "nihilismo", escondían el más cotidiano rostro del reaccionario, del que negaba su concurso a la gran acción colectiva, a la revolución. Mariátegui mismo lo plantea:

"Entre los intelectuales, no es raro un nihilismo simulado que les sirve de pretexto filosófico para rehuir su cooperación a todo gran esfuerzo o para explicar su desdén por toda obra multitudinaria." (123)

El asunto, sin embargo, es muy complejo, y requiere por eso de esclarecimientos vastos. De allí la necesidad que tenemos de insistir. El problema del intelectual -ayer y ahora, pero más ahora que entonces, porque ésta es "la hora de los hornos"-ha sido siempre delicado, contradictorio, multívoco.

Quizá Mariátegui es, en América Latina, el que más hondo ha cavado en este análisis de la polivalente actitud de nuestros hombres de pensamiento, de nuestros creadores, de nuestros artistas. Veamos una faceta más de tan múltiple problemática:

"En épocas normales, en épocas quietas, los intelectuales reaccionando contra el mundo exterior, gustan de adquirir una postura atrabiliaria y demoledora. En épocas tempestuosas y revolucionarias los intelectuales, reaccionando también contra el mundo exterior, buscan una posición conservadora. Dentro de un ambiente convulsionado y apocalíptico, el intelectual tiende a tornarse amoroso y manso." (124)

Uno de los núcleos que más caracterización adquirió en la época en la que escribió JCM, fue la "intelligentsia" rusa, que no supo comprender la grandeza de la Revolución que su pueblo, y su partido de vanguardia -el bolchevique- bajo la genial conducción de Lenin, habían forjado. Era también necesario presentar, a la intelectualidad de América Latina -al vasto auditorio que esperaba su palabra esclarecedora- la desmitificación de este tipo de intelectuales, para que en la revolución de nuestras tierras no se volviera a incurrir en esas incomprendiones. Por eso, al analizar a Miguel de Arzibachev, nos presenta el espejo de aquella "intelligentsia" cuyo mal ejemplo debíamos rechazar :



"Arzibachev era un representante de la intelligentsia, como se llama en Rusia, más que a una élite o una generación, a un ciclo o una época de la literatura nacional. La intelligentsia era confusa y anárquicamente subversiva más bien que revolucionaria. Se nutría de ideales humanitarios, de utopías filantrópicas y de quimeras nihilistas. Cuando la Revolución vino, la intelligentsia no fue capaz de comprenderla. No era la revolución vagamente soñada en los salones de Madame Zenaida Zippiues entre la musitación exquisita de un poeta simbolista y las fantasías helinizantes de un humanista erudito." (125)

El espejo de Giovanni Papini le sirve, igualmente, para ofrecernos otra agudísima caracterización de un pecado capital de la intelectualidad: su amor al confort y a la estabilidad de la civilización, por detrás de su ululante iconoclastia.

El Papini, frenético panfletario, esconde a un ser antihistórico, reaccionario mundo y lirondo, postrado a los pies de la Iglesia católica y de su filosofía medioeval, del brazo con el Vaticano y su cohorte de prelados, en sor-do maridaje con el fascismo:

"El intelectual, el artista, están siempre en conflicto con la vida, con la historia. Son orgánicamente descontentos y regañones. Además, malgrado sus habituales burlas y contumelias contra la Civilización, su gracia, su potencia y su confort, en los labios del intelectual y del artista, antes escéptico, ululante y maligno, se extingue de improviso la blasfemia y se enciende nos ilógica la plegaria." (126)

La explicación, en este, como en otros casos, escalecista. Esto, igualmente, lo señala Luis Hernán Ramírez (127), quien destaca los casos del propio Papini, Prezzolini y Pirandello como característicos del análisis de un tipo de intelectual, al que opone las figuras de Piero Gobetti, Bernard Shaw y Waldo Frank.

Pero volvamos al análisis clasista que Mariátegui hace de Papini.

Dice:

"Papini, que en su juventud y en su plenitud ha sido incandescente y atrabiliario, se torna pascual, cristiano y místico. Y es que Papini, en el fondo, es un pequeño burgués provinciano, menesteroso de paz, de orden y de sosiego." (128)



La perspectiva de JCM era clara: había que incorporar a los intelectuales, junto con el campesinado y las clases obreras, a la acción revolucionaria. Pero ésta no es una obra del azar ni del acaso, sino que responde a una línea, a una ardua disciplina, a un programa, a un sistema. Ya hemos visto, en una cita anterior, cómo el Amauta plantea la necesidad de la incorporación de los "intelectuales de verdadera filiación revolucionaria" a la acción colectiva.

Y esa acción colectiva -lo supo Martí, lo supo Lenin- sólo podía ser hecha a través de un Partido; pero antes había que esclarecer otro problema respecto a lo que podríamos llamar la psicología del artista, del creador, del intelectual.

Dentro de este contexto, se explica la siguiente cita:

"Los intelectuales son, generalmente, reacios a la disciplina, al programa, y al sistema. Su psicología es individualista y su pensamiento es heterodoxo. En ellos, sobre todo, el sentimiento de la individualidad es excesivo y desbordante. La individualidad del intelectual se siente casi siempre superior a las reglas comunes. Es frecuente, en fin el desdén, de los intelectuales por la política". (129)

Por eso es certera esta precisión del Amauta sobre Gorki, por su valor paradigmático:

"Gorki no ha sido nunca bolchevique. A los intelectuales, a los artistas, les falta habitualmente la fe necesaria para enrolarse faciosa, disciplinada, sectariamente, en los rangos de un Partido. Tienden a una actitud personal, distinguida y arbitraria ante la vida." (130)

Mariátegui, lo repetimos, era consciente del valor pedagógico de sus escritos. Pero no sólo de ellos: una de sus obsesiones fue educar y atraer a aquellos escritores que, aun procediendo de clases sociales que podían oponerse a la revolución, por sus condiciones personales, podían servir al proceso. Y afortunadamente nadie mejor que el propio Mariátegui nos describe este trabajo suyo, por ejemplo, en el caso del honesto escritor joven Edwin Elmore (131). Esta cita nos mostrará el alto valor pedagógico -y la conciencia que de esto tenía- de la prédica de Mariátegui:



"En el fondo, su mentalidad era típicamente liberal. Una burguesía inteligente y progresista habría sabido conservarlo en su seno. Elmore temía demasiado el sectarismo. Era un liberal sincero, un liberal amplio, un liberal probo. Y, por consiguiente, comprendía el socialismo; pero no su disciplina ni su intransigencia. En este punto la ideología revolucionaria se mantuvo inasequible e ininteligible a Elmore. Y en este punto, por ende, se situó casi siempre el tema de mis conversaciones con él. Yo me esforzaba por demostrarle que el idealismo social para ser práctico, para no agotarse en un esfuerzo romántico y anti-histórico, necesita apoyarse concretamente en una clase y en sus reivindicaciones." (132)

La revolución, "parto doloroso del presente", se hará con el concurso de hombres lúcidos, conscientes, racionales, disciplinados. Los intelectuales, ya desmitificados, deberán cumplir su papel en esta "acción colectiva". Atrás quedaba, pues, la imagen deslavazada del bohemio puramente iconoclasta; el revolucionario tenía otra perspectiva, porque otro "más grande" era su destino.

En un medio tan presto a la mixtificación como el de América Latina, fácilmente se comprenderá el efecto revulsivo de una prédica tan esclarecedora como ésta.

Por eso, contra el estereotipo que la burguesía pretende imponer del revolucionario (hombre inverecundo, irascible, atrabiliario, versátil), Mariátegui sentencia, definitivamente:

"El verdadero revolucionario es, aunque a algunos les parezca paradójico, un hombre de orden. Lenin lo era en grado eminente. No despreciaba nada tanto como el sentimentalismo humanitario y subversivo." (133)

Ya está troquelada la imagen del intelectual revolucionario que reclaman nuestras tierras expoliadas. Sujeto a otros condicionamientos históricos, Mariátegui es un tanto más explícito que Martí, sobre todo, con respecto a la militancia y a la crítica frontal a los pecados originales de la intelectualidad de todos los tiempos "megalomanía, egolatría, individualismo" que se manifestaban entre nuestros propios escritores, alejándolos de la urgente "acción colectiva" que sus pueblos les demandaban.



### Visión de las escuelas literarias

Adelantado y, a la vez, superación del Modernismo, Martí vive intensamente su época, y aunque su prosa se encuentra tachonada de lo que se llamarán elementos "impresionistas" (134), será su actitud vital, su actitud política, la que marque la dirección cardinal de su obra tanto crítica cuanto creativa.

Es sumamente esclarecedora, al respecto, la siguiente síntesis del maestro Portuondo, que cita R. Fernández Retamar en su excelente prólogo a los Ensayos sobre Arte y Literatura de Martí:

"Fue su actitud de revolucionario, hecho a abordar de frente la realidad y a luchar por transformarla en beneficio de todos, la que salvó a los juicios de Martí de la caduca y bella intrascendencia crítica del impresionismo modernista, y los puso, por encima de su tiempo, que él sabía de transición, muy cerca de lo actual y en sus momentos más felices, de lo perenne. Y fue, de este modo, su inquebrantable voluntad de servir quien ha dado eternidad a su hablar." (135)

Creemos haber ya abundado en citas para demostrar cómo Martí supera ampliamente los parámetros anémicamente esteticistas del modernismo.

Su enfrentamiento al imperialismo norteamericano, su partir de los elementos reales del país, su identificación con los pobres de la tierra, su voluntad de hacer causa común con los oprimidos, su decisión de que la única forma de ser poeta en una Patria oprimida era siendo soldado, su exclamación sobre la prioridad de la justicia frente al arte, su amor por lo indígena -"echar a andar al indio"- no como elemento colonista, epidérmico -"modernista"- sino como requisito sine qua non para la marcha de la América nueva, así como su atención a los fenómenos socioeconómicos y políticos situados en la raíz de lo literario, conforman, a nuestro juicio la condición radicalmente realista de Martí y su consiguiente superación del modernismo (136)

Hay, sin embargo, un sentido dialéctico que, igualmente, nos ofrece al Martí ejemplar para el arte nuevo de nuestro subcontinente, y es el



que se refiere a cómo, concediendo la prioridad que concede a los elementos políticos y de servicio, utilitarios del arte, tiene la suficiente lucidez como para defender los fueros de la creación, y evitar que ella sea conculcada. Bástanos, para este efecto, recordar dos citas:

"Los que desdeñen el arte son hombres de Estado a medias." (137)

Y "¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? (138)

Para Marinello, sin duda uno de los exégetas más esclarecidos de Martí, es el entendimiento político de lo literario, lo que sitúa a nuestro autor "a mil leguas de los propósitos modernistas". (139)

Un buen resumen de esto nos lo ofrece Marinello cuando escribe:

"¿Cómo podían haber meditado en este tipo de problemas los que vivían con alma estética en pueblos conmovidos por todas las asechanzas y propensos a todas las frustraciones? (...) Adoradores de la palabra, la palabra dominó a los modernistas. También Martí acarició la palabra y le pidió los jugos más íntimos, pero fue siempre (aunque alguna vez, por excepción, no lo parezca) dueño de sus caminos, porque la vio desde arriba, en su mejor servicio humano. Los modernistas vieron el lenguaje como expresión individual; Martí como manifestación colectiva ('el genio va pasando de individual a colectivo', proclamó genialmente). Ellos limitaron su visión a las peripecias del habla como organismo capaz de logros aislados: él sintió y enjuició la lengua como instrumento de toda resonancia; como la voz del pueblo que encuentra en el escritor servicio y testigo." (140).

La simbiosis, pues, que Marinello señala entre el deber civil y la calidad artística, sin que se hipertrofie esta última siendo como fue de tan eximio valor, marcan la impronta del Martí, superador del Modernismo.

Por otro lado quien afirma que "las letras sólo pueden ser enlutadas o hetairas en un país sin libertad" (141), mucho se distingue de la irresponsabilidad política de la mayoría de los modernistas.

Marinello mismo gusta citar a don Federico de Onís y su definición sobre este problema:

"El espíritu de Martí no es de época ni es de escuela... su modernidad apuntaba más lejos que la de los modernistas y hoy es más válida y patente que entonces." (142)

Pero hay un detalle complementario -y más reciente - de Onís que no olvida Marinello, y que reza:



"No hay error en decir que Martí no pertenece a ninguna escuela; pero sí lo hay, y muy grave, en pensar que no pertenece a su época ni a ninguna otra, porque sea imposible encasillarlo en el romanticismo y realismo que le precedían, aunque tenga mucho de ellos, y en el modernismo que le sigue, aunque su influjo es notorio. No sólo perteneció a ella a su época— sino que fue su mejor creador." (143)

Para Marinello, en definitiva, no es "ni precursor del Modernismo, ni uno de sus más altos representantes", pues "por haber pertenecido a su tiempo y por haber sido su mayor creador, traspasa Martí las esencias del Modernismo, aunque influya muy hondamente en sus cultivadores." (144)

"Martí pertenece y extiende su reino hacia el futuro porque sin merma de su interpretación personal y de su vuelo soberano, hundió en la realidad su destino de escritor; al paso que los modernistas vivieron siempre — Dario lo confiesa con plausible sinceridad— de las gratas apariencias de la realidad". (145)

Por otro lado, la vocación realista de Martí (que no tiene que ver con la escuela literaria de este nombre) lo preservó de sucumbir en el gaseoso esteticismo modernista.

Recordemos que en "Nuestra América" había escrito:

"¿Cómo han de salir de la Universidad los gobernantes, si no hay Universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América?" (146)

Y también, más adelante:

"El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores reales del país." (147)

En la presentación de "La Edad de Oro" ofrece sus propósitos de enseñar a esos futuros ciudadanos de América, y dice:

"Les hablaremos de todo lo que se hace en los talleres, donde suceden cosas más raras e interesantes que en los cuentos de magia, y son magia de verdad, más linda que la otra." (148)

Con este concepto Martí se está, nuevamente, adelantando a su



tiempo y otea lo que será el nuevo realismo, que no excluye sino que incorpora, porque no le teme, a la fantasía-"los cuentos de magia".

Una realidad amplia, rica, ubérrima, es la que debe ser reflejada en la obra de arte literaria, que no será, pues, de ninguna manera, la mera descripción fotográfica de la vida.

Aquí podemos encontrar el puente, el sistema de vasos comunicantes que llega hasta la obra de José Carlos Mariátegui.

Para el autor de los 7 ensayos, el problema se planteaba así:

"Nada es más erróneo en la vieja estimativa literaria que el concepto de que el realismo importa la renuncia de la fantasía. Esa es, en todo caso, una idea basada exclusivamente en las experiencias y en las creaciones del sedicente realismo de la novela burguesa. El artista desprovisto o pobre de imaginación es el peor dotado para un arte realista. No es posible atender y descubrir lo real sin una operosa y afinada fantasía. Lo demuestran todas las obras dignas de ser llamadas realistas, del cinema, de la pintura, de la escultura, de las letras." (149)

Martí y Mariátegui vuelven a coincidir en su rechazo al ramplón realismo decimonónico, al que el segundo llama "realismo burgúes". Veamos lo que dice enfáticamente sobre él:

"La impotencia de la burguesía para producir un arte verdaderamente realista no se manifiesta en la obra de Zola menos que en las otras del mismo ciclo literario." (150)

Martí en su comentario a la novela Mi tío el empleado había señalado que su "originalidad poderosa" "no es esa observación común que copia lo que ve, como la fotografía, sino otra implacable y casi ceñida, que realza su poder con su justicia" (151)

El Apóstol coincide con Mariátegui, asimismo, en su rechazo a Zola y al Naturalismo. Recordemos que el autor de Versos Libres había escrito: "el arte no ha de ser apariencia de las cosas, sino su sentido. Cuando da la apariencia (. . . .) falla" (152)

Para Mariátegui, el problema "como de costumbre" ya toma los caracteres clasistas de su posición:



"La literatura de la burguesía no podía ser realista, del mismo modo que no ha podido serlo la política, la filosofía (la primera teoría y práctica de realpolitik es el marxismo). La burguesía no ha logrado nunca liberarse de resabios románticos ni de modelos clásicos." (153)

Esa clase, la burguesía, nos había endilgado un seudorealismo que acabó por empobrecer la realidad, por limitarla a sus estrechos parámetros.

Teníamos, pues, que rechazar ese sub-producto:

"El seudo-realismo burgués -Zola incluido- había habituado a sus lectores a cierta idealización de los personajes representativos del bien y la virtud. En el fondo, el realismo burgués, en la literatura, no había renunciado al espíritu del romanticismo, contra el cual parecía reaccionar irreconciliable y antagónico. Su innovación era una innovación de procedimiento, de decorado, de indumentaria. La burguesía, que en la historia, en la filosofía, en la política, se había negado a ser realista, aferrada a su costumbre y a su principio de idealizar o disfrazar sus móviles, no podía ser realista en la literatura". (154)

La fantasía, de este modo, había sido proscrita por el naturalismo. Mariátegui nos da la explicación de cómo ha sucedido esto:

"La orientación naturalista y objetivista no ha tenido un largo dominio sobre el Arte. Ha pretendido mantener en un injusto ostracismo a la Fantasía y obligar a los artistas a buscar sus modelos y sus temas sólo en la Naturaleza y en la Vida tales como los perciben sus sentidos. El realismo ha empobrecido así a la Naturaleza y a la Vida. Por lo menos ha hecho que los hombres las declaren limitadas, monótonas y aburridas y las desalojen, finalmente, de sus altares para restaurar en ellos a la fantasía." (155)

"El prejuicio de lo verosímil aparece hoy como uno de los que más han estorbado al arte. Los artistas de espíritu más moderado se revelan violentamente contra él. (156)

Por eso el Amauta no tiene problema en celebrar la muerte del viejo realismo, muerte que será, correlativamente, la de la sociedad en la que se sustentaba: la burguesía.

"La muerte del viejo realismo no ha perjudicado absolutamente el conocimiento de la realidad. Por el contrario, lo ha facilitado.



Nos ha liberado de dogmas y de prejuicios que lo estrechaban. En lo inverosímil hay a veces más verdad, más humanidad que en lo verosímil. En el abismo del alma humana cala más hondo una farsa inverosímil de Pirandello que una comedia verosímil del señor Capus. " ( 157 )

De lo que se colige que es perentorio buscar un nuevo realismo, un realismo que devuelva sus derechos a la fantasía, y que llegue hasta esa actualísima corriente del realismo mágico que, como veremos, ya anuncia Mariátegui en este artículo sobre Nadja, de André Bretón :

"Restaurar en la literatura los fueros de la fantasía, no puede servir, si para algo sirve, sino para restablecer los derechos o los valores de la realidad. Los escritores menos sospechosos de compromisos con el viejo realismo, más intransigentes en el servicio de la fantasía, no se alejan de la fórmula de Massimo Bontempelli: "realismo mágico". (158)

Las relaciones entre Martí y el realismo mágico, ocupan el capítulo V del varias veces citado libro de Hans Otto Dill (159), y a él remitimos al lector para no fatigarlo con las abrumadoras citas.

Simplemente, aquí anotamos otra de las coincidencias que sustentan este estudio.

La literatura moderna, para Mariátegui, se sustenta en un nuevo concepto de lo real, que si puede parecer, a veces, anárquico, no es por defecto de la fantasía -cuyos fueros han sido recuperados- sino por la "exageración del individuo y del subjetivismo, que constituye uno de los síntomas de la crisis de la civilización occidental" (160)

El quid del problema no se halla -según el Amauta-"en la falta de ficciones, sino en la falta de una gran ficción que pueda ser su mito y su estrella "(161)

Aquí se refiere Mariátegui, sin duda, a su teoría del mito -cuestión compleja- y a la carencia, por gran parte de los artistas modernos, de un Norte en su existencia, de un punto cardinal, que sería no otro que la Revolución Socialista.

Sin embargo, es pertinente, presentar el hecho de que la ficción,



para nuestro autor, no es anárquica y su sentido último-dentro de este nuevo, enriquecedor, dialéctico concepto <sup>se</sup> explica por la posibilidad de llegar al meollo de lo real, ya lo hemos visto, escamoteado por el realismo y naturalismo decimonónicos:

"Pero, la ficción no es libre. Más que descubrirnos lo maravilloso, parece destinada a revelarnos lo real. La fantasía, cuando no nos acerca a la realidad, nos sirve bien poco. Los filósofos se valen de conceptos falsos para arribar a la verdad. Los literatos usan la ficción con el mismo objeto. La fantasía no tiene valor sino cuando crea algo real. Esta es su limitación. Este es su drama." (132)

Sólo con esta perspectiva, se puede entender la benevolencia con que JCM acoge el surrealismo: como puerta que lo puede introducir, aún más, a la realidad; como apertura hacia una nueva -y más auténtica- etapa realista:

"Pero yo no me sentiré nunca lejano del nuevo realismo, en compañía de los suprarrealistas. La benemerencia más cierta del movimiento que representan André Bretón, Louis Aragón y Paul Eluard es la de haber preparado una etapa realista en la literatura, con la reivindicación de lo suprarreal. Las reivindicaciones de una revolución, literaria como política, son siempre outranciéres" (133)

"Proponiendo a la literatura los caminos de la imaginación y del sueño, los suprarrealistas no la invitan verdaderamente sino al descubrimiento, a la re-creación de la realidad." (134)

Y, además, y sobre todo, por la posición política que, en la época de Mariátegui -no después- adopta el movimiento surrealista, es decir, por su suscripción del programa marxista de la revolución social. (135) y porque esta corriente "reconoce validez, en el terreno social, político, económico, únicamente, al movimiento marxista. No se le ocurre someter la política a las reglas y gustos del arte" (136)

De aquí su afecto al costado vanguardista que representa el surrealismo, lo cual no le impide a Mariátegui dejar establecido que "en el arte de vanguardia, se confunde los elementos de revolución con las de decadencia." (137); y, por otro lado, esclarecer que:



"El oficio de las escuelas de vanguardia- de estas escuelas que nacen como los hongos- es un oficio negativo y disolvente. Tienen la función de disociar y de destruir todas las ideas y todos los sentimientos del arte burgués." (138) lo cual es, en cierta forma, positivo.

Esta es la concepción dialéctica de Mariátegui, sobre la controversia vanguardia: no la rechaza de plano, señala lo que en ella es deletéreo- su iconoclastia meramente nihilista, su tendencia al individualismo asfixiante, su histrionismo- pero también destaca su crítica al orden burgués, que no se resuelve solamente como una cuestión técnica:

"El sentido revolucionario de las escuelas o tendencias contemporáneas no está en la creación de una técnica nueva. No está tampoco en la destrucción de la técnica vieja. Está en el repudio, en el desahucio, en la befa del absoluto burgués. El arte se nutre siempre conscientemente o no, -esto es lo de menos- del absoluto de su época" (139)

Pero antes de pasar al estudio de lo que Mariátegui consideraba el verdadero realismo -el que advendrá con la revolución proletaria- es bueno que reparemos en una excelente y desmitificadora caracterización del modernismo, máxime si ya hemos hablado de él al referirnos a Martí.

Recordemos que el Apóstol decía:

"el arte no ha de dar la aparencia de las cosas, sino su sentido. Cuando da la aparencia (....) falla".

Mariátegui escribe, refiriéndose al panorama de la poesía peruana en su época:

"El modernismo no es solo una cuestión de forma, sino, sobre todo, de esencia. No es modernista el que se contenta de (sic) una audacia o una arbitrariedad extremas de sintaxis o de metro. Bajo el traje huachafamente nuevo, se siente intacta la vieja sustancia. ¿Para qué trasgredir la gramática si los ingredientes espirituales de la poesía son los mismos de hace veinte o cincuenta años? 'Il faut être absolument moderne', como decía Rimbaud; pero hay que ser moderno espiritualmente. Aquí se respira generalmente, en los dominios del arte y la inteligencia, un pasadismo incurable y enfermizo.



"Nuestros poetas se refugian, voluptuosamente en la evocación y en la nostalgia más pueriles, como si su contorno actual careciese de emoción o de interés." (171)

Es indudable que lo para Martí es "apariciencia", para Mariátegui es "forma"; y a lo que el Apóstol denomina "sentido" es a lo que el Amauta tipifica como "esencia".

El paralelismo, nuevamente, no deja de asombrarnos.

Y por fin llegamos al verdadero realismo, aquel que arribará con el advenimiento de la revolución proletaria, aquel que superará los deliquios idealistas y empobrecedores - en definitiva - de la realidad, del realismo y naturalismo que produjo la burguesía en la decimonónica centuria:

"El verdadero realismo llega con la revolución proletaria, cuando el lenguaje de la crítica literaria, el término "realismo" y la categoría artística que designa, están tan desacreditadas, que se siente perentoria necesidad de oponerle los términos de 'surrealismo', 'infrarealismo', etc." (172)

Este realismo verdadero "realismo proletario" lo llama JCM - realismo socialista es su nombre, será el producto de una clase: del proletariado.

El fundamento de esta raíz realista, de la que saldrá un arte similar, y que Mariátegui opone, dialécticamente, a los abismos nihilistas del pseudorealismo que produce la esquizofrénica burguesía rusa pre-revolucionaria (la que da origen a un Dostoiéwsky, v.gr.) la define nuestro autor de este modo:

"Los bolcheviques oponían un realismo activo y práctico al misticismo espiritual e inconcluyente de la inteligencia dostoiéwskiana, una voluntad realizadora y operante a su hesitación nihilista y anárquica, una acción concreta y enérgica a su abstractismo divagador, un método científico y experimental a su metafísica sentimental." (173)

Detrás, en la base de este nuevo realismo -el realismo socialista, aunque Mariátegui no lo llame explícitamente así y, por cierto, más allá de las deformaciones que esta denominación adquiriera luego, y que no vamos a discutir aquí, pues las pruebas que JCM da sobre lo que él entiende



por realismo (con su alta dosis de fantasía, con su ficción intrínseca) son suficientemente concluyentes; detrás de este nuevo realismo, decíamos se encuentra el espíritu marxista que "exige que la base de toda concepción esté formada por hechos, por cosas."

No se trata, pues, de una mera 'técnica', ni de un parámetro nuevo -más adelante veremos el valor relativo que Mariátegui concede a los cambios meramente formales o de 'técnica' -sino, sustantivamente, de una distinta concepción del mundo, la que advino con el marxismo. Veamos, para concluir esta parte, la cita completa:

"He apuntado comentando Los Aríamcnov, de Máximo Gorki, que sólo el arte socialista o proletario podía ser verdaderamente realista. El cinema, la novela, el teatro ruso de hoy sufragan unánimes y fehacientes esta tesis. El realismo burgués o pequeño burgués, no se ha desprendido nunca de una mitología, de una idealización, cuyo mecanismo secreto se le escapaba. Era un realismo a medias. El espíritu marxista exige que la base de toda concepción esté formada por hechos, por cosas. La fuerza del film ruso proviene de la severa y rigurosa elección de sus materiales. El valor de una creación no es asunto de técnica, de tema o de inspiración exclusivamente. El espíritu, el símbolo, la unidad de la obra se obtienen por la sabia armonía de sus elementos materiales -plásticos y dinámicos-. El creador debe pensar en imágenes vivientes y móviles." (174)



Anticapitalismo y literatura: antimperialismo literario

"Cada estado social trae su expresión a la literatura" había escrito Martí en su famoso ensayo sobre Walt Whitman. La literatura del capitalismo, tendrá, de este modo, sus caracteres especiales que, por provenir de donde provenían, serán terminantemente rechazados por nuestro autor.

La literatura de una "nación en manos de unos cuantos despreciados mercaderes" -léase Estados Unidos- será negada como modelo por Martí, así como había rechazado la literatura inficionada de la vieja Europa -"la amargura postiza del lied, el mal culpable de Byron, el dolor perfumado de Musst"- "la poesía nula, y de desgano falso e innecesario, con que los orífices del verso parisiense entretuvieron estos últimos años el vacío ideal de su época transitoria".

Ya hemos visto, suficientemente, cómo nuestro autor llama, en cambio, en forma casi obsesiva, la atención sobre las características de nuestro Continente y la infinidad de temas que él ofrece a los escritores y artistas de estas latitudes:

"Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar: tenemos agraviada a la legión gloriosa de nuestros mártires que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos." (175)

Pero en este problema de la literatura, sin embargo, el reclamo de Martí para volver los ojos a lo nuestro, y su rechazo a la acrítica imitación de lo extranjero que puede hacernos mantener en la condición



de colonizados, no implica, de ningún modo, el enclausramiento y el suicida aislamiento de las corrientes de la cultura literaria universal.

Ya hemos citado, más de una vez, aquel definitivo fragmento de "Nuestra América" que empieza: "Injérese en nuestras repúblicas el mundo..."

Ahora, más concretamente, en el terreno literario, Martí expresa:

"Conocer diversas literaturas es el mejor medio de libertarse de la tiranía de alguna de ellas; así como no hay manera de salvarse del riesgo de obedecer ciegamente a un sistema filosófico, sino nutrirse de todos..." (176)

Y aquí nuevamente llegamos a un aspecto dialéctico en el que Martí se sitúa inmejorablemente: por un lado el rechazo, en el campo de la literatura, de toda imitación y copia servil -que eran sinónimos de colonialismo cultural- y por otro, la necesidad que tenemos de estar enterados de lo que pasa en las diversas literaturas "para liberarnos de la tiranía de alguna de ellas".

Dill sintetiza diciendo:

"Martí no se pronuncia contra todo préstamo político, cultural y literario, sino sólo contra una imitación que desdeña por entero lo propio y lo autóctono: 'El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga'". (177)

Porque no olvidemos tampoco que Martí elogia a figuras de la cultura y la literatura norteamericanas -Emerson, Whitman- y esto podría dar lugar a equívocos, y de hecho los ha dado, porque los diversionistas han pretendido situar al Apóstol como un propagandista de



ese "Norte revuelto y brutal que nos desprecia".

La mejor respuesta a esto la da José Antonio Portuondo:

"Cuando Martí señala las cosas idudablemente posi-  
tivas y grandes de la cultura norteamericana no  
está haciendo una propaganda de la norteamérica.  
rapaz que agrade a nuestros pueblos, sino que exal-  
ta a los hombres que en Estados Unidos se opusie-  
ron a ello". (178)

No vamos a volver a citar la carta -famosa e  
inconclusa a Manuel Mercado, escrita pocas horas antes  
de morir por el Apóstol, para recordar la sustantiva ac-  
titud vital antimperialista ("cuanto hice hasta hoy, y  
haré, es para eso") de nuestro autor.

"¡Los árboles se han de poner en fila, para que  
no pase el gigante de las siete leguas"; quien escribió  
esto y quien dijo que Cuba debía ser "libre de España y  
de Estados Unidos", no podía estar promocionando al impe-  
rialismo.

Igualmente, y aquí tornamos al paralelo, traí-  
gamos a colación que Mariátegui -también ferviente antim-  
perialista, en política y en literatura, como Martí- man-  
tuvo una amistad fraternal con el escritor norteamerica-  
no Waldo Frank, y que el autor de los 7 Ensayos escribió  
algo que ningún revolucionario, ajeno a infantilismos y  
dogmatismos, puede ni debe olvidar:

"La nueva generación hispano-americana debe definir  
neta y exactamente el sentido de su oposición a los  
Estados Unidos. Debe declararse adversaria del Impe-  
rio de Dawes y de Morgan; no del pueblo ni del hom-  
bre norteamericanos. La historia de la cultura nor-  
teamericana nos ofrece muchos nobles casos de



independencia de la inteligencia y del espíritu. Roosevelt es el depositario del espíritu del Imperio; pero Thoreau es el depositario del espíritu de la Humanidad." (179)

Contra el sistema, sí, contra el imperialismo del gobierno de los Estados Unidos, pero no contra el pueblo de ese país, ni contra sus artistas, que, los más auténticos de ellos, también luchan, desde las entrañas del monstruo, contra el sistema.

Más adelante, Mariátegui nos recuerda explícitamente:

"Los Estados Unidos son ciertamente la patria de Pierpont Morgan y de Henry Ford; pero son también la patria de Ralph-Waldo Emerson, de William James y de Walt Whitman." (180)

Exactamente como hoy trasladaríamos la fórmula para expresar que los Estados Unidos son la patria de Nixon, pero también la de Angela Davis.

Como podemos parecer, nuestros fundadores tampoco se equivocaron en esto; y supieron establecer los límites.

Todo menos el obcecado sectarismo; revolucionarios cabales, pero con toda la lucidez necesaria para separar la paja del grano.

Nuestro Mariátegui, incluso, llega a la explícita formulación de algo que hoy es moneda corriente para los revolucionarios: la necesidad de hacer tarea común con aquellos que, dentro del imperio, "en las entrañas del monstruo", luchan para destruirlo.

Al referirse a su fraternal amigo W. Frank, cuyo desarrollo posterior no traicionó las esperanzas del

Amauta (181), escribe en 1925:

"Los hombres nuevos de la América indo-ibérica pueden y deben entenderse con los hombres nuevos de la América de Waldo Frank. El trabajo de la nueva generación íbero-americana puede y debe articularse con el trabajo de la nueva generación yanqui. Ambas generaciones coinciden. Los diferencia el idioma y la raza, pero los comunica y los mancomunna la misma emoción histórica. La América de Waldo Frank es también, como nuestra América, adversaria del imperio de Pierpont Morgan y del Petróleo." (182)

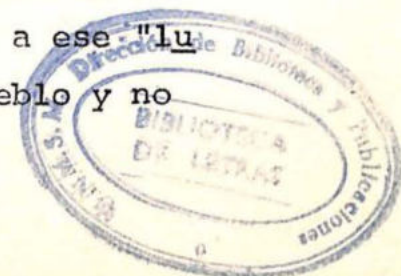
Pero ni la admiración de Martí por Whitman o Emerson; ni la de Mariátegui por Frank o Thoreau, edulcoran sus críticas frontales al hecho imperialista y a la condición inhumana de la sociedad donde aquellos grandes escritores se desarrollaron.

Ya hemos planteado varias citas en las que es fácil percibir el rechazo de Martí -no marxista aún, pero sí humanista revolucionario, nacionalista y anticapitalista raigal, en tanto en cuanto el capitalismo y sus atentados contra la dignidad humana los había padecido desde las entrañas del monstruo donde vivió quince años- por el capitalismo y su literatura, como elementos para ser utilizados a guisa de modelos por nuestros autores:

Recordemos:

"... los engendros franceses, el bizantinismo moral, la imitación servil de un pueblo enfermo, no convienen a una patria naciente, sin cauce ni guía fijos, que a la par habla correctamente y balbucea..." (183)

A una patria (grande) en formación, a ese "luciente y formidable país americano", a ese "pueblo y no



pueblos" que comienza al Sur del río Bravo y termina en la Patagonia, no le convenían esos subproductos de sociedades que ya habían cumplido sus ciclo vitales, y ahora estaban periclitando.

En momentos en que, para Martí "ya suena el himno unánime"; en "la hora del recuento, y de la marcha unida", cuando "hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes"; en tiempos que "no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada", se pregunta él mismo:

" será alimento bastante a un pueblo fuerte, digno de alta cuna y magníficos destinos, la admiración servil a extraños rimadores, la aplicación cómoda y perniciosa de indagaciones de otros mundos, el canto lánguido de los comunes dolorcillos, el cuento hueco en que se fingen pasiones turbadoras y malsanas, la contemplación peligrosa y exclusiva de las nimias torturas personales, la obra brillante y pasajera de la imaginación estéril y engañosa." (184)

El rechazo de esta literatura es el rechazo de esa sociedad capitalista que es la que la engendra. Y a ella opone, como ya hemos visto, lo nuestro, lo americano, lo natural (pero siempre dentro de la relación dialéctica ya enunciada: "Injértese en nuestras repúblicas...")

Recordemos lo que había escrito en "Nuestra América":

"Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre civilización y barbarie, sino entre la falsa erudicción y la naturaleza." (185)



Asentar nuestra base americana para que se sustente en ella una literatura que sea negación, tanto de la evasión cosmopolita como de los delirios formalistas propios de sociedades que no tienen ya ningún "magnífico destino" que cumplir, tal fue uno de los vectores de Martí.

Para Portuondo es incuestionable que fue el Apóstol quien proclamó la segunda y definitiva independencia hispanoamericana -de Europa y de los Estados Unidos de Norteamérica- tanto en lo político cuanto en lo literario "en las páginas bellas y profundas de su ensayo "Nuestra América", publicado en 1891. De ese modo se cierra la etapa de luchas por la liberación nacional y se inicia la batalla continental contra el imperialismo, que caracteriza la era actual".(186)

Mariátegui, por su parte, había proclamado, en esa suerte de Manifiesto suyo -que nosotros comparamos a "Nuestra América"- o sea "Aniversario y Balance", editorial del II Aniversario de Amauta -Nº17, setiembre de 1928-:

"A Norte América capitalista, plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América, latina o ibera, socialista. La época de la libre concurrencia en la economía capitalista ha terminado en todos los campos y todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos están ya definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es el de simples colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritus, no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona materialista y una América latina

idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos estos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya -no ha obrado nunca- útil y fecundamente sobre nuestras almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulacros de ideologías y hagamos las cuentas, sería y francamente, con la realidad." (187)

Tengamos en cuenta que estas palabras, de recto sentido realista, de claro valor de fundación para una América Latina nueva, es decir, socialista, es decir revolucionaria, son pronunciadas por el Amauta en una época que Portuondo define como de "plena orgía 'vanguardista'" (188) -1928-, con lo cual el autor de Defensa del marxismo, avizora etapas, "señala rumbos a nuestro devenir histórico y cultural" (189).

La implacable denuncia de José Carlos Mariátegui a todos los ardides -los mascarones de proa- del imperialismo yanqui, como el tristemente célebre "panamericanismo" lo sitúan en el camino -unos pasos adelante, que son los pasos de la historia- que abriera Martí en 1891 con "Nuestra América".

Leamos al Amauta:

"La mas lerda perspicacia descubre fácilmente en el pan-americanismo una túnica del imperialismo norteamericano. El pan-americanismo no se manifiesta como un ideal del Continente; se manifiesta, más bien, inequívocamente, como un ideal natural del imperio yanqui." (190)

De este modo, llegamos hasta el punto concreto de una literatura -la que preconizan, la que hacen Martí y Mariátegui- que tiene como punto de partida su radical posición anticapitalista, su esencial antimperialismo.



Literatura comprometida: contra el 'arte por el arte';  
contra la 'torre de marfil'.

La posición política de nuestros autores determina el compromiso de su literatura.

Ese "poeta-soldado" que reclamábale Martí a Francisco Sellén es, a juicio nuestro, el paradigma; así como también la censura que esgrime contra Pushkin:

"La mano debe seguir la inspiración del intelecto  
No basta escribir una estrofa patriótica: hay que vivirla"° (191)

Igualmente, la culminación, el desideratum que le formula a José Joaquín Palma en su carta para que sea "poeta de la patria" (192).

Remitimos, asimismo, al capítulo correspondiente a la raíz social de la literatura, donde se hallarán abundantes citas de Martí sobre la vinculación entrañable entre el poeta y su pueblo.

Recordemos sólo aquello de: "Bajarse hasta los infelices y alzarlos en brazos" (193); y lo que dice sobre Rafael Pombo:

"A su pueblo ha de ser fiel, porque de su pueblo recibe las condiciones con que brilla" (194).

Mariátegui, por su parte, es categórico cuando plantea aquello de que "la función de la Inteligencia es creadora. No debe, por ende, conformarse con la subsistencia de una forma social que su crítica ha



atacado y corroído tan enérgicamente."

Con lo anterior nos está diciendo el Amauta que no se trata sólo de atacar intelectualmente, sino que es necesario participar activamente en el derrumbamiento del viejo orden, cuya sinrazón y obsolescencia la literatura ha denunciado ya en demasía.

Revisemos, igualmente, todo lo ya citado en el capítulo sobre la misión del intelectual y, en las críticas -muy numerosas- del Amauta al engendro del "apoliticismo", encontraremos puntos sustantivos para troquelar la imagen que nuestro autor tenía del compromiso de la literatura y sus autores.

Quizá el resumen más preciso lo haya dado Mariátegui al comentar la actuación de Lunatcharsky, el admirable Comisario de Instrucción Pública de los Soviets. Al definirlo el Amauta, en realidad, se estaba definiendo a sí mismo, y nos entregaba su imagen del escritor comprometido, del autor revolucionario que es primero político antes que literato:

"Sabe -dice José Carlos Mariátegui de A. Lunatcharsky- que la creación de nuevas formas sociales es una obra política y no una obra literaria. Se siente, por eso, político antes que literato. Hombre de su tiempo, no quiere ser un espectador de la revolución; quiere ser uno de sus actores, uno de sus protagonistas. No se contenta con sentir o comentar la historia; aspira a hacerla."(195)

Este anteponer la política a la literatura será el carácter que define a nuestros autores; y él se encuentra paradigmáticamente sintetizado en el ya citado fragmento de Martí:



"¡La justicia primero, y el arte después... cuando no se disfruta de la libertad, la única excusa del arte y su único derecho para existir es ponerse al servicio de ella..." (196)

Vinculado con este tópico de la "literatura comprometida", encontramos nosotros el rechazo que nuestros autores manifestaron frente al mero formalismo y al esteticismo.

Un hombre como Martí, que en la cima de su compromiso había escrito:

"Con los pobres de la tierra,  
Quiero yo mi suerte echar.", se comprende que niegue a la palabra su mera condición de hojaldres, bella envoltura, cáscara luciente. Leamos lo que escribió:

"Bella es la forma es verdad; pero cuando está en pugna con la idea, debería preferirse la idea." (197)

Y en su famoso prólogo al Poema del Niágara, de Pérez Bonalde:

"la perfección de la forma se consigue casi siempre a costa de la perfección de las ideas." (198)

Y en su comentario -ya citado- a la Exhibición de pinturas del ruso Vereschagui":

"el arte no ha de dar la apariencia de las cosas, sino su sentido. Cuando da la apariencia...falla" (199)

Martí, incluso con su obra, era de un rigor



crítico extremo.

Respecto a esto mismo, encontramos, en su "Carta Testamento Literario" una precisión aleccionadora.

Le dice Martí a Gonzalo de Quesada y Aróstique, con referencia a su propia copiosa obra:

"Entre en la selva y no cargue con rama que no tenga fruto." (200)

El Apóstol preveía que, entre sus muchas páginas escritas, hubiera alguna sin médula -recuérdese que está dando instrucciones, a su discípulo, para una posible publicación de su varia y múltiple obra-; y de plano indica a Quesada que prescindiera de ella.

Antes le había dicho: "Usted sólo elegirá por supuesto lo durable y esencial" (201).

Desdén, pues, de lo aparential, de lo epidérmico, de lo meramente formal, el Apóstol da su voto por una obra literaria que conduzca al hombre hacia destinos más altos: "Todo ha de hacerse de manera que lleve la mente a lo general y a lo grande." (202)

Esto, sin embargo, no debe hacernos pensar que nuestro autor abogaba -¡nada más lejano a él!- por una obra de arte desaliñada.

Recuérdese que lo genial es su relación dialéctica entre su llamado de atención hacia la "esencia" y su exigencia del valor formal de la obra de arte.

Y esto lo entenderemos mejor si estamos de acuerdo con Roberto Fernández Retamar, quien sugiere que el problema de la "esencia" en Martí parece indicar sobre todo la función social de la obra artística. (203)



Roberto Fernández Retamar, igualmente cita las palabras de Martí en su carta a Manuel Mercado, de 11 de agosto de 1882: "Yo tengo horror a las obras que acobardan y entristesen. Fortalecer y agrandar es la tarea del que escribe" (204).

En un texto de 1884, el Apóstol, al comentar la "Biblioteca Americana", nos había dicho que ésta debía integrarse con libros "honestos, piadosos y fortalecedores (...) que con espíritu americano, estudian problemas de América. No tanto de libros pomposos y retóricos, y de conocimientos abstractos universales, -cuanto de esos otros concretos y beneméritos, escritos al calor de nuestro sol, y en el fragor de nuestras luchas generosas, sanqrientas como todas las entrañas." (205)

El ya varias veces citado fragmento del "Cuaderno de apuntes" de 1881, contiene, sin embargo, la mejor síntesis de esta sólo aparente dicotomía: aquel "escritor inmortal de América" será el que refleje la vasta, "múltiple y confusa" problemática de su época, pero con "sumo genio artístico".

Ya hemos visto, pues, cómo no hay nada contradictorio en esto y cómo el maestro Marinello ha tipificado esta característica de Martí: la concentración de una norma augusta y difícil entre el deber civil y la calidad artística; entre la lealtad a los hombres y el arte sumo (206)

Literatura comprometida, sí, pero literatura en principio.

La complejidad de Martí que escribe "¡la justicia primero, y el arte después!", se acentúa cuando recordamos que en su comentario a las Poesías de Francisco



Sellén había sentenciado: "No es poeta (...) el que pone en verso la política y la sociología".(207); así como en su artículo sobre "Heredia" había escrito:

"...porque a la poesía, que es arte, no vale disculparla con que es patriótica o filosófica, sino que ha de resistir como el bronce y vibrar como la porcelana." (208)

Similar conclusión encontramos en Mariátegui respecto al compromiso de los artistas, compromiso que, sin embargo, no implica la pérdida de las condiciones específicas del arte.

Dice el Amauta en su artículo sobre "Un libertino" algo que es concluyente y que nos permite distinguir la claridad y el antidogmatismo de nuestro autor:

"A la revolución, los artistas y los técnicos le son tanto más útiles y preciosos cuanto más artistas y técnicos se mantienen".(209)

Creemos que esta es una clave que incide, para Martí y Mariátegui, en su concepto dialéctico del arte y la literatura.

Si en el Apóstol encontramos algunas "salidas" (así también las llama él) (210) que podrían parecernos excesivas tenemos que recordar -como apunta Roberto Fernández Retamar- que "en su valoración, como corresponde a un dirigente revolucionario, y más en vísperas de la guerra de varios frentes que preparaba, la acción revolucionaria era la forma más alta de creación humana."(211)

Siempre según el poeta y ensayista, director de la revista Casa de las Américas- la real continuadora



de la labor catalizadora y revolucionaria de "Amauta"- con esta posición suya, Martí se adelantaba en setenta años a la consideración del Che, quien dijera que el revolucionario ocupa "el escalón más alto de la especie humana." (212)

Para redondear la imagen dialéctica de Mariátegui, que reclama un arte revolucionario, pero que sea arte, tengamos presente que cuando plantea el sentido de "Testimonio de parte" de su crítica -que "renuncia a ser imparcial o agnóstica" y se nutre de todas sus pasiones e ideas políticas- deja esclarecido que "...esto no quiere decir que considere el fenómeno literario o artístico desde puntos de vista extraestéticos, sino que mi concepción estética se unimisma, en la intimidad de mi conciencia con mis concepciones morales, políticas y religiosas, y que, sin dejar de ser concepción estrictamente estética, no puede operar independientemente o diversamente." (213)

De este modo, llegamos a un concepto ejemplar de lo que podría ser hoy una literatura -una crítica- verdaderamente revolucionaria: aquella que parta del compromiso con la historia, con la sociedad, con la política, pero que no deje de ser arte o, como decía Martí, que no deje de estar "informada por sumo genio artístico".

También en este rubro podemos, debemos examinar el sentido de la desmitificación precisa que hace Mariátegui de la tristemente célebre "Torre de marfil":

El 'torremarfilismo' formó parte de esa reacción romántica de muchos artistas del siglo pasado contra la democracia capitalista y burguesa, Los artistas se veían tratados desdeñosamente por el Capital y la Burguesía." (214)

Protesta, sí en principio, y nacida en el si glo pasado, se proyecta, supérstite, hasta el nuestro, arrastrando a muchos incautos. Había pues, que salirle al frente poniendo al desnudo su esencia reaccionaria, y, a la vez, presentando la alternativa, o sea lo que el Amauta llama el descenso, la inmersión del creador contem poráneo en el espíritu de las masas y en "la llanura innu merable y fecunda".

"El 'torremarfilismo' no ha sido, por consiguiente, sino un episodio precario, decadente y morboso de la literatura y del arte. La protesta contra la civilización capitalista es en nuestro tiempo revolucionaria y no reaccionaria. Los artistas y los intelectuales descienden de la torre orgullosa e impotente a la llanura innumerable y fecunda. Comprende que la torre de marfil era una laguna tediosa, monótona, enferma, orlada de una flora palúdica o malsana." (215)

Al hablar de su generación -de la nueva generación- Mariátegui constata la liquidación de la "torre de marfil" y la aproximación de aquélla o, mejor dicho, de sus mejores exponentes, al "dolor social":

"Algunos artistas de la nueva generación comprenden ya que la torre de marfil era la triste celda de un alma exangüe y anémica. Abandonan el ritornello gris de la melancolía, y se aproximan al dolor social que les descubrirá un mundo menos finito. De estos artistas podemos esperar una poesía más humana, más fecunda, más espontánea, más biológica." (216)

Igualmente, es importante examinar lo que opinaba José Carlos Mariátegui sobre el problema de la técnica, que no siempre es signo de renovación, de arte nuevo. "No podemos aceptar como nuevo un arte que no nos trae sino una técnica nueva" (217) había escrito en su





ensayo "Arte, revolución y decadencia", donde añade: "El sentido revolucionario de las escuelas o tendencias contemporáneas no está en la creación de una técnica nueva." (218) "No basta el procedimiento. No basta la técnica", concluía: "Paul Morand, a pesar de sus imágenes y su modernidad, es un producto de la decadencia." (219)

Lo que le preocupaba al Amauta era la novedad del espíritu, o sea del sentido del arte y de su relación con el nuevo mundo que estaba por venir, que se encontraba en ese "parto doloroso del presente" que es la revolución. La reacción contra la retórica y el énfasis -características positivas de la vanguardia- no bastaban, no eran suficientes.

"El valor de una tendencia literaria no es nunca una mera cuestión de técnica. Una de las benemerencias más evidentes del vanguardismo, -especialmente en nuestra literatura- consiste en la reacción contra la retórica y contra el énfasis. Pero únicamente repudia de veras la retórica y el énfasis el escritor o el poeta que lleva la modernidad en el espíritu." (220)

Por eso es cabal su crítica al formalismo de Guillermo de Torre, que él encuentra similar al de otros "literatos vanguardista":

"Le pasa también a Torre lo que a otros literatos vanguardistas. Más que la novedad del espíritu mira la novedad de procedimiento. El procedimiento lo obsesiona." (221)

Lo cual no anula la lucidez de Mariátegui sobre la vanguardia en la que, sobre todo, "analiza la



experimentación literaria y artística como síntoma de una crisis más general que aqueja a la sociedad capitalista." (222)

El Amauta, en cambio, valora cabalmente -y con un sentido que anticipa a muchos críticos marxistas de hoy y supera ampliamente a los de su época- el fenómeno vanguardista, aunque "se cuida de una exaltación indiscriminada de la búsqueda formal".(223)

La renovación de las formas, de los "procedimientos", resulta importante, pero esto no todo si no se contara con el espíritu nuevo, representado por la adhesión de esta obra al mundo cuyo orto ya se veía venir.

Para no perder la perspectiva del paralelo volvamos los ojos a una admirable síntesis martiana que se halla en su artículo "Nueva exhibición de los pintores imprecionistas". Dice allí el Apóstol lo que cuarenta años más tarde -con otras palabras- diría el Amauta. (224)

"Toda rebelión de forma arrastra una rebelión de esencia".(225)

La "forma" de Martí es la "técnica" de Mariá tegui; el "espíritu" de éste, la "esencia" de aquél.

Por eso, los que buscan sólo en la superficie, en la forma, sin una mística, un sentimiento, un mito, con el alma vacía, y la vida desierta, arribarán "a las más bizarras e inútiles aventuras". Así están muchos de los vanguardistas, preocupados en exceso por "el instrumento, y descuidados del fin, de la "esencia", del espíritu" (226)



A pesar de su iconoclastia, estos artistas habían caído en una suerte de retórica, al perderse en los vericuetos de las búsquedas formales, que intentaban cubrir el vacío de sus existencias individualistas, egolátricas, reaccionarias.

Mariátegui pone el acento en la necesidad de una fe para el artista contemporáneo, fe que no puede ser otra que la de la revolución social; cuando ésta falta:

"El artista contemporáneo, en la mayoría de los casos, lleva vacía el alma. La literatura de la decadencia es una literatura sin absoluto. Pero así, sólo se puede hacer unos cuantos pasos. El hombre no puede marchar sin una fe, porque no tener fe es no tener una meta." (227)

La falta de esta fe lleva al artista a perderse en las búsquedas formales -dentro de su aparente informalidad- y a establecer una retórica de la iconoclastia por la iconoclastia.

El artista comprometido que se sentía -y sabía- Mariátegui, por eso, nos aclara:

"Contra a lo que baratamente pueda sospecharse, mi voluntad es afirmativa, mi temperamento es de constructor, y nada me es más antitético que el bohemio puramente iconoclasta y disolvente..." (228)

Una literatura y un artista comprometidos se sustentan en una fe, en el voto por la esperanza de una vida futura mejorada: "Voluntad afirmativa", "temperamento de constructor".

"Tú eres honrado, crees en la vida futura" (229),



le dice Martí a Joaquín Palma.

Esta esperanza en el futuro, sin embargo, hun de sus raíces en la historia y es, dialécticamente, así mejor entendida:

"De honda raíz ha de venir, y a grande espacio ha de tender toda obra de la mente" (230), escribe Martí, quien gusta citar la frase de Cecilio Acosta:

"La antigüedad es un monumento, no una regla; estudia mal quien no estudia el porvenir." (231)

Y sobre el mismo Acosta el Apóstol pergeña su propia, cabal, vera efigie. En el gran venezolano, se vio a sí mismo, como el artista cabal, comprometido con su tiempo, ubérrimo de raíces en el pasado y en el futuro:

"Postvió y previó (...) En suma: de pie en su época, vivió en ella, en las que le antecedieron y en las que han de sucederle. Abrió vías que han de seguirse; profeta nuevo, anunció la fuerza por la virtud y la redención por el trabajo." (232)

Sólo el método dialéctico nos permite entender cabalmente la grandeza y la complejidad de los planteamientos de nuestros fundadores.

El compromiso de Martí y Mariátegui es con el mundo nuevo ("como ocurre a todo revolucionario, su tierra de elección fue el futuro", dice de Martí Fernández Retamar (233)), pero ellos jamás olvidan el presente, mejor dicho, de sus realidades parten (ya hemos visto suficientemente esto en el capítulo sobre América y sus raíces) y,



a la vez, hunden su pensamiento en el estudio del pasado: apelan a la tradición poderosa de la cultura ancestral -la vernácula, la indígena: también hemos examinado ya esto- pero, a la vez, niegan el ominoso pasado inmediato.

La frase de Mariátegui: "mi misión ante el pasado, parece ser la de votar en contra" -que también puede ser cabalmente aplicada a Martí- sería peligroso aislarla de todos los elementos de juicio que hemos dado: sólo en -entre- su enriquecedora urdimbre podemos comprender el compromiso de votar en contra del pasado y, a la vez, clamar por la reivindicación del indio, de su cultura ancestral, de su valores más entrañables.

Recordemos la crítica de José Carlos Mariátegui a Vasconcelos:

"A fuerza de sondear el futuro, pierde el hábito de mirar en el presente" (234); y también la raíz marxista de su indigenismo revolucionario:

"Los indigenistas revolucionarios, en lugar de un platónico amor al pasado incaico, manifiestan una activa y concreta solidaridad con el indio de hoy" (235).

Y, finalmente, su clarísima posición leninista respecto al vivo legado de la tradición -no del tradicionalismo- a pesar de votar en contra del pasado:

"Sin duda una revolución continúa la tradición de un pueblo, en el sentido de que es una energía creadora de cosas e ideas que se incorporan definitivamente en esa tradición enriqueciéndola y acrecentándola." (236)



Así, pues entendemos el pleno sentido de este compromiso militante con la totalidad de la historia, la realidad y el futuro de su pueblo para nuestros autores.

### El arte nuevo

El arte, la literatura nuevas surgirán con el hombre nuevo. Ya Martí lo anunciaba en su cardinal ensayo de 1891:

"Le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real".(237)

Ese hombre nuevo, el creador, el productor del nuevo arte, germina en las entrañas del pueblo, de las masas, sin exclusiones; Martí es el primero que integra a todos los cubanos, el primero que incorpora a la gesta independentista a los obreros, a los hombres pobres, -blancos y negros+ rompiendo el monopolio que en las luchas tenían las "clases altas y acomodadas" (recordemos que esto lo señala un enemigo: el anexionista José Ignacio Rodríguez (238)).

Las palabras de Martí al respecto son concluyentes:

"Si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república"(239).

También había dicho: "Con todos y para el bien de todos".

Este es el sentido del hombre colectivo, real, que hará el arte nuevo. Dos años después, en su artículo



sobre Julián del Casal, lo dice más diáfanoamente:

"Y es que en América está ya en flor la gente nueva, que pide peso a la prosa y condición al verso, y quiere trabajo y realidad en la política y en la literatura" (240).

Esta gente nueva -este artista nuevo, este hombre nuevo- manifiestan un voto decisivo por el realismo, como emanación del trabajo, respecto a la política y la literatura.

Pedimos que se repare en el orden de los términos; porque, en este caso, el orden de los factores sí denuncia una voluntad concreta: se trata de que en la política (primero) y en la literatura (luego) la gente nueva (prosistas y poetas) está ya en flor en nuestra América.

En flor, sí, aunque todavía, en tiempos de Martí -que no en los nuestros que ya tenemos a Mariátegui, Vallejo, Neruda o Guillén- con la excepción de él -y algunos pocos: Darío? - no dando todavía frutos.

Este arte nuevo martiano -o martiense, según expresión de Marinello- surgirá después del cambio social.

"Hay que cambiar la realidad para cambiar la literatura" dice Marinello y cita al Apóstol: "Los hombres son productos, expresiones, reflejos... cuando las condiciones de los hombre cambian, cambian la literatura, la filosofía y la religión, que es una parte de ellas..." (241).

En su singular prólogo a El poema del Niágara, hallamos la mejor caracterización de lo que para Martí es el mundo nuevo que dará origen al arte nuevo.



Es asombroso -como es asombroso tanto de lo que hemos visto a través de este estudio- el sentido vislumbrador del mundo de hoy -y aun el de mañana- que pergeña el Apóstol. Su visión de un estadio donde, por encima de las individualidades, alumbraba el hombre social, el hombre colectivo, es actualísima.

Incluso, aquí estaría más de una idea de Fidel Castro sobre el futuro de la sociedad socialista en la que ya no habría los grandes genios aislados de las masas merced a sus obras que los individualizan, sino un mundo en el que las masas serían -ellas mismas- productoras del arte -y no meras consumidoras-; un mundo (socialista, por cierto) en el que todos los hombres serían artistas.

Veamos cómo, casi ochenta años antes, formuló esto José Martí (242):

"Una gran montaña parece menor cuando está rodeada de colinas. Y esta es la época en que las colinas se están encimando a las montañas; en que las cumbres se van deshaciendo en llanuras; época ya cercana de la otra en que todas las llanuras serán cumbres. Con el descenso de las eminencias suben de nivel los llanos, lo que hará más fácil el tránsito sobre la tierra. Los genios individuales se señalan menos, porque les va faltando la pequeñez de los contornos que realzaban antes tanto su estatura. Y como todos van aprendiendo a cosechar los frutos de la naturaleza y a estimar sus flores, tocan los antiguos maestros a menos flor y fruto, y a más las gentes nuevas que eran antes cohorte mera de veneradores de los buenos cosecheros. Asístese como a una descentralización de la inteligencia. Ha entrado lo bello a ser dominio de todos. Suspende el número de buenos poetas secundarios y la escasez de poetas eminentes solitarios. El genio va pasando de individual a colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se diluyen, se expanden las cualidades de los privilegiados a la masa; lo que no placará a los privilegiados de

alma baja, pero sí a los de corazón gallardo y generoso..." (243)

Nada hay que quitarle ni añadirle a este párrafo, cuyo sentido revolucionario -de hoy- cuya coetaneidad nos traspasa.

Cualquier país socialista, cualquier país en revolución, puede suscribir estos principios entre los más preclaros de su política cultural.

"¡El genio va pasando de individual a colectivo!" Cuando este genio colectivo produzca, entonces estará produciéndose el arte nuevo, el arte social, el arte socialista.

Cuánta razón tiene José Antonio Portuondo cuando afirma de Martí:

"Por cualquier parte que abramos sus obras, nos encontramos a un contemporáneo, a un hombre de nuestros días que está diciendo cosas que tienen vigencia ahora mismo. Aunque la producción martiana ofrece aún mucha materia que investigar, no es, en estos instantes, pasto exclusivo para eruditos, sino la obra de un contemporáneo que escribe para hoy, sobre nuestros problemas vitales de hoy." (244)

Y no se vaya, temerariamente, a pensar que la soberbia cita martiana, que es de 1883 y se encuentra en el prólogo al Poema del Niágara de Bonalde, es un exabrupto del Apóstol, o el producto de una intuición deslumbradora y deslumbrante, pero aislada. ¡No! Más bien, nosotros afirmamos que ella pertenece a una de las más coherentes elaboraciones suyas sobre el artista y la sociedad, pues ya la hallamos (en sus planteamientos fundamentales), antes, en 1881, en su artículo de la "Revista Venezolana" sobre Cecilio Acosta.



Dice allí:

"Para él es usual lo grandioso, manuable lo difícil y lo profundo transparente. Habla en pro de los hombres y arremete contra esos brahmanes modernos y magos graves que guardan para sí la magna ciencia; él no quiere montañas que absorban los llanos, necesarios al cultivo; él quiere que los llanos suban, con el descuaje y nivelación de las montañas. Un grande hombre entre ignorantes sólo aprovecha a sí mismo: 'los medios de ilustración no deben amontonarse en las nubes, sino bajar, como la lluvia, a humedecer todos los campos'. 'La luz que aprovecha más a una nación no es la que se concentra, sino la que se difunde'." (245)

Ya no nos cabe la menor duda y podemos afirmar que el arte nuevo, para Martí, no será fruto de un talento individual, aislado, solipsista, sino que será fruto de las masas, de ese genio colectivo, de esas colinas que se están encimando a las montañas, de esos llanos que han subido después del "descuaje y nivelación de las montañas".

Ese arte nuevo será "humanitario y robusto" (246) puesto que será el que se nos vendrá encima en un mundo amasado por los trabajadores.

Ese arte será el que producirán los que antiguamente fueron oprimidos y con los que hicimos causa común; los otrora "pobres de la tierra"; los indios, negros, criollos, los campesinos creadores, los trabajadores que con los ojos alegres se saludan de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos.

Este arte nuevo será producido por la "América trabajadora", pues Martí sabe que "la batalla está en los talleres" (247) y que "la historia del progreso



humano se cuenta en los puertos llenos de buques, en las fábricas pobladas de obreros, en las ciudades ennegrecidas con el humo de las fraguas, en las calles obstruidas por los carros, en las escuelas llenas de niños y en los árboles cargados de frutos". (248)

"El trabajo es una poesía seca y difícil" (249), pero Martí votaba por este tipo de poesía, por su sentido realista.

Por otro lado, ya hemos visto la identificación de Martí con la clase obrera; sólo añadiremos aquí que él "se encuentra entre los primeros en reconocer la capacidad cultural del obrero" (250).

La razón de esto se halla en su fe profunda en esta clase, en la confianza en su victoria definitiva, a pesar de que, en su época, prácticamente, estaba en agraz como clase (por lo menos en Cuba) y que por lo tanto, no podemos, sin alterar la verdad histórica, decir que Martí fuera su ideólogo ni mucho menos.

Sin embargo, recordemos que Martí dijo que "los obreros eran el arca de la alianza donde se guarda la bandera de la libertad" (251) y que él "afirmó que los obreros eran 'los mejores de nosotros' y sobre todo que, su acción revolucionaria la llevó a cabo en Tampa y Cayo Hueso, en el seno de la clase obrera emigrada (252).

Acudamos, ahora al testimonio de un coetáneo suyo, el socialista Carlos Baliño, quien después sería uno de los fundadores del Partido Comunista Cubano. Dice él de Martí en un artículo publicado en "La voz obrera" de agosto de 1906:

"Cuando aquel paladín de la libertad, que a algunos no gustaba porque tenía 'tendencias socialistas',

tenía como la visión profética de su martirio, solía decirnos a los obreros, sus mejores amigos de siempre..." (253)

He aquí pues, el arte nuevo para Martí, hecho por todos los hombres y en un mundo en el que todos serán trabajadores.

Un arte nuevo hecho por todos y para todos, que revolucionará las formas porque él, en sí mismo, será revolucionario.

Un arte que deberá afincarse en la novedad de la idea, porque será el fruto de la renovación de la sociedad y que, por eso mismo, y no por el mero cambio del paramento, será profundamente nuevo, creador, apuntalador del mundo que está por crearse,

Un arte, en fin, que tendrá como base la íntima unidad ética y estética del artista, en quien no puede haber dualidad posible (254).

Un arte que amalgame la lealtad a los hombres -el deber civil- con el mayor rigor estético.

"Cuándo empezó a ser condición mala el esmero? (255), se preguntó el Apóstol para disipar todas las dudas.

Para Mariátegui, interesado esencialmente en la revolución, aunque muy bien delimitado, como ya hemos visto, su específico interés por lo literario; "No todo arte nuevo es revolucionario."

El Amauta, pedagogo raigal, necesitaba esclarecer la mixtificación, el contrabando que pretendía hacer pasar todo lo nuevo como revolucionario.

"En el mundo contemporáneo -dice- coexisten dos almas, las de la revolución y la decadencia.



Sólo la presencia de la primera confiere a un poema o un cuadro valor de arte nuevo (256).

Lo diáfano de esta aclaración es absoluto: la condición revolucionaria es requisito sine qua non para que una obra de arte -literaria o no- pueda llamarse revolucionaria.

El arte nuevo, pues, para decirlo de una vez por todas, será el arte de la revolución, tendrá como pre-requisito, su advenimiento.

Sin ella, se seguirá produciendo arte o literatura que corresponderá a otros períodos sociales, a otros tipos de sociedad y que, por cierto, nada tendrán de nuevos, puesto que aquellas sociedades ya cumplieron sus ciclos históricos y se encuentran en el tramonto, son sobrevivientes de ellas mismas.

Mal se puede pensar, pues, que puedan producir -o crear o generar- arte nuevo, a lo más que llegarán será a intentar pasarnos de contrabando mixtificaciones que pueden encandilar o engañar a los desprevenidos, como fue el caso del populismo neozoliano, tan rotundamente desmitificado por Mariátegui:

"La demagogia es el peor enemigo de la revolución, lo mismo en la política que en la literatura. El populismo es esencialmente demagógico". (257)

"Zolá, el viejo, el grande, fue, como ya he escrito, la sublimación de la pequeña burguesía. Pequeño-burguesa, pero con los más despreciables estigmas de degeneración y utilitarismo, es toda especulación populista en la literatura y en la política contemporáneas." (258)

Aquí también se puede ver cómo un fenómeno literario -el populismo- tiene su correspondencia con la

política.

..           ¡El lobo con piel de cordero! Un arte en esencia pequeño burgués, reaccionario, que se disfraza de arte proletariado. Mariátegui, dialécticamente, le opone "la sinceridad, la desnudez de la literatura burguesa", que interesa más a los revolucionarios porque les permite "conocer toda la perplejidad, todos los desfallecimientos, todos los delirios del espíritu burgués." (259)

Esto nos revela, además, el carácter antidogmático de Mariátegui y su sentido de un marxismo creador aplicado a la crítica literaria, pues también, por ejemplo, frente al demagógico populismo -arte del pasado que se quiere poner como paradigma en el presente de la literatura desinformada de la América de su tiempo- el Amauta opta por la vanguardia:

"Sobre la mesa de trabajo del crítico revolucionario, independientemente de toda consideración jerárquica, un libro de Joyce será en todo instante un documento más valioso que el de cualquier neo Zolá." (260)

Pero, en definitiva, el arte nuevo, para nuestro autor, "será producido por hombres de una nueva especie".

Este arte no será otro que el arte del proletariado, y no hay en esto ningún sociologismo o historicismo simplistas, pues ya el Amauta, en numerosos artículos y ensayos -aunque no orgánicamente- nos ha descrito su concepción del arte, su estética:

"El arte se nutre de la vida y la vida se nutre del arte. Es absurdo intentar incomunicarlos y

aislarlos. El arte no es acaso sino un síntoma de plenitud de la vida".(261)

En su artículo sobre Lunatcharsky la fórmula queda totalmente aclarada, y el un tanto vago sustantivo "vida" "síntoma de plenitud de la vida", se sustituye y plantea con meridiana claridad marxista: al referirse a los estadistas de la Rusia nueva, dice de ellos:

"No creen que la sociedad o la cultura proletarias puedan producir ya un arte propio. El arte, pien- san, es un síntoma de plenitud de un orden social". (262).

Aquí vemos cómo "orden social" sustituye a "vida" y llegamos a nuestro punto cardinal: sólo cuando se logre la plenitud de ese orden social, se podrá hablar de un arte nuevo, de un arte revolucionario; mientras tanto vivimos en una etapa de transición.

Este carácter transitorio de nuestro tiempo -recordamos el poema de Fernández Retamar "Somos hombres de transición" - también será innumerable y sintomática- mente señalado por Martí:

"Las épocas de construcción, en las que todos los hombres son pocos." (263)

"la poesía nula y de desgano falso e innecesario, con que los orífices del verso parisiense extre- tuvieron estos años últimos al vacío ideal de su época transitoria." (264)

"Una época de transición exige grandes esfuerzos" (265).

"Estamos en tiempos de ebullición, no de condensa- ción" (266).



"vivimos en una época de incubación y rebrote..."  
(267)

"No hay obra permanente porque las obras de los tiempos de reenquiciamiento y remolde son por esencia mudables e inquietas..." (268)

Mariátegui, que vive en plena etapa de la revolución proletaria, podrá darnos una acertada caracterización de ese arte nuevo, sin olvidar que él aún no se ha producido:

"El arte del proletariado no será aquel que describa los episodios de la lucha revolucionaria; será, más bien, aquel que describa la vida emanada de la revolución, de sus creaciones y de sus frutos (...)

El arte nuevo será producido por hombres de una nueva especie. El conflicto entre la realidad moribunda y la realidad naciente, durará largos años. Estos años serán de combate y malestar. Sólo después que estos años transcurran, cuando la nueva organización humana esté cimentada y asegurada, existirán las condiciones necesarias para el desenvolvimiento de un arte del proletariado."  
(269).

### Literatura y revolución

La concepción del Martí revolucionario que venimos presentando no se crea que siempre existió. Salvador Morales, el joven director de la "Sala Martí", de la Biblioteca Nacional de Cuba, señala que nuestro autor es "el eje de un combate clasista" (270), aunque hoy, en plena revolución socialista, en su patria, ya podemos colegir que la victoria del Apóstol es completa.

Sin embargo, es bueno recordar que no siempre



las cosas fueron así, máxime si tenemos en cuenta que ese rescate de la tesitura revolucionaria martiana, se da en el contexto de un proceso revolucionario en marcha, aunque hubo precursores geniales que, en el corazón de la "república mediatizada", supieron preservar y difundir el legado del Apóstol.

Entre los primeros se cuenta a Julio Antonio Mella, al que siguieron Rubén Martínez Villena, Emilio Roig de Leuchsering, Juan Marinello, Raúl Roa y Carlos Rafael Rodríguez, entre otros.

Tendrá que llegar la "Generación del Centenario" -1953-, a cuya cabeza estaba Fidel Castro, para que, con la acción del Moncada, empiece a cobrar vida y actualidad la obra, el pensamiento y la acción revolucionaria de José Martí.

Fidel mismo declaró, en el juicio por los sucesos del Moncada: "Nadie debe preocuparse de que lo acusen de agente intelectual de la revolución, porque el único responsable intelectual de ella es José Martí, el Apóstol de nuestra independencia". (271)

Salvador Morales señala que esa pléyade de jóvenes que ataca el reducto de la tiranía batistiana -el Cuartel Moncada- "viene transida de comprensión de Martí" y que su posición política y revolucionaria los lleva a asimilar, en profundidad, la concepción revolucionaria martiana, hasta el punto de llevarla a la práctica.

"Es -dice Morales- a partir de conjunción tan estrecha, tan entrelazada, entre las fuentes ideológicas martianas y el marxismo, que la lucha ideológica cobra un carácter más serio, más científico." (272)



El escándalo sucede: lo insólito se ha producido:

"En el campo enemigo cunde la alarma: la Revolución Cubana se proclama martiana y marxista." (273)

Si esta simbiosis se produce, natural y clara como el agua, en el Primer Territorio Libre de América, que es "martiano y marxista", se comprenderá fácilmente por qué se justifica un trabajo como éste, que sólo ha pretendido pergeñar un paralelo entre Martí y un marxista-leninista, José Carlos Mariátegui, desde la perspectiva de su concepción de la literatura.

En Cuba nosotros hemos encontrado martianos y mariateguianos ejemplares, dirigentes políticos, escritores, en cuyos espíritus se unifican la raíz del Apóstol y el amor fraternal a la enseñanza y el camino marxista que trazara el Amauta.

Citaremos sólo los nombres de Juan Marinello, Raúl Roa, Carlos Rafael Rodríguez, José Antonio Portuondo y Roberto Fernández Retamar: el contacto personal con ellos, la lectura de sus obras, nos permitió ver un poco más claro que la ruta que abrió Martí, fue abonada por Mariátegui y fecundó, espléndida y esplendente, en la Revolución Cubana, suma y síntesis del legado del Apóstol, de la doctrina del Amauta.

Portuondo, inclusive, con ese brillante denuedo que caracteriza a su estilo, señala que "Nuestra América" es "el antecedente legítimo en fondo y forma de la "Segunda Declaración de La Habana". (274)

"Se trata -continúa Portuondo- em ambos casos de



documentos analíticos, oratorios, en donde grandes oraciones envolventes van desarrollando, ante las masas americanas, los problemas de nuestro tiempo. La estructura, inclusive, de la 'Segunda Declaración de La Habana', es hija de 'Nuestra América'". (275).

No podemos encontrar mejor explicación acerca de la vinculación entre literatura y revolución, para Martí, que esta especificación de Portuondo.

De todos modos, por su valor para la actualidad más entrañable, citaremos las palabras, sobre Martí, de uno de los más grandes revolucionarios de este siglo, de otro hijo de 'nuestra América', de otro marxista-leninista en cuyo espíritu y en cuya praxis, igualmente, se unimismaron las enseñanzas del Apóstol, junto con las irrefutables de ese "movedor titánico de la cólera de los trabajadores", de "aquel alemán de alma sedosa y mano férrea" que fue Carlos Marx (por si fuera poco las frases son nada menos que de Martí) (276).

Dijo el Che Guevara en su discurso del 29 de enero de 1960:

"Martí fue el mentor directo de nuestra revolución, el hombre cuya palabra había que recurrir siempre para dar la interpretación justa de los fenómenos históricos que estábamos viviendo, porque José Martí es mucho más que cubano: es americano; pertenece a todos los veinte países de nuestro Continente (...) Cúmplenos a nosotros el honor de hacer vivas las palabras de José Martí en su patria, en el lugar donde nació",

Y todo lo que han hecho los revolucionarios cubanos y latinoamericanos para rescatar, y "hacer vivas" las palabras del Apóstol, se fundamenta no sólo en el

hecho de que éste diera el ideario político más radical para su tiempo, ni que su obra literaria sea 'una guía para la acción', sino a que él mismo tuvo la clara visión del mundo que advenía.

Recurrimos nuevamente al testimonio de su coetáneo y compañero Carlos Baliño. En su artículo ya citado de 'La Voz Obrera' -agosto de 1906- escribe quien, consecuente con sus ideas, evoluciona desde la posición socialista hasta la de fundador, en 1925, del glorioso PCC:

"...solía decirnos (Martí) a los obreros, sus mejores amigos de siempre: TODO HAY QUE HACERLO DESPUES DE LA INDEPENDENCIA. PERO A MI NO ME DEJARAN VIVIR. A VOSOTROS OS TOCARA, COMO CLASE POPULAR, COMO CLASE TRABAJADORA, DEFENDER TENAZMENTE LAS CONQUISTAS DE LA REVOLUCION" (278).

Mariátegui, aunque al parecer no tuvo un contacto muy directo con la obra de Martí -no hemos hallado ningún ensayo que le dedicara al autor de 'Nuestra América' y sólo hay un artículo sobre el Apóstol en "Amauta", el "Novísimo retrato de José Martí", debido a José A. Foncueva, publicado en el N°14 de abril de 1928- articula una asombrosa continuidad con el pensamiento revolucionario del autor de Versos Libres. Mariátegui es la continuación dialéctica del pensamiento y la acción revolucionaria de Martí.

El tránsito desde el nacionalismo revolucionario martiano hasta el marxismo-leninismo mariateguiano se da sin ninguna anfractuosidad.

La línea es directa y pasa por el puente de Rubén Martínez Villena, poeta y dirigente comunista. Y, sobre todo, por ese gran marxista latinoamericano -hermano

de lucha de nuestro Mariategui y compañero entrañable en muchas de sus campañas antimperialistas- que fue Julio Antonio Mella.

Mella, como anota Salvador Morales, restableció, bajo la interpretación marxista, la continuidad del pensamiento revolucionario de José Martí (279).

Su opúsculo Glosando los pensamientos de Martí -de 1926- arrojó la luz del marxismo a la figura que habían intentado ensombrecer tantos traidores, tantos oportunistas, tantos diversionistas (aunque en esa época el término no se manejaba en su acepción contemporánea).

Mella pidió estudiar la obra de Martí "con un análisis de los principios revolucionarios... a la luz de los hechos de hoy." (280)

Eso significaba confrontar la vigencia del pensamiento del Apóstol, su actualidad: y de esa confrontación salió, más vivo que nunca, el ariete de fuego de su obra antimperialista.

Mella recordó las palabras de Martí a Carlos Baliño: "La revolución? La revolución no es la que vamos a iniciar en las maniguas, sino la que vamos a desarrollar en la república." (281), con lo que se comprende que Martí tenía muy claro el problema de que la Independencia de España sólo era un medio, un paso hacia adelante en pos de la Segunda y definitiva Independencia, la que llegaría con la Revolución Socialista; la que llegó para Cuba con la gesta que, bajo la advocación de su Apóstol, se inició el 26 de julio de 1953, y concluyó en la madrugada del 1 de enero de 1959, con la expulsión de Batista y sus esbirros, y el inicio de un proceso que, glorioso y ejemplar, se mantiene enhiesto hoy en día, bajo las

banderas de Martí, de Marx y de Lenin, también maestros del Amauta José Carlos Mariátegui.

La literatura revolucionaria, la literatura de la Revolución, igualmente, se inicia -en Cuba y en América- con José Martí.

Portuondo sintetiza magistralmente este proceso (282).

Y si nosotros lo hemos referido tantas veces a lo político, es porque lo político y lo literario no presentan fisura alguna en el caso de nuestros autores.

La declaración de la Segunda Independencia, la que se dirige contra el imperialismo norteamericano, tiene, según Portuondo, su Manifiesto inicial en 1891, con el ensayo de Martí "Nuestra América".

Este es, igualmente, el comienzo de nuestra independencia literaria, de nuestra revolución literaria.

Martí conjunciona, en su magistral ensayo, todos los elementos de nuestra América en pugna por liberarse.

Lo genial del Apóstol -para su época- es que, en su ensayo, están planteados, en forma conjunta, en forma orgánica, los problemas sociales, económicos, políticos, culturales y literarios de la América en trance de cambio.

Ni la política, ni la cultura, ni la sociología, ni la economía, ni la literatura, podrán dar batalla por separado; como tampoco batallarán, aislados, los países en los cuales aquéllas se producen.

Recordemos:

"Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan a ser sobrios.



Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena. Las academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillesca y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, cantelleante y cernida, va cargada de idea. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio."

"Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos.

"¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! (léase el imperialismo norteamericano: W.O.) Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes." (283).

Este sentido martiano de unidad de la problemática general de nuestros pueblos, en momentos del inicio de la lucha por su Segunda Independencia, de la lucha —más concretamente hablando— por la Revolución, es desarrollado por Mariátegui, ya premunido de las leyes generales del desarrollo histórico y social.

Martí, sin ser marxista, veía los vínculos entre literatura, economía, política, historia y sociología, que Mariátegui, por ejemplo, desarrollaría en estos términos (con respecto a la crítica literaria):

"Para una interpretación profunda del espíritu de una literatura, la mera erudición literaria no es suficiente. Sirven más la sensibilidad política y la clarividencia histórica. El crítico profesional considera a la literatura en sí misma. No percibe sus relaciones con la política, la economía, la vida en su totalidad. De suerte que su investigación no llega al fondo, a la esencia de los fenómenos literarios. Y, por consiguiente, no acierta a definir los oscuros factores de su génesis ni de su subconciencia." (284)



El texto de Mariátegui es de 1928.

Cuarentisiete años antes, en 1881, en su artículo sobre "El carácter de la Revista Venezolana", el Apóstol había escrito:

"Es fuerza convidar a las letras a que vengan a andar la vía patriótica, de brazo de la historia, con lo que las dos son mejor vistas, por lo bien que hermanan, y del brazo del estudio, que es padre prolífico, y esoposo sincero, y amante dadivoso." (285).

El martiano Manifiesto inicial de nuestra Segunda Independencia -política, literaria-, o sea "Nuestra América", siempre según Portuondo, es "precisado", en 1928, por José Carlos Mariátegui.

Esta vez el documento se llama "Aniversario y Balance", y es el editorial del N°17 de la revista "Amauta", la celeberrima publicación que fundara y dirigiera el autor de los 7 Ensayos. (286)

Con aquel editorial se celebraba el II Aniversario de esa "tribuna del pensamiento americano", que en setiembre último (1976), acaba de cumplir cincuenta años.

Aquí Mariátegui puntualiza el papel de los intelectuales y de la literatura revolucionaria, y su irrenunciable militancia con la causa del socialismo, descartando "todas estas caricaturas y simulacros de ideologías" (se refería a las posiciones "arielistas" que, en plena época de los monopolios, es decir, del imperi-ismo, preconizaban "el contraste entre una América sajona materialista y una América latina idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida.")

En este editorial luminoso, Mariátegui señala posiciones que compartimos todos los escritores revolucionarios de nuestra América y que, en definitiva, nosotros encontramos que son la continuación dialéctica de lo ya pergeñado por José Martí:

"Amauta" -escribe Mariátegui- no es una diversión ni un juego de intelectuales puros: profesa una idea histórica, confiesa una fe activa y multitudinaria, obedece a un movimiento social contemporáneo..." (287)

Y contra todos los apócrifos "tercerismos", que los burgueses, diversionistas y traidores de toda laya pretenden pasar de contrabando (288), he aquí la requisitoria de Mariátegui:

"En la lucha entre dos sistemas, no se nos ocurre sentirnos espectadores ni inventar un tercer término. La originalidad a ultranza, es una preocupación literaria y anárquica." (289)

La conclusión cae por su peso y, asimismo, sirve al ensayista para desenmascarar al Partido que, el mismo año, en su opúsculo, "Qué es el ARPA?", había denunciado, en su esencia pequeñoburguesa y entreguista al imperialismo, el gran Julio Antonio Mella:

"En nuestra bandera inscribimos esta sola, sencilla y grande palabra: Socialismo. (Con este lema afirmamos nuestra absoluta independencia frente a la idea de un Partido Nacionalista, pequeñoburgués y demagógico)." (290)

El trabajo de definición ideológica como lo



dice Mariátegui, había concluido. A "Amauta", para ser fiel a la revolución, le bastaba con ser una revista socialista.

Quedaban liquidados, pues, los términos "nueva generación", "nuevo espíritu", "nueva sensibilidad", así como "vanguardia", "izquierda", "renovación". Todos estos eran rótulos, marbetes. Sirvieron en su hora, pero ya, en 1928, resultaban demasiado "genéricos y anfibológicos", así como también entrañaban el peligro de que bajo ellos, "empiezan a pasar gruesos contrabandos". (291)

Igual para el caso de los escritores, de los artistas revolucionarios: los epítetos "izquierda", "vanguardia", etc., mostraban su total obsolescencia.

Una literatura revolucionaria, para ser tal, le bastaba con ser socialista:

"Capitalismo o Socialismo. Este es el problema de nuestra época", concluye Mariátegui, y esta antítesis nos concierne a todos.

"Hagamos las cuentas, seria y francamente con la realidad", (292) nos había pedido, líneas más arriba, el autor de los 7 Ensayos, en este Manifiesto (de 1928) por nuestra Segunda Independencia (política y literaria).

Ningún resquicio quedaba, pues, para la evasión.

Martí, como vimos, nos dijo, a su vez, en su Manifiesto de 1891, que: "le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real." (293); y dos años después en su bellissimo artículo sobre Julián del Casal, había puntualizado que "en América está ya en flor la gente nueva que pide peso a la prosa y condición al verso,

y quiere trabajo y realidad en la política y en la literatura". (294)

Abrazados históricamente -1891, 1928- por una decidida vocación hacia el hombre real que, seria y francamente, haga cuentas con su entorno, que lo estudie y utilice la escritura como arma de combate para revolucionarlo, Martí y Mariátegui tienen su coherente culminación en la gesta revolucionaria de Cuba socialista que, a partir de 1959, "ha puesto sobre el tapete, con la lucha por una sociedad más justa y por el hombre nuevo, la urgencia de hallar, para ambos, su adecuada expresión estética." (295).

En la Cuba martiana y marxista de hoy se cumplen los postulados de la literatura revolucionaria que preconizaran, con su genial visión el Apóstol, y, con su concepción científica del mundo, el Amauta.

Por eso, allí, en el Primer Territorio Libre de América, con toda seguridad, sus escritores (martianos raigales), suscribirían este planteamiento de José Carlos Mariátegui:

"Para el literato de la revolución existen otras categorías humanas y otros valores universales. Su mirada no descubre sólo los seres de excepción de la superficie. Vuela hacia otros ámbitos. Explora otros horizontes. El artista de la revolución siente la necesidad de interpretar el sueño oscuro de la masa. No le interesa, exclusiva y enfermizamente, el caso; le interesa la vida. La vieja épica era la exaltación del héroe; la nueva épica será la exaltación de la multitud. En sus cantos, los hombres dejarán de ser el coro anónimo e ignorado del hombre." (296)

Y lo suscribirían porque, como ya lo sabemos, hace casi ochenta años, su Apóstol les había explicado:

"Ha entrado lo bello a ser dominio de todos...  
El genio va pasando de individual a colectivo.  
El hombre pierde en beneficio de los hombres..."



CITAS

- 1) J.M., O.C., T. XXI, p. 164
- 2) Ibid
- 3) José Martí: Ensayos sobre arte y literatura, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972. (El subrayado es nuestro). p. 156.
- 4) H.O. Dill, Ob. cit. p. 10
- 5) J.M., O.C., T.VI, p. 19
- 6) J.M., O.C., T.XXI, p. 174 (El subrayado es nuestro)
- 7) J.C.M.: 7 Ensayos, p. 188
- 8) Ibid, p. 212
- 9) Ibid, p. 190
- 10) Ibid (El subrayado es nuestro)
- 11) Ibid p. 191
- 12) Ibid p. 192
- 13) Ibid, p. 193 (El subrayado es nuestro)
- 14) Ibid
- 15) Ibid, p. 194
- 16) Ibid, p. 201
- 17) Ibid, p. 224-225
- 18) J.M., O.C., T.III, p. 407 (El subrayado es nuestro)
- 19) Ibid
- 20) J.M., Ensayos sobre arte y literatura, p. 38
- 21) Ibid, p. 40 (El subrayado es nuestro)
- 22) Ibid, p. 41
- 23) Ibid
- 24) H.O.Dill, Ob. cit., p. 122
- 25) Ibid, p. 93
- 26) J.M., O.C., T.XI, pp. 333-356
- 27) Ibid, p. 335
- 28) J.M., O.C., T.XI, p. 114
- 29) J.M., O.C., T.II, p. 368
- 30) J.M., O.C., T.V, p. 221
- 31) H.O.Dill, Ob. cit., p.98
- 32) Ibid, p. 99
- 33) J.M., O.C., T.XV, p. 26
- 34) J.C.M., O.C., T. XII, p. 76
- 35) J.C.M., Ibid, p. 84
- 36) Ibid, p. 85
- 37) J.C.M., O.C., T.VI, p. 159 (El subrayado es nuestro)
- 38) J.C.M., O.C., T.I, p. 99
- 39) J.C.M., O.C., T.VI, p. 60
- 40) Ibid, pp. 93-94

- 41) Ibid, p. 117 (El subrayado es nuestro)
- 42) J.C.M., O.C., T.I, p. 93
- 43) J.C.M., O.C., T.XI, p. 59
- 44) J.C.M., O.C., T.III, p. 114
- 45) J.C.M., 7 Ensayos... p. 215
- 46) Ibid, p. 203 (El subrayado es nuestro)
- 47) Ibid. (El subrayado es nuestro)
- 48) En una carta del magno poeta César Vallejo dirigida a J.C.M. podemos leer lo siguiente: "He recibido 'Amauta'. Sigo con fervorosa simpatía los trances y esfuerzos culturales de nuestra generación, a cuya cabeza está Ud..." cit. por Manuel Velásquez Rojas: "Cartas de César Vallejo" XXI en diario Expreso 13-11-76.
- 49) Dessau, Ob. cit., p. 61
- 50) H.O.Dill, Ob. cit., p. 109
- 51) J.M., O.C., T.VI, p. 457
- 52) H.O.Dill, Ob. cit., p. 37 (El subrayado es nuestro)
- 53) J.M., Ensayos sobre arte... p. 214
- 54) J.M., O.C., T.XV, p. 433 (El subrayado es nuestro)
- 55) J.M., Ensayos... p. 213
- 56) Ibid, p. 26
- 57) Ibid, p. 157
- 58) Vid. J. Marinello: José Martí, escritor americano, p. 230
- 59) Ibid, (El subrayado es nuestro)
- 60) J.M., Ensayos sobre arte..., p. 55 (El subrayado es nuestro)
- 61) J.M., Versos sencillos, en O.C., T.XVI, p. 115
- 62) Ibid p. 113
- 63) J.M., Ensayos sobre arte..., p. 55 (El subrayado es nuestro)
- 64) J.M., O.C., T.XVI, p. 112
- 65) Ibid, p. 65
- 66) J.M., Ensayos sobre arte..., p. 10
- 66A) El caso de Vargas Llosa y la inmensa minoría de la "Intelectualidad" pequeño-burguesa latinoamericana, que desde las "capitales de la cultura Occidental", pretendieron hacer un cargamontón contra la patria de Martí, con el pretexto del "affaire Padilla", actualizó esta genial previsión del Apóstol.
- 66B) J.M., Ensayos sobre arte..., p. 11
- 67) J.M., O.C., T.XVIII, p. 349 (El subrayado es nuestro)
- 68) J.M., Ensayos sobre arte... pp. 233-234
- 69) Luis Toledo Sante: Crear es pelear, crear es vencer. Publicada por la Dirección de Extensión Universitaria,

- La Habana, Cuba, Marzo de 1976, p. 44
- 70) Ibid, p. 12
  - 71) Ibid, p. 11
  - 72) J.M., Ensayos sobre arte... p. 237
  - 73) Ibid, p. 238
  - 74) Ibid, p. 187
  - 75) J.M., O.C. T.VI, p. 15
  - 76) J.M., Ensayos, cit. p. 47
  - 77) Ibid, p. 49
  - 78) Título, precisamente, bajo el que los editores de JCM reunieron -Tomo VI de las O.C.- algunos de sus artículos más relevantes sobre arte y literatura.
  - 79) Mariátegui escribe: "El 'no conformismo' en tiempos de regular crecimiento capitalista, prestaba a la salud braguesa servicios de reactivo. Tenía por objeto estimular su energía moral como una secreción excitante. Henry Thoreau rebelándose con extremo individualismo contra el pago de impuestos, no pone mínimamente en peligro el equilibrio de una sociedad liberal y puritana: es un signo de vitalidad y de juventud del individualismo de la futura democracia de Roosevelt y de Hoover (JCM, O.C., T.III, p. 185)
  - 80) Nombre del tomo III de las O.C. de J.C.M.
  - 81) Cf. A. Dessau, Ob. cit., p. 77
  - 82) Ibid, p. 74
  - 83) Ibid, p. 78
  - 84) J.C.M., O.C., T.I, p. 155
  - 85) Ibid
  - 86) J.C.M., O.C., T. VII, pp. 125-126
  - 87) Ibid, p. 132
  - 88) J.C.M.: Presentación de "Amauta": Lima, setiembre de 1926; Cf. O.C., T.XIII, p. 239 (El subrayado es nuestro)
  - 89) Cf. Winston Orrillo "Raúl Roa habla sobre Mariátegui" en revista Bohemia, Habana, Cuba, 10 setiembre, 1976, pp. 4-6
  - 90) J.C.M.: "Aniversario y Balance" Editorial del N°17 de "Amauta; cf. O.C., T.XIII, p. 247
  - 91) J.M., O.C., T. VIII, pp. 318-319
  - 92) Ibid, p. 314
  - 93) J.C.M., O.C., T.XII, p. 29. Es útil la lectura, completa, del artículo "El Ibero-americanismo y el Pan-americanismo" del que hemos tomado esta cita.
  - 94) J.M., O.C., T.VI, p. 15
  - 95) J.C.M., O.C., T. XII, p. 27
  - 96) Cf. "La ley marcial en Haití" en O.C., T. XII p. 141



- 97) J.C.M., O.C., T.XII, p. 33
- 98) En Cuba de viva voz, hemos recibido los testimonios -Juan Marinello, Raúl Roa- de cómo se esperaba, ansiosa, tensamente, la llegada de cada número de "Amauta" con la palabra del maestro peruano. Suponemos que así debe haber sido en otros lugares pues la gran revista -cuyo cincuentenario estamos celebrando- llegó a todos los rincones de América.
- 99) J.C.M., O.C., T.VI, p. 28
- 100) Esta proclividad no ha sido perdida por la inefable burguesía peruana. Al autor de este trabajo le sucedió el hecho de que un director de Diario de circulación nacional -de cuyo nombre no quiere acordarse- le dijo que podía enviar artículos, pero que no fueran "políticos" (segundo semestre de 1976)
- 101) J.C.M., O.C., T.VI, p. 58
- 102) J.C.M., O.C., T. I, p. 154
- 103) Ibid, p. 158
- 104) J.C.M., O.C., T. I, pp. 154-155
- 105) Esta y otras entrevistas forman parte del libro en preparación Mariátegui y la Revolución Cubana.
- 106) Generosidad que hizo circular el libro tanto que ya no volvió jamás a la biblioteca de Roig, y pasó a ser de uso colectivo, y entró a la cárcel junto a varios luchadores sociales cubanos (Testimonio de Roa).
- 107) J.C.M., O.C., T.I, pp. 153-154
- 108) Ibid, p. 158
- 109) Ibid
- 110) Uno de los aportes de JCM es -lo repetimos- el haber considerado el sentido amplio -y contemporáneo- del término intelectual, no circunscribiéndolo sólo a los escritores y artistas.
- 111) J.C.M., O.C., T. XII, p. 104
- 112) J.C.M., Editorial N°10 Amauta, diciembre 1927. Vid. O.C., T. XIII, p.p. 241-242
- 113) J.C.M., O.C., T. III, p. 211
- 114) J.C.M., O.C., T. I, p. 27
- 115) J.C.M., O.C., T. XII, p. 103 Ejemplos como el de Jorge Basadre, antimperialista en su juventud, y luego ministro de un gobierno oligárquico -Manuel Prado- así lo prueban.
- 116) J.C.M., O.C., T.VII, p. 46
- 117) J.C.M., O.C., T.III, p. 23 (El subrayado es nuestro)
- 118) J.C.M., O.C., T. VI, p. 58
- 119) J.C.M., O.C., T.III, p. 221
- 120) Ibid, p. 109



- 121) J.C.M., O.C., T. I, p. 24
- 122) J.C.M., O.C., T. III, p. 29
- 123) Ibid
- 124) Ibid, pp. 106-107
- 125) J.C.M., O.C., T. VII, p. 96 (El subrayado es nuestro)
- 126) J.C.M., O.C., T. III, p. 107
- 127) Luis Hernán Ramírez "Mariátegui y la literatura", en Vigencia de José Carlos Mariátegui, Campodónico, Ediciones, Lima, 1972, p. 225
- 128) J.C.M., O.C., T.III, p. 106
- 129) J.C.M., O.C., Tv. I, p. 154
- 130) J.C.M., O.C., T. I, p. 173
- 131) El que fuera asesinado por José Santos Chocano
- 132) J.C.M., O.C., T.XI, p. 82 (El subrayado es nuestro)
- 133) J.C.M., O.C., T. VI, p. 152
- 134) "Indudablemente Martí, como escritor, compartió al igual que otros modernistas, ciertos caracteres del llamado impresionismo..." Esta cita es del prólogo de R. Fernández Retamar a la selección de Ensayos sobre arte y literatura de Martí; p. IX. Recomendamos la lectura del prólogo íntegro.
- 135) Cit. p. R.F.Retamar Ibid, p. XII (El subrayado es nuestro)
- 136) Reléase las citas especialmente de J. Marinello en su libro: José Martí, escritor americano.
- 137) Citado por R. Fernández Retamar, prólogo a Ensayos... p. VIII
- 138) Ibid, p. 157
- 139) J. Marinello, Ob. cit., p. 232 (El subrayado es nuestro)
- 140) Ibid.
- 141) J.M. Ensayos..., p. 233
- 142) J.Marinello: Once ensayos martianos, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, Habana, Cuba, 1964, p. 120
- 143) Ibid
- 144) Ibid
- 145) Ibid, p. 122
- 146) J.M., O.C., T.VI, p. 17
- 147) Ibid, p. 18 (El subrayado es nuestro)
- 148) J.M., O.C., T. XVIII, p. 302 (El subrayado es nuestro)
- 149) J.C.M., O.C., T. VI, pp. 178-179
- 150) Ibid p. 156
- 151) J.M., Ensayos... p. 171
- 152) J.M., O.C., T. XV, p. 431
- 153) J.C.M., O.C., T. VII, p. 85-86
- 154) J.C.M., O.C., T. III, p. 166
- 155) J.C.M., O.C., T. VI, p. 186



- 156) Ibid, p. 24
- 157) Ibid.
- 158) Ibid, p. 179
- 159) H.O.Dill, ob. cit., pp.69-79
- 160) J.C.M., O.C., T. VI, p. 24-25
- 161) Ibid.
- 162) Ibid, p. 23
- 163) Ibid, p. 178 (El subrayado es nuestro)
- 164) Ibid.
- 165) Ibid, p. 47
- 166) Ibid.
- 167) Ibid, p. 30
- 168) J.C.M., O.C., T. XII, p. 107 (El subrayado es nuestro)
- 169) J.C.M., O.C., T.VI, p. 19 (El subrayado es nuestro)
- 170) J.M., O.C., T. XV, p. 431
- 171) J.C.M., O.C., T. XI, p. 18-19
- 172) J.C.M., O.C., T. III, p. 166
- 173) J.C.M., O.C., T. VI, p. 167
- 174) J.C.M., O.C., T.VII, p. 111
- 175) J.M., Ensayos..., cit., p. 10
- 176) Ibid, p. 76
- 177) H.O.Dill, Ob. cit., p. 40
- 178) José Antonio Portuondo: Martí y el diversionismo idiológico, p. 18
- 179) J.C.M., O.C., T. XII, p. 29 (El subrayado es nuestro)
- 180) Ibid
- 181) En nuestra mesa de trabajo tenemos un libro de Frank, Nacimiento de un mundo, publicado nada menos que en el Instituto Cubano del Libro, en 1967. Prueba más que suficiente de que Frank no se convirtió, ni mucho menos, en enemigo de nuestros pueblos.
- 182) J.C.M., O.C., T. XII, pp. 29-30
- 183) J.M., O.C., T. VI, p. 457 (El subrayado es nuestro)
- 184) J.M., Ensayos... cit., p. 54
- 185) J.M., O.C., T. VI, p. 17
- 186) José Antonio Portuondo: "La emancipación literaria de Hispanoamérica", Cuadernos de la Casa de las Américas, N°15, pp. 156-157.
- 187) Vid. J.C.M., O.C., T.XIII, p. 248 (El subrayado es nuestro) Portuondo, ob. cit., pp. 158-159, también hace, destacando su valor fundamental, esta cita.
- 188) Portuondo, Ibid.
- 189) Ibid.
- 190) J.C.M., O.C., T. XII, p. 27
- 191) J.M., Ensayos..., cit., p. 26



- 192) Ibid p. 11
- 193) J.M., O.C., T.VI, p. 21
- 194) J.M., O.C., T.VII, p. 407
- 195) J.C.M., O.C., T.I, p. 101
- 196) J.M., O.C., T.XV, p. 433
- 197) J.M., Ensayos..., cit. p. 44
- 198) Ibid p. 123 (El subrayado es nuestro)
- 199) J.M., O.C., T.XV, p. 431 (El subrayado es nuestro)
- 200) J.M., O.C., T. I, p. 27
- 201) Ibid.
- 202) J.M., Ensayos..., cit., p. 120
- 203) R. Fernández Retamar: Prólogo a Ensayos... de Martí, p. XXI
- 204) Ibid
- 205) J.M., O.C., T. VIII, p. 314
- 206) J. Marinello, Martí, escritor americano, p. 230
- 207) J.M., Ensayos..., cit. p. 213
- 208) Ibid, p. 180
- 209) J.C.M., O.C., T.III, p. 200
- 210) Recordemos que en las instrucciones de la ya citada Carta-Testamento Literario (O.C., T.I, p. 27) habla de que podría componerse un libro con sus "salidas más pintorescas y jugosas".
- 211) R. Fernández Retamar, Prólogo a Ensayos..., cit., p. XXIV
- 212) Ibid
- 213) J.C.M.: 7 Ensayos, p. 182
- 214) J.C.M., O.C., T.VI, p. 26
- 215) Ibid, p. 28
- 216) J.C.M., O.C., T. XI, p. 19
- 217) J.C.M., O.C., T.VI, p. 18
- 218) Ibid, p. 19
- 219) Ibid, p. 21
- 220) Ibid, p. 116
- 221) Ibid.
- 222) A. Melis: "Estética, crítica literaria y política cultural en la obra de JCM, apuntes" en Revista "Textual" N°7, 1973, p. 68.
- 223) Ibid
- 224) El artículo de Martí es de 1886; el de Mariátegui, de 1926.
- 225) J.M., Ensayos..., cit., p. 138
- 226) J.C.M., O.C., T.I, p. 185.
- 227) J.C.M., O.C., T. VI, p. 19
- 228) J.C.M., 7 Ensayos, p. 181
- 229) J.M., Ensayos..., cit. p. 11 (El subrayado es nuestro)

- 230) Ibid, p. 54
- 231) Ibid, p. 61
- 232) Ibid. pp. 74-75
- 233) R. Fernández Retamar: Prólogo a Ensayos..., p. XXIV
- 234) J.C.M., O.C., T.XII, p. 81
- 235) J.C.M., O.C., T.XI, p. 74
- 236) J.C.M., O.C., T.XII, p. 93
- 237) J.M., O.C., T.VI, p. 20
- 238) Véase cita 33 de la I parte.
- 239) J.M., O.C., T. VI, p. 21
- 240) J.M., Ensayos... p. 234
- 241) J. Marinello: José Martí escritor americano, p. 265
- 242) Recordemos que estas consideraciones fueron escritas en 1882, en Nueva York, como prólogo al Poema del Niágara de Juan Antonio Pérez Bonalde.
- 243) J.M.: Ensayos... cit., p. 115
- 244) José Antonio Portuondo: "Martí y el escritor revolucionario" en Anuario Martiano N°2, La Habana, Cuba 1970, p. 145.
- 245) J.M., Ensayos..., cit., pp. 66-67.
- 246) Ibid, p. 246.
- 247) Ibid, p. 117
- 248) Ibid, pp. 37-38.
- 249) Ibid.
- 250) H.O.Dill, ob. cit., p. 63
- 251) cit. p. Carlos Rafael Rodríguez, Ob. cit., p. 13
- 252) Ibid.
- 253) Citado por J. Marinello: Prólogo a Glosas de Martí por J.A.Mella, La Habana, Cuba, 1941, p. 8
- 254) J.A. Portuondo, ob. cit., p. 158.
- 255) J.M., Ensayos... p. 57
- 256) J.C.M., O.C., T. VI, p. 18
- 257) Ibid, pp. 33-34
- 258) Ibid, p. 35
- 259) Ibid.
- 260) Vid. A. Melis, artículo citado en Textual N°7, pág.67. J.C.M., O.C., T. VI, p. 35.
- 261) J.C.M., O.C., T.VI, p. 186
- 262) J.C.M., O.C., T.I, p. 99
- 263) J.M., Ensayos..., cit. p. 173 (El subrayado es nuestro)
- 264) Ibid, p. 233 (El subrayado es nuestro)
- 265) Ibid., p. 39 (El subrayado es nuestro)
- 266) Ibid, p. 51 (El subrayado es nuestro)
- 267) Ibid, p. 53 (El subrayado es nuestro)
- 268) Ibid, p. 111 (El subrayado es nuestro)

- 269) J.C.M., O.C., T.I, pp. 92-93
- 270) Recomendamos la lectura del excelente ensayo de Salvador Morales "La batalla ideológica en torno a José Martí" donde se puede encontrar un apretado recuerdo de todo lo relacionado con este tema. Vid. Anuario Martiano, N°5, La Habana, Cuba, 1974, pp. 1-18.
- 271) Citado por Salvador Morales, ob. cit., p. 15
- 272) Ibid.
- 273) Ibid.
- 274) J.A. Portuondo: "Martí y el escritor revolucionario", en Anuario Martiano. N°2, La Habana, Cuba, 1970, p.155
- 275) Ibid.
- 276) J.M., O.C., T. XIII, p. 245.
- 278) Citado por J. Marinello: Prólogo a "Glosas de Martí por J.A. Mella." La Habana, Cuba, 1941, p. 8.
- 279) S. Morales, ob. cit., p. 10
- 280) J.A. Mella, ob. cit., en "Casa de las Américas" N°76 p. 6.
- 281) Ibid.
- 282) A. Portuondo: "Literatura y Revolución en Nuestra América", en La emancipación literaria de Hispanoamérica, Cuadernos N°15, Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1975, p. 166.
- 283) "Nuestra América" en J.M., O.C., T.VI, pp. 15 y 21 (El subrayado es nuestro).
- 284) J.C.M.: 7 Ensayos, p. 195
- 285) J.M., Ensayos..., cit., p. 55 (El subrayado es nuestro)
- 286) Vid. J.C.M., O.C., T. XIII, pp. 246-250.
- 287) J.C.M., O.C., T. XIII, p. 246.
- 288) Y también contra ese "Ni comunismo, ni capitalismo" que los "ideólogos" del llamado "proceso Peruano" pretenden endilgarle al pueblo para desviarlo de su irreversible vocación hacia la Segunda y definitiva Independencia.
- 289) J.C.M., O.C., T. XIII, p. 246 (El subrayado es nuestro)
- 290) Ibid.
- 291) Ibid, p. 247.
- 292) Ibid, p. 248
- 293) J.M., O.C., T. VI, p. 20
- 294) J.M., Ensayos..., cit., p. 234.
- 295) J.A. Portuondo, ob. cit., p. 166
- 296) J.C.M., O.C., T.I, p. 161



## CONCLUSIONES

- 1.- Nacidos en cuna pobre, Martí y Mariátegui dirigen su acción -en la política, en la literatura- hacia el pueblo y, más concretamente, hacia la clase obrera. Martí fue el primero en incorporar en Cuba -lo dice un enemigo como censura, pero le resulta un "boomerang"- a los obreros de su patria, a las clases desposeídas, a la acción política, concretamente al Partido Revolucionario Cubano, que lleva adelante la lucha independentista de su país. "Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar", había escrito, y lo cumplió fielmente. Mariátegui, por su parte, es el maestro -el Amauta- de la clase obrera peruana, a la que dicta magistrales clases en la Universidad Popular "González Prada", informa mediante su periódico "Labor" y ayuda a culturizarse con la creación de la Oficina de Autoeducación obrera. Mariátegui es, también, indiscutiblemente el organizador del proletariado peruano, al que agrupa en su primera Central Sindical Clasista, la CGTP; y cuya vanguardia más esclarecida incorpora en la fundación del Partido de la Clase Obrera, el Partido Socialista Peruano, afiliado a la III Internacional, con ideología marxista-leninista, y que luego será el PCP.
- 2.- En ambos es imposible separar al político del artista; es más, podríamos decir que la grandeza de su acción política se sustenta en el poderoso sentido vital, creador, que su amor incoercible al arte -que es amor a la vida- les infundía. Ambos emplean el arte -con sus medios



específicos- como un arma más en la lucha que era la mi sión más alta de sus existencias: servir a sus pueblos, ayudar a liberarlos y fundar un hombre nuevo.

- 3.- Martí y Mariátegui no sólo dicen, no sólo escriben, sino que hacen. Martí hace la guerra de la Independencia de su patria, después de fundar el PRC, la revista "La Edad de Oro", el periódico "Patria"; Mariátegui funda "Amauta", "Labor", organiza a los obreros peruanos en su Central Unica: La CGTP, en su Partido de Vanguardia, el PSP (que después sería el PCP). Es decir, la teoría, en ambos, se unimisma con la praxis. Pensamiento y acción, en Martí y Mariátegui, forman un binomio indisoluble.
- 4.- Sin ser escritores "profesionales", en el estrecho, limi tativo sentido que al término le han dado autores como Vargas Llosa, v. gr., Martí y Mariátegui, quizá por eso mismo, abarcan más ampliamente la ancha, rica y convulsa urdimbre de su tiempo. Resulta, pues, más que paradójico, inteligible dialécticamente, el hecho de que Martí, con una obra casi no literaria, sea -según Fernández Retamar y muchos otros- el mayor escritor del Continente; y que Mariátegui, en una situación semejante, devenga en "el fundador de la ciencia y crítica literarias marxistas en América Latina", según A. Dessau.
- 5.- Es en este sentido que las obras de nuestros autores resultan paradigmáticas de lo que puede ser el nuevo

escritor de nuestras dolorosas repúblicas de América; y a la vez sus obras rescatan una rica tradición de autores que, en el pasado y en el presente, han hecho, en América y en el llamado Tercer Mundo, obra literaria vinculada entrañablemente a las luchas de sus pueblos, a sus impostergables tareas políticas.

En el pasado bastaría citar los nombres de Lizardi, Bello, Echevarría, Mármol, Melgar, Jristo Botev y Petofi; y, en el presente, los de Neruda, Ho Chi Minh, Mao, Heraud, Nicolás Guillén o Agostinho Neto.

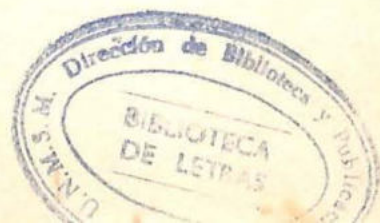
6.- Las obras de Martí y Mariátegui son ejemplares y llegan a lo más alto de la expresión, porque partieron desde la base, desde la raíz, desde el pueblo, desde el proletariado. Y fueron grandes en la expresión porque nunca consideraron a ésta independientemente de la sociedad y del hombre que la producían. Hicieron gran literatura, gran obra crítica, adelantada de la gesta revolucionaria que hoy viene cumpliéndose, porque, en principio, ellos mismos estuvieron haciendo la revolución, fueron sus protagonistas, sus actores más esclarecidos.

7.- Martí y Mariátegui, no obstante su limitada formación "académica", y su actividad raigalmente política, son los hombres más informados de su tiempo. No sólo conocieron lo más importante de la cultura de su época, sino que tuvieron la suficiente visión zahorí como para señalar y relevar a los autores y movimientos que trascenderían las contingencias de sus circunstancias. Basta citar la importancia que tuvo, para Martí, la obra de Whitman

-desconocido y preterido en Estados Unidos- o sus acertadas críticas a los poetas y narradores franceses del siglo XIX y a un gran pintor húngaro de la misma época: Munkacsy; y en el caso de Mariátegui, sus impertérritas páginas de admonición contra el naciente fascismo y sus justos balances sobre las escuelas, movimientos y autores de la vanguardia de los años 20.

- 8.- Sustentadas en una concepción ética que convoca directamente a la acción, a la praxis, las obras de Martí y Mariátegui devienen ejemplares de lo que será la ética del hombre nuevo, del hombre social, de aquel que participa "con todos y por el bien de todos" y que pone, como piedra miliar del nuevo sistema social, el culto pleno a la dignidad del hombre y la convocatoria a la acción revolucionaria que será la única vía para establecerlo. "Pensar es servir", fórmula martiana, resume la ética de la intelectualidad revolucionaria que Martí y Mariátegui representan paradigmáticamente. Culto al ideal, sí, pero no idealismo gaseoso ni insubstancial, el código de conducta de nuestros autores se sustenta en un firme realismo, en lo que ha dado en llamarse un "Idealismo práctico".
- "En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre", he aquí una presea que debería figurar en todas las éticas de hogar.

- 9.- El poeta, el artista -el intelectual, como se le llama hoy- para Martí y Mariátegui, deben enfrentarse a su



época, responder a sus retos y, caminando de brazo con el pueblo -que es su más genuino venero- podrá ascender a la más alta categoría humana que es la del revolucionario. Por ello su obra será un poderoso acicate, un activo agente de transformación social; y la poesía y la literatura que produzcan, no se limitarán a reflejar o interpretar la realidad, sino que aspirarán, en definitiva, a cambiarla.

Para nuestros autores la gran obra es la que parte del pueblo y vuelve hacia él: tal como, más adelante, lo formulara Vallejo en sus versos definitivos: "Todo acto o voz genial viene del pueblo, y va hacia él".

10.- La literatura, de este modo, sirve como un elemento inmejorable, como una vía que convocará a los hombres para la acción, para la praxis transformadora de la sociedad. La literatura, asimismo, será factor decisivo para la fundación de esa América nueva con la que soñaron y por la que lucharon nuestros autores.

11.- La literatura latinoamericana partirá de las raíces y de la tradición, pero entendiendo a ésta como "algo vivo y móvil", y en el sentido leninista de conservación de lo conservable en cuanto sea esencial al substratum del pueblo. Mariátegui resume magistralmente: "La verdadera tradición está, invisible, etéreamente, en el trabajo de creación de un orden nuevo".



12.- Deberes de los artistas -intelectuales- son, para Martí y Mariátegui, de este modo, participar activamente en las luchas de sus pueblos. "El único modo de ser poeta de la patria oprimida es ser soldado" fórmula martiana parece resumir este punto; así como la mariateguiana consideración: "Abandonar a los humildes, a los pobres, en su batalla contra la iniquidad es una deserción cobarde".

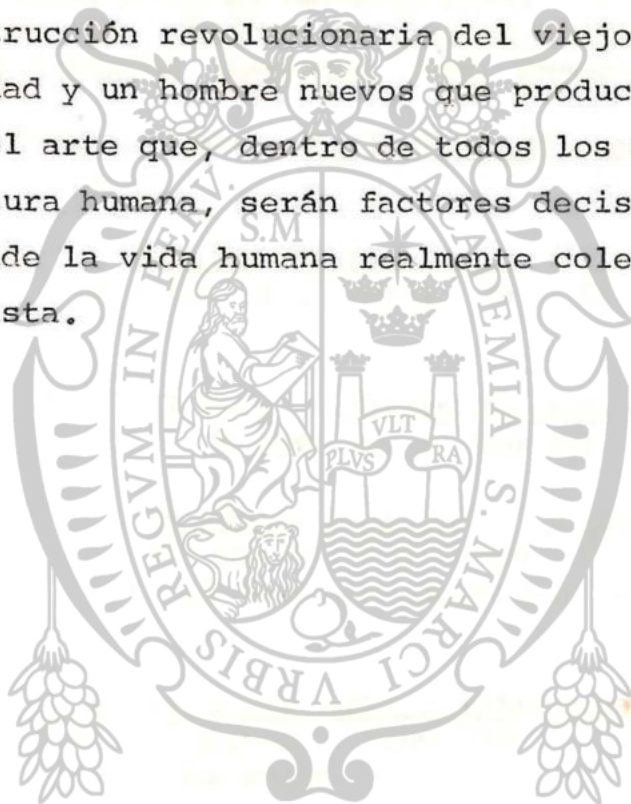
13.- En cuanto a las escuelas literarias, Martí, que tiene una obra absolutamente moderna, contemporánea, no resulta "modernista" por su compromiso político, por su raigal militancia revolucionaria, que lo ponen más allá de los estrechos parámetros esteticistas de los catecúmenos de aquella corriente literaria latinoamericana. Mariátegui, por su parte, desmitifica el realismo burgués que había empobrecido la realidad, y, a la vez, denuncia el contrabando ideológico que se esconde tras el populismo, producto de una pequeñaburguesía ladina que pretende adormecer a las masas con ese estupefaciente sui generis. El Amauta, asimismo, rescata el valor progresista de algunas corrientes de vanguardia, particularmente del surrealismo, máxime cuando éste se adhiere al programa de la revolución marxista. El arte paradigmático, para el autor de los 7 Ensayos, será el realismo proletario, pero él nacerá cuando se produzca el asentamiento de la nueva sociedad socialista. Mientras tanto, podemos decir que seguimos en una época de transición.



- 14.- Martí y Mariátegui rechazan al capitalismo, al imperialismo, tanto en lo político cuanto en lo literario. En ambos se da esa simbiosis entre anticapitalismo -antimperialismo- político y literario, lo cual es más genial aun en el caso de Martí por tratarse de vivir condicionado en una época en la cual la relación dialéctica que fluye como moneda natural en el caso de nuestro Mariátegui, no era artículo de uso corriente.
- 15.- Si bien es cierto que Martí y Mariátegui son políticos antes que literatos, strictu sensu, en ambos se da un respeto profundo y una amplia y generosa comprensión -como que fueron los dos geniales creadores- de los fueros específicos de la literatura y de lo literario. "A la revolución los artistas y los técnicos le son tanto más útiles y preciosos cuanto más artistas y técnicos se mantienen", fórmula mariáteguiana se aplica para nuestros dos autores.
- 16.- El arte nuevo, el arte revolucionario, nacerá, para Martí y Mariátegui, de la nueva sociedad que está forjándose y a la cual, dialécticamente, a su vez, este arte, esta literatura se encuentran ayudando a formar.
- El arte y la literatura nuevos serán producto del genio colectivo, del genio de las masas. "El genio va pasando de individual a colectivo" había especificado el Apóstol. Para Mariátegui este arte literario nuevo "será producido por hombres de una nueva especie" y representará "un síntoma de la plenitud del orden social".



17.- La revolución -el cambio social- es, de este modo, para nuestros fundadores, requisito sine qua non para el surgimiento de una literatura y un arte nuevos. Literatura y revolución son, para Martí y Mariátegui, conceptos que se imbrican y se correlacionan dialécticamente. De la destrucción revolucionaria del viejo orden nacerá una sociedad y un hombre nuevos que producirán la literatura y el arte que, dentro de todos los otros elementos de la cultura humana, serán factores decisivos para que se consolide la vida humana realmente colectiva, realmente socialista.



## BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

ANUARIO MARTIANO, N-2, Publicado por la "Sala Martí" de la Biblioteca Nacional de Cuba, Departamento Colección Cubana, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1970.

ANUARIO MARTIANO, N-5, La Habana, 1974.

CASA DE LAS AMERICAS, Revista: N-76, Enero-febrero, 1973.

DEL PRADO, Jorge y otros: Lenin y Mariátegui, Biblioteca Amauta, Lima 1970.

DILL, Hans-Otto: El ideario literario y estético de José Martí, Premio Casa de las Américas 1975 de Ensayo, La Habana, Cuba, 1975.

FERNANDEZ RETAMAR, Roberto: Ensayo de otro mundo. Instituto del Libro, Colección Cocuyo, La Habana, Cuba, 1967.

HART D., Armando: La vigencia revolucionaria de Martí, Editado por el Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, La Habana, 1975.

MARTI, José: Ensayos sobre arte y literatura, Instituto Cubano del Libro, La Habana, Cuba, 1972. Selección y prólogo Roberto Fernández Retamar.

MARIATEGUI, José Carlos: La escena contemporánea, Tomo I, Obras Completas, Empresa Editora Amauta, Lima, 1969.

MARIATEGUI, José Carlos: El alma matinal, Tomo III, Obras Completas, Empresa Editora Amauta, Lima 1959.

MARIATEGUI, José Carlos: La novela y la vida, Tomo IV, Obras Completas, Empresa Editora Amauta, Lima, 1959 (segunda edición).

MARIATEGUI, José Carlos: El artista y la época, Tomo VI, Obras Completas, Empresa Editora Amauta, Lima, 1959.

MARIATEGUI, José Carlos: Signos y obras, Tomo VII, Obras Completas, Empresa Editora Amauta, Lima, 1959.

MARIATEGUI, José Carlos: Peruanicemos al Perú, Tomo XI, Obras Completas, Empresa Editora Amauta, Lima, 1970.

MARIATEGUI, José Carlos: Temas de nuestra América, Tomo XII, Obras Completas, Empresa Editora, Amauta, Lima, 1960.

MARIATEGUI, José Carlos: Ideología y política, Tomo XIII, Obras Completas, Empresa Editora Amauta, Lima, 1969.

MARIATEGUI, José Carlos: 7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana, Biblioteca "Amauta", Lima, 1968.

MARINELLO, Juan: José Martí escritor americano, La Habana, 1962.

MARINELLO, Juan: Once ensayos martianos, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO. La Habana, 1964.

MARTI, José: Obras completas, Editora Nacional de Cuba, Tomos: I, IV, VI, VII, VIII, XI, XIII, XVI, XVIII, XX y XXI, La Habana, Cuba, 1963-1966.

MARTI, José: Nuestra América, Colección "Nuestra América", Casa de las Américas, Compilación y prólogo de Roberto Fernández Retamar, 480 págs. La Habana, Cuba, 1974.

MARTINES DE LA TORRE, Ricardo: Apuntes para una interpretación marxista de Historia Social del Perú (edición en cuatro tomos, reproducción para los estudiantes de Sociología de San Marcos, Lima, noviembre de 1974).

MELIS, Antonio: Estética, crítica literaria y política cultural en la obra de José Carlos Mariátegui, apuntes, en revista "Textual", N-7, 1973.

MELIS, Antonio: Prólogo a La escena contemporánea de JCM, Empresa Editora Amauta, Lima, 1976.

MELIS, DESSAU, KOSSOK: Mariátegui, tres estudios, Biblioteca Amauta, Lima, 1971.

MELLA, Julio Antonio: Documentos y artículos, editado por el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba, La Habana, 1975.

MELLA, Julio Antonio: Glosando los pensamientos de José Martí, en Revista "Casa de las Américas", N-76, Enero-febrero, 1973, La Habana, Cuba.





MIRO, César: Asalto en Washington Izquierda, (Una carta inédita de José Carlos Mariátegui), Lima Librería Editorial Minerva-Miraflores, 1974.

MORALES, Salvador: La batalla ideológica en torno a José Martí, en "Anuario Martiano, N-5, La Habana, Cuba, 1974.

ORRILLO, Winston: Raúl Roa habla sobre Mariátegui, en revista "Bohemia", La Habana, Cuba, setiembre 10 de 1976.

PORTUONDO, José Antonio: Martí y el diversionismo ideológico, ediciones del Comité Cubano de Solidaridad con Viet Nam, Camboya y Laos, La Habana, 1973.

PORTUONDO, José Antonio: La emancipación literaria de Hispanoamérica, Cuadernos de la Casa de las Américas, N-15, La Habana, 1975.

PORTUONDO, José Antonio: Martí y el escritor revolucionario, en "Anuario Martiano, N-2, La Habana, Cuba, 1970.

PRADO, Jorge del y otros: Vigencia de José Carlos Mariátegui, Campodónico ediciones S.A., Lima, 1972. Prólogo de Alberto Tauro.

PRIMER CONGRESO NACIONAL DE EDUCACION Y CULTURA, Ediciones de la Comisión de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, La Habana, 1971.

RODRIGUEZ, Carlos Rafael: Martí contemporáneo y compañero, en Revista de la Universidad de La Habana, marzo de 1972.

RODRIGUEZ, José Ignacio: Martí y el Partido Revolucionario Cubano, en "Revista "Casa de las Américas", N-76, Enero-febrero, 1973, La Habana, Cuba.

ROIG DE LEUCHSENRING, Emilio: Martí, antimperialista. Segunda Edición notablemente aumentada. La Habana, 1961.

ROUILLON, Guillermo: La creación heroica de José Carlos Mariátegui, tomo I: La edad de piedra, Editorial Arica, Lima, 1975.

TOLEDO SANTE, Luis: Crear es pelear, crear es vencer, Publicado por la Dirección de Extensión Universitaria, La Habana, Cuba, marzo de 1976.

